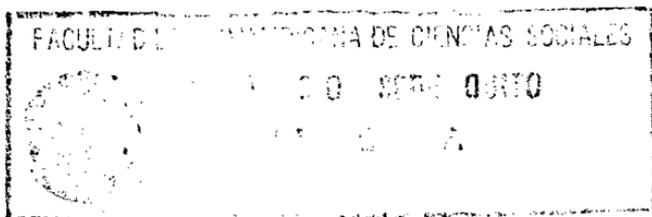


**AMERICA LATINA:
desarrollo
y perspectivas
democráticas**

AMERICA LATINA: desarrollo y perspectivas democráticas

Susana Bruna — Daniel Camacho
Enzo Faletto — Juan Carlos Portantiero
Gonzalo Ramírez — Luis Verdesoto
César Verduga — René Zavaleta

Edición: Francisco Rojas Aravena



ediciones

FLACSO

colección 25 aniversario

San José, Costa Rica, 1982

Primera Edición:
Ediciones FLACSO
Diciembre de 1982

© Ediciones FLACSO

Este libro es editado por la Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO. Las opiniones que en los artículos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

321.4
A512a

América Latina, desarrollo y perspectivas democráticas / Susana Bruna (y otros). -- Ediciones FLACSO a cargo de Francisco Rojas Aravena. -- San José, C.R. : EUNED, 1982. 180p. (Colección 25 aniversario)

ISBN: 84-89401-00-4

1. América Latina - Política. 2. Democracia. 3. Ciencias sociales. 4. América Latina - Condiciones sociales.



Impreso en Costa Rica
en los Talleres Gráficos de la Editorial EUNED.
Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial.

Hecho el depósito de ley.

REG.

10-5174

CUT.

BIBLIOTECA - FLACSO

PREAMBULO

La Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, en 1982 ha celebrado su Vigésimo Quinto Aniversario. Con tal motivo ha desarrollado una serie de actividades especiales, Seminarios, Conferencias, Cursos, Simposiums, etc.

Dentro de estas actividades se propuso como meta publicar una pequeña serie de libros, nuestra **Colección 25 Aniversario** que recogiera el aporte que realiza la institución en sus distintas Sedes y Programas -Argentina, Costa Rica, Chile, Ecuador y México- al desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina y El Caribe.

Los títulos de esta **Colección 25 Aniversario** de Ediciones FLACSO, son los siguientes:

- * **América Latina, Desarrollo y perspectivas democráticas.**
- * **Autoritarismo y Alternativas Populares en América Latina.**
- * **Centroamérica: Condiciones para su integración.**
- * **América Latina: Ideología y Cultura.**
- * **América Latina: Etnodesarrollo y etnocidio.**

El punto de partida de estos libros han sido las actividades académicas del personal docente de la FLACSO, o seminarios y reuniones organizadas por la Facultad, en

las cuales han entregado su aporte destacadas personas. Una parte importante de los trabajos y artículos de los libros ha sido publicada por las distintas Sedes y Programas en los que se han originado, como *Documentos de Estudio o Documentos de Trabajo* de circulación limitada.

Con estos cinco títulos que presentamos en esta oportunidad, especialmente al lector latinoamericano y del Caribe, esperamos fomentar la discusión, el estudio, el análisis y la crítica, ya que no dudamos de la importancia e interés histórico y científico de los temas abordados en cada uno de ellos.

Daniel Camacho
Secretario General
FLACSO.

PRESENTACION

Este libro, América Latina, desarrollo y perspectivas democráticas, recoge el aporte de un grupo de académicos de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, sobre el tema Democracia y estilos de desarrollo.

La FLACSO, es un organismo internacional de carácter regional y autónomo dedicado al desarrollo de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe. Durante sus veinticinco años de existencia la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales ha estado desempeñando un papel destacado en el progreso de las ciencias sociales en la región. No sólo ha contribuido a enriquecer el conocimiento científico de la realidad social latinoamericana, sino que también ha participado en la generación de nuevos enfoques sobre la evolución del continente y sus alternativas de transformación.

Sobre la base de un convenio de cooperación la FLACSO y la Universidad de las Naciones Unidas (UNU), con sede en Tokio, acordaron realizar un análisis de las perspectivas de la América Latina actual. Este proyecto se inserta en un análisis global de diferentes regiones del mundo que está realizando la UNU.

Para cumplir con esta demanda la FLACSO encargó a los académicos de la Facultad que participan en el Grupo Académico Regional (GAR) que analiza la temática de "Democracia y estilos de desarrollo", realizar dos semi-

narios regionales a efectos de producir un documento sobre las perspectivas que se visualizan para América Latina.

Los Grupos Académicos Regionales, están integrados por académicos de la Institución que trabajan una temática común; en tal sentido se puede afirmar que son una instancia privilegiada de intercambio intelectual, ya que permiten recoger los diversos aportes "nacionales" y explicitarlos en una perspectiva global. Por ello los GAR contribuyen al desarrollo de análisis que tienen como objeto de estudio al conjunto de la región.

*En la realización del estudio sobre las perspectivas de la América Latina se examinaron temas tales como: los problemas sociales relativos a los proyectos democráticos, la economía y la democracia, la heterogeneidad y la homogeneidad de América Latina, la inserción política y el significado político de la región en el sistema internacional. La mecánica de trabajo fue la realización de dos seminarios, uno en el mes de mayo y otro en el mes de noviembre de 1981, que fueron coordinados por Susana Bruna, profesora-investigadora de la Sede Académica de México de la FLACSO. En la primera reunión, realizada en Costa Rica, cada uno de los participantes presentó un trabajo que abordaba algunos de los temas planteados, con reflexiones hacia el futuro. El conjunto de los trabajos fueron discutidos y a partir de los distintos aportes recibidos cada participante reelaboró su presentación. Los nuevos trabajos fueron discutidos en una segunda reunión, realizada en México. Los resultados de este encuentro, las ponencias y sus conclusiones son los que se presentan en esta obra, **América Latina, Desarrollo y Perspectivas Democráticas**, que refleja una diversidad de enfoques sobre las perspectivas de América Latina.*

*Los trabajos incluidos en este volumen corresponden a los siguientes profesores-investigadores de la FLACSO: **Susana Bruna**, socióloga chilena. Ha publicado entre otros trabajos "Socialización política en la Universidad", "Democracia burguesa y democracia socialista".*

***Daniel Camacho**, abogado y sociólogo, costarricense. Secretario General de la FLACSO. Entre sus publicaciones*

se cuentan: *“El fracaso social de la integración centroamericana”*, *“¿Por qué persiste el juego democrático en Costa Rica?”*

Enzo Faletto, sociólogo, chileno. Entre sus trabajos se destaca *“Dependencia y Desarrollo en América Latina”* (coautor con Fernando Henrique Cardoso) obra de gran trascendencia en el pensamiento de las ciencias sociales latinoamericanas que ha sido traducida y publicada en varios idiomas. Miembro del Consejo Superior de la FLACSO, elegido a título individual.

Juan Carlos Portantiero, sociólogo, argentino. Ha publicado, entre otros, *“Estudios sobre los orígenes del peronismo (en colaboración con Miguel Murmis), “Studenti e rivoluzione Nell’ América Latina”*.

Gonzalo Ramírez, economista, costarricense. Entre sus trabajos están *“100 años de desarrollo capitalista en Costa Rica”*, *“La industria agropecuaria en Costa Rica”*.

Luis Verdesoto, sociólogo, ecuatoriano. *“Representación Gremial y política de la burguesía industrial ecuatoriana 1972-1976”*, *“Petróleo-expansión capitalista. Tiempo de reforma y reordenamiento de fuerzas”* están entre sus trabajos.

César Verduga, economista, ecuatoriano. Ha publicado, entre otros, *“Política económica y Desarrollo Capitalista en el Ecuador contemporáneo: una interpretación,” “Un caso particular de intervención estatal en el desarrollo agrario”*.

René Zavaleta, abogado, boliviano. Ex parlamentario y ex Ministro de Minas y Petróleo de la República de Bolivia. De su producción se pueden señalar: *“El poder dual en América Latina”*, *“Formación de la Conciencia Nacional”*.

América Latina: Desarrollo y perspectivas democráticas, se publica gracias a la colaboración de la Universidad de las Naciones Unidas (UNU).

Francisco Rojas Aravena

LA DEMOCRACIA EN
LA PERSPECTIVA
DEL DESARROLLO
LATINOAMERICANO
EN LAS ULTIMAS
DECADAS DEL
SIGLO XX:
UNA VISION
DESDE LA FLACSO

Gonzalo Ramírez

Una obra que pretenda integrar una visión concluyente sobre el futuro de América Latina en este fin de siglo, y en especial arrojar luz sobre las posibilidades de una aspiración tan elusiva en nuestro pasado como la Democracia, enfrenta necesariamente serias dificultades. Primero, porque nunca se puede repetir demasiado que no hay una sino muchas realidades latinoamericanas. Segundo, porque cada una de estas realidades, más numerosas que las propias unidades políticas nacionales, tiene una particular forma de relación con la globalidad política y económica, y un contenido histórico y cultural distinto y específico.

Sobre esta diversidad inciden múltiples variables de naturaleza extra-regional, y el resultado del juego de esta gran variedad de factores internos y externos hace inmensamente complejo todo intento de generalización, de abstracción científica totalizante, de resumir lo esencial para todo el conjunto.

Conscientes de esas dificultades, los autores de esta selección de artículos han renunciado a toda pretensión de ofrecer grandes conclusiones sobre el futuro del proyecto democrático en el subcontinente. Más bien, se ha optado por intentar trazar las grandes líneas que debe seguir todo análisis o investigación en profundidad del tema, por subrayar aquellas áreas que parecen prometer más a la búsqueda de respuestas a este problema.

Serán otras investigaciones, sobre cuya materialización no dudamos, las que se aproximen a conclusiones más específicas.

La discusión debe desarrollarse, porque el tema es un acápite de primera importancia de toda inquisición sobre nuestra apremiante realidad y su futuro inmediato. Al fin y al cabo, es la propia autoconciencia de nuestras sociedades uno de los factores más valiosos para la construcción de una Nación más justa, soberana y democrática.

1. LOS GRANDES TEMAS Y LINEAS DE LA DISCUSION

El foco de análisis de los artículos que componen este libro tiene diversos prismas y se inclina sobre múltiples aspectos del problema. Sin embargo, hay algunas grandes direcciones y áreas alrededor de las cuales se organiza el análisis.

En primera instancia, el análisis de los factores exógenos y del contexto mundial, el cual es importante no sólo en cuanto conjunto de factores condicionantes de carácter restrictivo, sino también como conjunto de posibilidades y puntos de apoyo para la construcción de proyectos nacionales. En segundo término, se discurre sobre la naturaleza y formas que toma la relación entre esa realidad mayor que engloba lo latinoamericano y las realidades específicas de cada nación. En tercer lugar, se analiza la capacidad de nuestras sociedades para crear y hacer realidad un proyecto latinoamericano, el significado de la democracia para los sectores sociales que la pueden sustentar como proyecto, y las condiciones necesarias para su desarrollo. Finalmente, se explora las formas en que el proyecto democrático parece ir tomando al hacerse realidad ahí donde las circunstancias y la lucha de los sectores que lo impulsan hacen tal realización posible.

2. LOS FACTORES INTERNACIONALES Y EXOGENOS

Latinoamérica tiene como factor fundamental de regularidad (aunque no de homogeneidad) su característica común de región dominada. A la conquista y dominación colonial, se superpuso en un mismo proceso la dominación imperialista, que en lo económico significó la alienación de la lógica que organizó los sectores más dinámicos de la economía y el control del excedente por agentes externos, y en lo sociopolítico la formación de sociedades fragmentadas y dominadas autoritariamente por oligarquías anti-nacionales.

Para América Latina, la constitución de la democracia implica la necesidad de construir un espacio de autonomía en el plano internacional que niega la bipolaridad a escala mundial. Esto conlleva la lucha por conformar un amplio bloque de alianzas de carácter horizontal con las naciones de Africa, Asia y Oceanía, a fin de valorizar al máximo los factores de poder con que se cuenta, especialmente la posesión de materias primas y otros recursos estratégicos.

Por otra parte, y a partir del hecho de la subordinación y del carácter de objeto de dominación que tiene el subcontinente, se plantea el análisis de los efectos de la coyuntura mundial sobre las condiciones que alimentan las posibilidades de la democracia en Latinoamérica. La crisis que por más de una década sacude al sistema capitalista mundial, ha sido analizada hasta ahora como factor que gravita fatalmente sobre la evolución política de la región, propiciando una oscilación hacia la derecha derivada de la adopción de políticas económicas agresivamente conservadoras y restrictivas, que han tenido como objetivo una reprivatización del excedente a través del desmantelamiento de los aparatos de redistribución parcial de ingreso. La violencia económica y la liquidación de los compromisos populistas que son consustanciales a esa política, presumiblemente hacen necesario el implante de formas autoritarias de dominación, movimiento este que se ve reforzado a partir de preeminencia alcanzada en los centros mundiales de poder capitalista por los sectores políticos más conservadores y refractarios a la apertura.

Sin negar la realidad del análisis anterior, se hace indispensable subrayar su carácter parcial. En efecto, la crisis no puede entenderse como desligada del período que la antecedió en el largo ciclo iniciado después de la II Guerra Mundial, marcado no sólo por el auge sin precedentes de la acumulación mundial de capital, sino también por la aparición de importantísimos factores favorables al desarrollo de las aspiraciones populares de democracia, progreso social y autonomía nacional. Basta señalar el acelerado proceso de descolonización y el ingreso a la comunidad internacional de un gran número de países independientes con condiciones similares a las de Latinoamérica, el desarrollo de un bloque socialista y el fortalecimiento de otros factores de poder mundial, las posibilidades de la revolución científico-técnica, los efectos políticos del desarrollo desigual de los países capitalistas centrales, la universalización de lucha de clases y el resquebrajamiento de los determinismos geopolíticos, etc.

Estos cambios han permitido la generación de nuevas condiciones para que los pueblos desarrollen con dificultad pero exitosamente experiencias de progreso autónomo y transformación social, y para el surgimiento de fenómenos de poder tercermundista. En Latinoamérica, dentro del mismo período de crisis que acompañó las tragedias políticas del cono sur, se da la consolidación de la Revolución cubana, la victoria popular en

Nicaragua, la experiencia de Grenada, Ecuador, Panamá, la apertura en República Dominicana y Brasil y la supervivencia de la democracia en Venezuela, Costa Rica y otras naciones del Caribe.

3. LA INTERACCION DE LOS FACTORES ENDOGENOS Y EXOGENOS

La consideración de los factores internacionales y la naturaleza dependiente y subordinada de Latinoamérica da pie naturalmente a considerar el juego de los factores exógenos al interior de las sociedades y en relación a los factores y actores locales.

Ante todo es importante considerar la relación entre el grado de dependencia económica y la disponibilidad de la autonomía política necesaria para construir el proyecto democrático, entendiendo el grado de dependencia sobre todo en términos del control que el centro dominante tenga sobre el excedente económico de cada formación social y en términos de la propia magnitud del excedente. Vale señalar que si bien es posible constatar una relación entre disponibilidad de un excedente económico y disponibilidad de un espacio político capaz de permitir el desarrollo de la democracia (por ejemplo pensemos en Argentina y Uruguay entre 1870 y 1930, o de Venezuela a partir de los años 50) esta relación no puede entenderse como absoluta excluyente y condicional; en primer lugar porque toda economía tiene espacios realmente "nacionales", cuya lógica y dinámica no está orientada por los impulsos del centro hegemónico, espacios en alguna forma no articuladores con los sectores económicos integrados directamente al proceso mundial de acumulación capitalista; en segundo lugar porque la voluntad política sustentada en la movilización de las masas puede crear un espacio de posibilidades políticas mucho más amplio y profundo de lo que podría hacer creer el estatus de subordinación económica de una determinada formación social. Como ejemplos de esto podemos citar a México en el momento de la explosión revolucionaria de 1910, e incluso a la Cuba de 1959.

La presencia de ciertos sectores y actores económicos de carácter nacional está ligada parcialmente a la existencia de grupos y sectores de la sociedad que tienen carácter de "no integrados" (y esto no implica necesariamente marginalidad),

sectores populares frecuentemente de origen autóctono, poseedores de una cultura propia no impuesta por el poder hegemónico e incluso dotados de formas diferentes de organización económica que les da una cierta autonomía material, aunque limitada por su bajo nivel tecnológico.

La presencia en el seno de las formaciones sociales latinoamericanas de muchas organizaciones alrededor de modos de producción precapitalista, subordinadas o no al sector capitalista y transnacional, la subsistencia de regiones de menor desarrollo relativo y de grupos étnicos diferenciados; ha producido sociedades fracturadas, cuya falta de cohesión sólo se ve acentuada por la naturaleza anti-nacional de una burguesía imposibilitada e incapaz de realizarse plenamente como hegemónica.

En esta situación de resquebrajamiento, ha sido el Estado quien ha construido autoritariamente la nación, a menudo con el Ejército como institución vertebral en ese proceso de imposición.

El aborto de la misión histórica de la burguesía latinoamericana, coartada y transnacionalizada, abre a las masas populares la posibilidad de tomar en sus manos la construcción de la Nación, a través de la constitución de un contra-poder de carácter popular que se convierte en hegemónico realizando al propio tiempo profundos cambios sociales y la liberación nacional.

Este proceso exige todas las reservas de capacidad creativa almacenadas en el seno de las masas populares para construir formas autónomas de organización social al tiempo que se teje una amplia red de alianzas con los sectores identificados por los objetivos de recuperación nacional frente al poder del Imperio.

4. CREATIVIDAD ENDOGENA Y ALTERNATIVAS DEMOCRATICAS

Sin duda, todo lo señalado anteriormente indica la importancia de la capacidad de lucha y conciencia política de las masas populares como factor en la creación real de la democracia.

Si el capitalismo no ha generado nunca automáticamente democracia política, en América Latina el desarrollo del capitalismo ha sido típicamente acompañado por el desarrollo del autoritarismo.

En todo caso, la historia política de los países capitalistas clásicos muestra el capital y la burguesía como creadores de un Estado más bien excluyente, para el que el carácter liberal del proceso político tiene el sentido de establecer procedimientos democráticos para la participación de la burguesía y sus fracciones en el poder, y en segundo término, para la selección de las élites. A un nivel más general, se trata de garantizar las condiciones políticas para la existencia de la propiedad privada y de la libertad de circulación de las mercancías, de las que la fuerza de trabajo es la fundamental.

La conquista de los derechos civiles más amplios, así como de los derechos políticos y sociales, ha sido obra de la lucha de las masas populares y en especial del proletariado.

En América Latina, la vigencia de la democracia ha sido más excepción que regularidad. Los patrones de desarrollo capitalista propios de nuestras formaciones sociales han sido terreno particularmente fértil para el autoritarismo de derecha; en este contexto la lucha por la democracia en nuestra América es esencialmente una lucha anti-capitalista.

Si en el pasado las luchas de las masas populares parecían estar dirigidas a lograr integrar sus demandas en el proceso de toma de decisiones políticas, en un contexto de desarrollo económico modernizante, hoy, después de las traumáticas experiencias sudamericanas de los últimos veinte años, la búsqueda de democracia toma más bien la forma de una ruptura radical con el poder. Se trata no de "recuperar" una democracia que nunca existió, sino de crear a partir de la sociedad civil una nación democrática.

No podía ser de otra manera. La persistencia de profundas estructuras anacrónicas de raíz agraria, la presencia de oligarquías crecientemente ligadas al Imperialismo, la transnacionalización de la economía y la concentración y monopolio del poder, no pudieron enfrentar la irrupción de las masas en la política sin imponer formas de control autoritarias y regímenes militares violentamente conservadores y represivos. El auge de la presencia de masas en la escena política es un fenómeno de creciente importancia. El desarrollo urbano asociado a los procesos de proletarianización y de marginalidad, la radicalización, y creciente organización del campesinado, el divorcio del movimiento obrero del compromiso populista y la participación de sectores de la intelectualidad y la Iglesia en las luchas populares, son tendencias que en su conjunto colisionaron con la eliti-

zación tecnoburocrática del Estado para producir un cuestionamiento de la dominación hegemónica, resuelto provisionalmente por la reacción autoritaria.

A su vez, la solución autoritaria aceleró las condiciones del desarrollo multinacionalizante, excluyente y concentrador, generándose una respuesta de insatisfacción y rechazo en amplios sectores de la sociedad y una dinámica política de ruptura con el poder y de exigencia democrática.

Para los sectores populares, se plantea el reto de establecer una amplia red de alianzas que integre a diversos sectores proletarios, de la pequeña burguesía tradicional y moderna y al campesinado alrededor de la reconquista del hecho nacional. En el fondo es una pelea por la plena conquista de la sociedad civil, por la recuperación de la historia de las clases subordinadas y de la cultura popular.

Ahí donde este proceso está más avanzado, la reivindicación democrática está profundamente ligada a proyectos de recuperación y reconstrucción nacional de orientación socialista. Aquí, la lucha económica y política, por poner fin a la explotación y a la sociedad burguesa que ésta sustenta, son un proceso único, como lo son la lucha por la transformación social y por la soberanía nacional.

Es sin duda Centro América y el Caribe el escenario latinoamericano que ofrece los ejemplos recientes más dramáticos del avance en la lucha por la consecución de los objetivos populares y nacionales. En esta región, el violento choque de los intereses geopolíticos norteamericanos con la lucha por transformar estructuras sociales caracterizadas por la violenta explotación de las masas populares, ha generado un explosivo conflicto que ya barrió algunas de las oligarquías más arraigadas del continente y que amenaza en su furia con arrastrar la región a un holocausto sin precedentes. En este caso, el rápido desarrollo de la creatividad popular y de su capacidad política y de organización, se ha manifestado en el terreno político-militar y, desde el poder en el caso de Nicaragua, en una notable capacidad de maniobra y flexibilidad política y de creatividad en el proceso de transformación social. En Centroamérica, se plantea cada vez más claramente una confrontación directa entre el pueblo y el Imperio, donde lo que está en juego es la supervivencia de la nacionalidad y la sociedad.

Sin embargo, no hay procesos o luchas que garanticen "per se" el desarrollo de la democracia. Esta debe surgir de un esfuerzo permanente y consciente, sustentado en la potenciali-

dad creativa de las masas, su experiencia histórica y su desarrollo crítico, su capacidad política y organización autónoma. Esta especificidad propia de cada pueblo-nación dará también una forma específica y diferenciada a la democracia que se construya a partir de la lucha por la creación de la Nueva Nación y de las circunstancias objetivas que enmarquen esa lucha.

CONTRAHEGEMONIA
NACIONAL POPULAR
Y ESPECIFICIDAD
HISTORICA.
REFLEXIONES

Susana Bruna

AMERICA LATINA ACTUAL EN PERSPECTIVA

I. EL PROBLEMA EN LA DIMENSION INTERNACIONAL

Oponerse a la bipolarización maniquea (esto sin duda) pero también geopolítica del mundo: de allí y solo de allí podrían desprenderse las posiciones unitarias que hagan de América Latina un grupo tal vez hasta mayoritario de naciones que encuentren un tiempo y un espacio significativos (políticamente) con el conjunto llamado Tercer Mundo. Conjunto multidimensionalmente heterogéneo, cuya regularidad —digo regularidad y no generalidad— es el común estatuto histórico de países explotados(*).

Heterogeneidad no sólo entre los tres continentes, sino constatada también en el interior de cada uno de ellos: porque los africanos, después de N'Krouma, se dieron cuenta que no había "homogénéité africaine" y propusieron un desarrollo autocentrado o endógeno a cada país; porque también existía Argelia. Porque América Latina conoce su heterogeneidad simultáneamente con y a pesar de Bolívar, pero también con Martí y Mariátegui; porque viene a agregarse la reconsideración de lo indio o de lo africano —así es como Guillén en Cuba lanza lo afrocubano cuando corre ya el año 1933. Porque Asia no sólo era Mao, es también Ho Chiminh, aunque hace 40 años de Vietnam ni siquiera se hablaba, o Pol Pot; porque también es la India.

* Hayan sido colonias, sean semicolonias o sean colonias.

La heterogeneidad conocida y reconocida no elimina —al contrario— vuelve más nítida la regularidad, esto es, la inducida por el capitalismo europeo temprano y expansivo y posteriormente, sobre todo por Estados Unidos, la “ocupación económica” que realiza en la fase de imperialista. Vuelve más nítida la regularidad a condición de analizar esa unidad en la diversidad, para restituir las especificidades históricas que fundan la heterogeneidad.

Regularidad entonces —pero no homogeneidad— que permitiría construir un eje horizontal América Latina, África, Asia, un “Tercer Mundo” no disputable ni triturable por la tenaza de las dos potencias.

Si se acepta en cambio la bipolaridad, el orden bipolar establecido en Yalta, los tres continentes de Asia, África y América Latina no tienen más que alinearse. El desafío y la tarea son consecuentemente la negación de la bipolaridad y la construcción de una multipolaridad mundial. Creación de la multipolaridad que para la actual —larga— coyuntura de la disposición mundial del poder radica, desde este lado de la trinchera, en el poder de los recursos estratégicos y las materias primas (*). Poder que puede ser ejercitado y ejercido en las negociaciones multilaterales del diálogo Norte-Sur pero simultáneamente definido y aprovechado recíprocamente en el diálogo Sur-Sur o eje horizontal de alianzas. Poder real que puede vigorizar o germinar los procesos de descolonización, de liberación nacional y de construcción socialista.

II. EL PROBLEMA EN LA DIMENSION NACIONAL

Identidad cultural y construcción nacional

La conquista de las independencias, la búsqueda de la liberación nacional o de los proyectos socialistas —como lo prueban muchas experiencias de América Latina, África y Asia— transita por la reconquista de las historias particulares (o sea de las identidades culturales) y por la construcción del “hecho” nacional. Hablo de cultura o identidad cultural en el sentido amplio de movimiento de la colectividad que se busca

* La bauxita del Caribe y Zimbaue; el cadmio de El Salvador y México; el níquel de Guatemala que la convierte en tercera potencia; el petróleo de México, Venezuela, Medio Oriente; el cobre de Chile y Zambia, etc.

una expresión (no homogénea) y sus significaciones (no uniformes). Es por tanto, también, la capacidad de las masas populares de expresar una vocación de poder (oposición) contra la homogeneización creciente de los modos de vida y de los modos de producción. Es un proceso complejo de identidad que puede llegar a cuestionar la organización del poder de la sociedad que lo contiene y que tiene como actores históricos a las clases y sectores sociales. Ello nos conduce al fenómeno de lo nacional-popular y a la capacidad de una clase —y sus aliados— para construir una “voluntad colectiva nacional-popular” a través de esa “reforma intelectual y moral”, que, desde la perspectiva gramsciana, enriquece el concepto de hegemonía enfatizando la conquista necesaria y previa a la conquista del poder, de la sociedad civil y de la dirección política y cultural.

La identidad, como reflexión de la sociedad sobre sí misma, como auto pensamiento y explicitación, se relaciona o es parte constituyente de la construcción nacional (y es condición de toda afirmación de autonomía); ahora bien, la intervención determinante que el Estado asume en América Latina en la construcción de la nación es una dimensión objeto de vigilancia política constante, esto es de *crítica y transformación* si es o si se convierte —como lo hace hoy— en destrucción o amenaza a la vocación de poder de las masas populares que, participando en la hegemonía existente, a la vez construye o está produciendo su propia hegemonía o, por lo menos, hechos de contrahegemonía que apuntan a una divergencia entre lo nacional definido autoritariamente desde el Estado y lo nacional definido *desde y en* lo popular. Al fin y al cabo podemos estar de acuerdo que en América Latina el Estado —o por lo menos “desde arriba”— ha producido a la sociedad civil y, por extensión, a la propia nación, excepto el caso de Cuba donde, por diversas razones, la lucha independentista adquirió las características de un movimiento enraizado en las masas populares.

La construcción del fenómeno nacional, la construcción de cada pueblo-nación, como vertebrador de la *liberación-transformación* no puede ser sino lo nacional-popular, enfatizado en su vertiente innovadora y no reaccionaria.

Lo nacional-popular como binomio histórico: el *darse en* lo cultural (no homogéneo) y el *expresar* la constitución del pueblo-nación, puede llegar a su manifestación en una voluntad colectiva nacional-popular en la medida que vaya constituyen-

do su hegemonía (dominación + dirección). Y sólo en esa medida porque lo nacional-popular no es una visión monolítica contraestatal ni solamente eso sino que expresa varias visiones del mundo sucesivas o simultáneas(*). Consecuentemente, esa voluntad nacional-popular se va produciendo en un terreno de tendencias a la ruptura y a la integración que ora continúa, ora rompe, ora transforma, ora preserva el tejido de las relaciones sociales que le dan origen y que, recíprocamente, origina.

Es ese tejido de las relaciones sociales, en sus contenidos de escisión frente al poder dominante, frente al Estado, ese “espíritu popular creativo”, realidad que la cultura hegemónica no logra absorber ni dominar enteramente, una de las dimensiones —de conservación es la otra— que permite el acercamiento a las especificidades históricas de los pueblos-naciones (**), que constituyen América Latina, si nos situamos en el eje de la *transformación social* cuyo proceso se da entre los parámetros implacables de la geopolítica.

Sobre el campo que cierra la noción de hegemonía como tarea de constitución y organización de las clases populares que, articulando comportamientos, experiencias y aprendizajes, les permita también tejer la red de instituciones en las cuales se desarrolle el proceso de transformación que culmine en la producción de un proyecto hegemónico, sindicatos, partidos clasistas y alianzas, son hilos de esa red. Hilos que dejarían unificar el momento de acción corporativa con el momento de la acción política: “no hay dos luchas distintas de la clase obrera, una económica y una política, hay *una sola* lucha de clase que al mismo tiempo va dirigida a limitar la explotación dentro de la sociedad burguesa y a suprimir esa explotación junto con la sociedad burguesa” (***).

Pero, precisamente, tratándose de aquella *red* de instituciones y de esta *una sola* lucha con objetivos simultáneos de optimización/ transformación de la sociedad

* Escribía Gramsci en junio de 1925: Existen en el conjunto de las masas trabajadoras varias y distintas voluntades: existe una voluntad comunista, una voluntad nacionalista, una voluntad reformista, una voluntad democrática-liberal (...) mientras subsista el régimen burgués (Gramsci explica sus características. S.B.) es inevitable que las masas permanezcan disgregadas, esto es, que tengan varias voluntades”. *Scritti Politici* 1921-26. Página 39. Editori Riuniti, Roma, 1973.

** Utilizo el término así por contraposición o no estrictamente referido a la concepción europeo-occidental de la segunda mitad del siglo XIX: el de Nación-Estado.

*** Rosa Luxemburg en “Huelga de masa, partido y sindicatos”, escrito en septiembre de 1905 contra los liberales, contra la huelga general de inspiración anarquista, contra el reformismo mecanicista. (*Scritti Politici*, Editori Riuniti p. 356. A cura di Lelio Basso. Roma, 1974.

que polémicamente planteaba Rosa Luxemburg, las clases subalternas van creando sus sindicatos, partidos, consejos, alianzas, frentes, y simultáneamente, utilizando las otras formas propiamente burguesas como el parlamento, las elecciones o las asambleas municipales, en fin, todas las vías jurídico-institucionales de ejercicio de la “cosa pública” en todos los casos de sociedades con un tiempo y un espacio democrático-burgueses más amplios.

Democracia y socialismo

Si queremos los procesos de cambio colocados en el camino a la transformación global, en las condiciones de América Latina actual, es imprescindible replantear la relación entre democracia y socialismo.

Si queremos un socialismo capaz de articular esos dos pasos históricamente contradictorios: la transformación de la democracia representativa y la creación de nuevas formas de democracia de base, esa articulación sólo puede hacerse a través del consentimiento activo y directo (ese movimiento continuo de abajo hacia arriba que implica una expansividad del consentimiento y que por tanto excluye toda relación represivo-burocrática, toda integración corporativa, toda limitación de la democracia a su sola cara jurídica) que se apoya sobre la “democracia de los productores”. Ello sin embargo, nos reenvía —cerrando un círculo lógico-histórico para algunos casos latinoamericanos— a una articulación entre transformación de la democracia representativa y la creación de nuevas formas de democracia. Esto, porque me parece que, si bien la “democracia de productores” en tanto democracia de base, funciona como principio crítico antiestatalista, no resuelve por sí sola la articulación de aquellos dos pasos históricamente contradictorios, ya que actúa *primordialmente* como motor para la creación de las nuevas formas de democracia de base, pero no toma *inmediatamente* a la democracia representativa como objeto de transformación —es una cuestión de énfasis analítico y práctico. Más bien plantea *simultáneamente* la “democracia de los ciudadanos” fundamento de la democracia representativa que habría que utilizar/ desenmascarar (la igualdad jurídica desenmascarada por la desigualdad de la riqueza), especificando sus límites, ampliándolos al máximo, hasta su agotamiento histórico en tanto campo de aprendizaje clasista de los sujetos históricos

que en él se producen. Ello es un proceso simultáneo, interpenetrado, ello es una estrategia de construcción de hegemonía contra la “racionalización capitalista por arriba” (Gramsci) o, en otros términos, una “guerra de posiciones” como forma de lucha de clases a todos los niveles de la sociedad. Una “anti-revolución pasiva” no sólo —aunque principalmente— enraizada en el “trabajador colectivo”, sino en el conjunto de los sujetos históricos de las clases populares; que parta, esta anti-revolución pasiva, de la sociedad toda y en todos los aparatos de hegemonía: fábrica, escuela, familia, comunidad, barrio, municipalidad, sindicato, partido, parlamento, y vaya al encuentro del camino inverso: desde la democracia representativa misma (y su capacidad de permanencia, porque al fin puede permanecer más por las exigencias de los trabajadores que del capital) puede generarse esa anti-revolución pasiva, por dentro y por la mediación de la representación de los partidos y las organizaciones populares. Equivale a la ruptura de la combinación-equilibrio entre el consentimiento y la fuerza, a la ruptura de la combinación entre uno y otra, más aún, “fuerza aparentemente apoyada en el consenso” (Gramsci) —que eso es la democracia parlamentaria— o sea, desenmascarar la representatividad de la democracia también en el propio teatro parlamentario; pero no eliminándola, sino fundándola en representaciones populares no ficticias, esto es, producidas en el proceso de ruptura de la separación entre lo económico, lo político y lo cultural, campo fructífero e irremplazable del aprendizaje *para la y de la* construcción hegemónica: sólo en el reconocimiento del antagonista los dominados pueden inventar su contra-dominación y recuperar su iniciativa histórica frente al Estado, para llegar a una “democracia de los productores” que puede ser el fundamento, mas no la única determinación, de una “democracia de los ciudadanos”.

Las especificidades históricas

Las anteriores reflexiones me parecen inderogables, pero establecen ciertas diferenciaciones en las formas de encarar ese “espíritu popular creativo” que la cultura hegemónica no puede absorber ni dominar enteramente. Es decir se relativizan respecto de la especificidad histórica de cada sociedad. Si pensamos en la relación democracia-socialismo, binomio histórico y recíprocamente necesario, y su contrapartida

dictatorial tal como se está desarrollando en los países del sur del continente (Chile, Argentina, Uruguay, en menor medida Bolivia) donde los beneficios que de la democracia se han logrado —en sentido capitalista— tuvieron una relativa permanencia y fructuosidad, se hace más nítida y necesaria la tarea de recuperación/creación de la democracia que *para este momento* se plantea *frente* al Estado autoritario. Pero enfrentar al Estado significa que la construcción democrática, en estas condiciones, es a la vez autónoma del Estado y antiestatal: volvemos pues al planteamiento inicial: la liberación transformación es lo nacional-popular encarnado, realizado, a través del proceso de búsqueda y constitución de la voluntad colectiva nacional-popular, de cuya composición la fracción proimperialista de la burguesía autóctona, que ha reducido violentamente los espacios económicos y políticos a sí misma, resulta un sujeto históricamente excluido. “Espíritu de escisión” que no disuelve la diferencia entre democracia y socialismo haciendo de la primera una práctica social abstracta y sin apellido, sino que la define en los términos de inescindibilidad respecto a un socialismo cuyos gérmenes son creados por las clases subalternas en el seno del propio capitalismo.

Los procesos histórico-sociales de Centroamérica y el Caribe, —con la excepción de Cuba y el proceso nicaraguense— cautivos en un estatuto más acentuado de subordinación económica, sumergidos en sociedades cuya creatividad social alternativa ha sido sometida a represiones duraderas, a dictaduras estabilizadas, viven o inventan una lucha de liberación de enfrentamiento más radical, en el terreno poco abonado de su sociedad civil, contra el Estado dictatorial. De modo que la relación entre democracia y socialismo allí se da como distancia mínima entre la primera, —porque es casi inexistente— y el segundo, —todo por construir— fenómeno que vuelve más urgente —como se observa— las luchas armadas contra las dictaduras, vanguardias alertas (frecuentemente guerrilleras), organizaciones políticas de amplio espectro que atenúen la disgregación político-ideológica de las masas y que lleven a término un costoso proceso de democratización popular que sin embargo no prescinde, ni puede hacerlo, de la revolución popular. Se trata de la lucha por una masificación de la acción política, y político-militar en un posterior momento, frente a la concentración y centralización del poder codificado o, en otros términos, frente a la

apropiación cada vez más restringida del ejercicio del poder estatal y político en general. Cuba inaugura el proceso; Nicaragua, El Salvador, Guatemala, lo continúan; Haití, Puerto Rico, Jamaica, tal vez lo cierren.

En cualquier caso, es necesario acentuar el análisis de las raíces profundas de la especificidad nacional-cultural, como unidad significativa inmediata, si nos situamos en el eje de la transformación social.

La vertiente nacionalitaria: reapropiación de lo nacional por lo popular

Con todo, si el tejido de las relaciones sociales tiene entre sus hilos, contenidos de escisión frente al poder dominante y al Estado y estos constituyen una de las dimensiones —de conservación es la otra— por las cuales acercarse a las especificidades históricas de los pueblos-naciones, aquí encontramos el punto de enlace con lo no específico. Esto es: que las especificidades históricas de las naciones latinoamericanas unifican su diversidad en el común estatuto histórico de países explotados por el “ordenamiento” capitalista en una fase agresivamente subordinante. El círculo lógico-histórico entonces se captura en lo común, se cualifica en lo específico y retorna a lo común, a la regularidad.

En otras palabras: la regularidad u homogeneidad de América Latina radica en su carácter de región geosocial, esto es, no sólo geográfica, y cuya base es una comunidad pasada y presente: en el contexto del sistema colonial primero y en el contexto del imperialismo después. En este último particularmente encontramos su común estatuto histórico de países explotados.

Primera cualificación del círculo entonces: la diversidad o heterogeneidad proviene de la relación peculiar de cada nación con el imperialismo, de la forma de inserción subordinada en el sistema económico mundial (dimensión exógeno-endógena).

Segunda cualificación del círculo: si las formaciones nacionales latinoamericanas constituyen parte de una misma estructura de relaciones de producción e intercambio en posición subordinada, y simultáneamente esa posición asume formas específicas para cada caso, las especificidades *vendrán*

determinadas por las modalidades de constitución del tejido social de cada formación social (dimensión endógeno-exógena) en cuatro dimensiones esenciales (*).

- La producción de la vida material en el interior de una geografía y ecología determinadas (que nos indican y cuantifican los recursos y potencialidades, incluido el factor demográfico). Es decir el modo de producción dominante y las combinaciones con otras formas de producción.
- La reproducción de la vida humana —i.e. todo el campo de la sexualidad— que se ubica en el cruce de la producción económica con el conjunto del poder —cum— cultura. Es decir la reproducción de la vida hoy mucho más permeada —como proceso— por las cambiantes imágenes de la condición humana, por los mensajes de los medios masivos de comunicación, por la ideología, la filosofía, la religión.
- El orden social o el poder y el Estado; particularmente el poder que manifiesta vigorosamente sus relaciones estructurales con la especificidad nacional-cultural: las diferentes realizaciones del socialismo (URSS, China, Cuba); el rol y lugar de las fuerzas armadas en el centro del poder político (Perú, Panamá, Argentina, Chile, Bolivia); las formas de aprendizaje contrahegemónico por los sectores populares (el populismo argentino, la experiencia chilena); los avatares del liberalismo en los países capitalistas occidentales; el imperialismo hegemónico norteamericano; etc., y
- Las relaciones con la dimensión temporal, que sitúa el análisis en la densidad máxima de la especificidad: es como el núcleo esencial del campo de la cultura y el pensamiento, puesto que se trata de la delicada red de construcción de las religiones y las filosofías.

No hay aquí por tanto atribución de fatalidad a la situación de explotación externa, ni atribución mesiánica a las potencialidades de las fuerzas internas. Se trata en cambio de

* Estoy siguiendo parcialmente el concepto desarrollado por A. Abdel-Malek en numerosos escritos y que denomina "pattern of societal maintenance"; particularmente en: "The concept of specificity: Positions". Universidad de las NN.UU. HSDRSCA-7/UNUP 105.

la relación históricamente variable entre la dimensión exógena y la dimensión endógena de la dialéctica social en un mundo en que los grandes centros de acumulación de los medios materiales, militares, y político-culturales, ejercen una influencia globalizadora *de facto* sobre las áreas bajo su control o en alianza con ellos. De allí que el "equilibrio" mundial del poder y la geopolítica, cualifican cualquier estrategia política y más aún, las estrategias de liberación nacional y de revolución social en las diferentes regiones del mundo.

Por consecuencia, la dimensión endógena de la dialéctica social, es decir, *la estructuración de las sociedades en clases y grupos sociales y la lucha entre ellos por la hegemonía interna*, está inscrita en el contexto exógeno de la misma dialéctica; no hay atribución de fatalidad a la condición histórica de países explotados, sino que la eficacia de la dimensión endógena debe ser coordinada con los dictados de la dimensión exógena.

Es así impensable el despliegue de procesos de transformación cualitativa, de ruptura de la explotación exógena, fuera de una política de alianzas o acuerdos entre las formaciones nacionales que buscan esa ruptura.

Retornamos pues al último momento del círculo, a través de los procesos y proyectos internos en su eficacia para la transformación, que podemos encontrar en la modalidad de constitución del tejido social en la dimensión del poder y el Estado y el poder social que puede desafiarlo: es decir los grupos socio-culturales autóctonos, endógenamente orientados y vertebrados por una identidad nacional-cultural que no recibe sus contenidos desde los dictados del Estado, de la clase que con él mejor se realiza o del centro imperial, sino *desde y en* lo popular, para recuperar el poder de decisión sobre la totalidad de la vida nacional.

Cuando las consecuencias de la penetración colonialista de un primer tiempo, sobreimpuesta en un fondo autóctono, se mezclan con la incorporación subordinada de América Latina al sistema capitalista mundial en un segundo tiempo, vendrá a generarse una combinación de varias formas de producción precapitalistas satelizadas por el modo de producción capitalista tendencialmente dominante.

Diferentes clases y fracciones de clase imputables a esa estructura económica componen un denso tejido social que complica la construcción nacional y los proyectos de hegemonía; son sociedades de escasa transparencia y

homogeneidad estructural que atomizan la diversidad cultural y preservan barreras ideológicas obstaculizadoras de la unidad nacional.

Si la heterogeneidad de la estructura clasista —reforzada por una desarticulación interna de la estructura productiva según la inserción diferencial de sus sectores en la economía mundial— dificulta la realización de la hegemonía burguesa en el interior de la sociedad, esa realización será sometida a una severa necesidad de acuerdos, coopciones y alianzas entre clases y fracciones dominantes y con sectores dominados.

Por otra parte, si los ritmos productivos, el tipo de producción, la movilidad de lo producido, en fin, el excedente de lo producido están condicionados por decisiones tecnológicas y políticas de las clases dominantes del centro hegemónico, encontramos aquí el dato objetivo para que la lucha por una acción contrahegemónica nacional tenga como *antagonista general al imperialismo* de modo que un proyecto de transformación social profunda implica una difícil redefinición con el ordenamiento económico mundial y con el imperialismo en particular. De aquí nace la importancia de las luchas de liberación nacional.

En esa ampliación del horizonte antagonista, esto es, los dictados del centro imperial —cum— agentes auctóctonos —cuestión que se da de manera diferente, es decir por la vía de la rivalidad expansionista, en el campo político de los capitalistas europeos en su período de formación las clases dominadas encuentran un fundamento político, ideológico y cultural para la *creatividad nacionalista* endógena o creatividad nacional-popular. Fundamento a doble vertiente: I) *la apropiación de las tareas nacionales* cuyo patrimonio pierde la burguesía autóctona enlazada subordinadamente con la hegemonía del centro imperialista; II) *la posibilidad de constituir una alianza amplia* —como estrategia de larga duración— incluso con fracciones de la burguesía interesadas en realizar o que realizan internamente sus capitales. Fracciones que sin estar en alianza directa con el capital extranjero tengan una voluntad de creación/preservación de los espacios productivos y de los espacios políticos nacionales.

De aquí puede nacer la versión progresista del nacionalismo, lo nacional-popular o la voluntad nacional endógenamente orientada.

Inversamente: las fracciones de las clases dominantes excluidas históricamente de las tareas democrático-burguesas

y nacionales pueden formar un frente unido “nacional” de negociación de sus intereses con el imperialismo, sin cambiar el orden estructural. Y ésta es la base económica del nacionalismo reaccionario qua ideología, qua política. Aquí ocurre que las tareas burguesas pertinentes a su propia revolución de clase, separan la integración a escala nacional del mercado —si es que se produce— y del sistema de producción de la nacionalización real de la política económica, de la movilización y de la participación social, cultural y política propias del ordenamiento democrático-burgués. Cuando han existido, se restringen los espacios democrático-burgueses y los actores que los utilizan.

Igual que las burguesías de Europa y Estados Unidos, las burguesías latinoamericanas *implican* los intereses nacionales y usan el Estado para realizar sus intereses. Pero si aquí la implicación de los intereses nacionales y el uso del Estado adquieren un carácter antinacional o nacional reaccionario y van contra la integración o unificación nacional (económica, territorial, política), ello ocurre porque la burguesía del capitalismo subordinado no puede realizarse como hegemónica y soldar su hegemonía de manera perdurable. Complementariamente, el Estado se convierte progresivamente en el motor de tareas propias a la revolución burguesa; en el mejor de los casos es su brazo público, pero en el peor de los casos —que es la mayoría— asume la tarea de construir autoritariamente —y parcialmente— la nación. No sólo; con el incentivo y la pedagogía militar norteamericanos (*), las clases privilegiadas latinoamericanas percibieron cabalmente que las fuerzas armadas podrían ser un estabilizador de la demanda democrática popular y, cuando ya fue imprescindible, un depositario/protagonista del poder autoritario.

El conocimiento de la difícil conciliación entre capitalismo subordinado y democracia burguesa, fortalece la apropiación de la institucionalidad por las fuerzas armadas. Consecuentemente se consolida un proceso de identificación entre autoritarismo, estabilidad y seguridad nacional.

Por la misma precariedad de la hegemonía burguesa —apoyada forzosamente en los aparatos represivos—, porque la dominación sobre la sociedad civil es más fuerte que la

* Oportuna calificación en palabras de Florestan Fernández: “Problemas de conceptualización de las clases sociales en América Latina” en *Las clases sociales en América Latina* preparado por el Instituto de Investigaciones Sociales, Univ. Nacional Autónoma de México, México 1973, Siglo XXI, Editores.

dirección de la misma, porque el Estado —más como Leviatán que como garante del pacto social— penetra e invade minuciosamente los poros de esa sociedad civil, las masas populares pueden expropiar la vocación de poder y pueden apropiarse de la verdadera “voluntad colectiva nacional-popular” en camino-de-constituirse-en-hegemónica.

Los contenidos de escisión frente al poder dominante y autoritario están en el tejido de las relaciones sociales, como gérmenes creados por las clases subalternas en el seno de ese capitalismo crecientemente internacionalizado, concentrador y excluyente. Gérmenes persistentemente sofocados que, a toda alternativa de construcción contrahegemónica, hacen necesaria una soldadura progresiva entre las clases dominadas contra un bloque solidario, altamente probable, de las clases dominantes.

Por ello es crucial en América Latina el problema de las alianzas tácticas y estratégicas, si pensamos en la transformación social, sea en su vertiente de liberación nacional, sea en su vertiente de revolución social.

EN TORNO
A LA "DIMENSION
INTERNACIONAL" Y
LA CUESTION
DEMOCRATICA
EN AMERICA LATINA

César Verduga

I. UNA BREVE EXPLICACION

Es un empobrecimiento inevitable de la realidad su desagregación en niveles analíticos. La diferenciación entre lo económico y lo político, lo nacional y lo internacional en la intelección de un proceso social, es tanto una sutil apertura hacia simplificaciones reduccionistas, cuanto una forma legítima de aproximación al conocimiento de la realidad mediante la aprehensión de sus relaciones fundamentales.

Sólo en esa perspectiva de producción del conocimiento adquieren algún sentido estas notas carentes de aspiraciones conclusivas, surgidas alrededor de una preocupación más vasta y precisa: el problema de la gestión estatal de la economía de proyectos democráticos en América Latina.

Nos ubicamos al margen de la trivial ingenuidad de suponer que es plausible una perspectiva totalizadora para el análisis de las relaciones que vinculan acumulación estado y democracia, en un conjunto social tan vasto y heterogéneo como América Latina.

Consideramos, sin embargo, que sería otra forma de ingenuidad, negar la necesidad de algunas propuestas analíticas recuperadoras de la totalidad de la región como "parte del mundo", en su azarosa vinculación con el mercado mundial. Y esa "dimensión internacional" es elemento constitutivo de cualquier enfoque sobre el o los tipos de gestión estatal de la economía, capaces de sustentar (no determinar, condicionar, ni crear) un proceso político de redistribución social del poder.

II TRANSFORMACION Y CRISIS DE LA ECONOMIA MUNDIAL Y OPCIONES POLITICAS EN AMERICA LATINA

1. EL PROBLEMA

Se ha tornado un lugar común señalar que la economía mundial vive un período de crisis que influye decisivamente sobre las opciones políticas de América Latina.

La corriente es plantear la "problemática internacional" como importante limitación para el despliegue de alternativas democráticas en el continente. Ese planteamiento habitualmente se apoya en dos enfoques discutibles.

De una parte se destaca tanto el árbol de la crisis que tiende a oscurecerse el bosque, las transformaciones ocurridas en el sistema internacional después de la guerra.

De otra, se asume la existencia de una relación históricamente verificable entre crisis en la economía mundial y bruscas modificaciones en la economía y la sociedad latinoamericanas, pero no se profundiza en el análisis de la naturaleza diferente del ciclo capitalista contemporáneo (del que la crisis es una fase de mayor o menor profundidad) como resultado de las hondas mutaciones ocurridas en un sistema económico mundial, que no se asemeja a aquel que se resquebrajó en los treinta más que una casa del siglo XX a una vivienda medieval. Como corolario, ese tipo de enfoques tienden a generalizar sin matices para América Latina en su totalidad los efectos políticos que la actual crisis parece reforzar en algunas sociedades de la región, reproduciendo la vieja cuestión de suponer la historia del conjunto del continente a imagen y semejanza de aquellos países que precozmente se articularon, de manera dinámica, al mercado mundial y tempranamente se industrializaron.

Al privilegiarse la crisis como el momento del análisis, la economía y el sistema internacional en su conjunto tienden a perfilarse únicamente como limitación de rol regresivo en el proceso político. No se recuperan entonces las mutaciones político-económicas, científico-técnicas y culturales ocurridas en las últimas tres décadas como fuentes de nuevas posibilidades para el desarrollo de las fuerzas productivas y la reestructuración progresiva de la organización social.

Nuestra perspectiva se orienta a complejizar el análisis.

Si enfocamos a la actual, no como una crisis rutinaria de

sobreproducción sino como un eslabón entre dos fases del proceso mundial de acumulación; interesaría establecer los rasgos de la etapa que la crisis parece cerrar, como medio de enriquecer el estudio de la crisis misma, y de contribuir a dibujar los contornos de la etapa que pretende anunciar.

Esa ampliación del campo visual, debería permitir recuperar la "dimensión internacional" como matriz no sólo de limitaciones sino también de posibilidades nuevas para el desarrollo de determinados proyectos políticos en América Latina.

Aceptamos que el estudio del ciclo económico es una ventana privilegiada para observar el movimiento social contemporáneo.

Igualmente partimos de la constatación de que la economía mundial atraviesa por una crisis prolongada. Diez años de reducción de los ritmos de crecimiento, de incremento del desempleo, de aceleración del proceso inflacionario, de deterioro en la expansión del comercio mundial y de comprensión del gasto público con fines sociales, han provocado deterioro en el nivel de vida de la población y debilitamiento de la cooperación económica internacional.

La crisis es de carácter global, pero tiene áreas de manifestación más agudas: el sistema monetario, el mercado de energéticos y alimentos, la degradación del medio ambiente. Algunas de sus expresiones sectoriales transparentan dimensiones más amplias; no sólo está en crisis un sistema económico, sino también una forma particular, históricamente determinada, de apropiación social de la naturaleza, ciertos criterios generales del progreso social propios de la civilización industrial y un orden económico y político mundial, conformado después de la última guerra.

No obstante su magnitud, la crisis no es indicio suficiente de un crack cercano del capitalismo mundial ni de una apocalipsis universal ineluctable.

Es razonable pensar que estamos ante un doloroso proceso de readecuación, a nivel mundial, de un desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas y la organización social.

¿Cómo fue gestándose esa asincronía en el período postbélico? ¿Cuáles fueron las profundas mutaciones sufridas por la economía mundial en ese lapso? ¿Qué rasgos adquiridos por el sistema económico y político mundial con su transformación, sobrevivirán más o menos modificados a la ac-

tual crisis?, son preguntas cruciales para proyectar la relación entre el funcionamiento del sistema internacional y las opciones políticas en América Latina.

Para intentar responder a esas interrogantes el estudio del ciclo contemporáneo constituye una singular clave analítica.

2. LA REPRODUCCION DEL CAPITAL Y LOS CAMBIOS EN EL CICLO ECONOMICO CONTEMPORANEO (*)

Una primera aproximación al movimiento de la economía capitalista mundial después de la segunda guerra, muestra, por comparación con períodos anteriores, una tendencia sostenida a la elevación de sus ritmos anuales de crecimiento. Del 2% característico en la década 1930-1940, saltaron al 5% entre 1948 y 1967.

Otra observación empíricamente observable fue que durante las décadas 50 y 60 hasta las fases del boom y reanimación predominaron sobre las de crisis y estancamiento.

Las crisis cíclicas de 1948, 1957-58 y 1964 mostraron un conjunto de rasgos nuevos para el movimiento de reproducción del capital.

Se mantenían la periodicidad de las crisis pero su efecto era atenuado. Las magnitudes absolutas de reducción de la producción industrial y de las inversiones se redujeron en comparación con las crisis de los veinte y los treinta.

Se contrajo la prolongación del período de estancamiento. En la esfera financiera y crediticia los procesos críticos emergieron fundamentalmente a nivel de los pagos internacionales y en menor escala, en el área bancaria. Tuvieron lugar crisis bursátiles, pero no siempre ocurrieron simultáneamente con la crisis en el sector industrial. Fue clara la asincronía de las crisis mundiales lo que impidió cracks semejantes al del 29-30.

* Para el análisis de este proceso recurrimos a los trabajos de algunos economistas de orientación marxista.

En primer término, de manera central, al trabajo colectivo de los investigadores de la Academia de Ciencias de la URSS y del Instituto de Economía Mundial de Moscú "La economía política del capitalismo monopolista contemporáneo" en su versión rusa de 1977. De ese trabajo hay ya una versión española, con algunas modificaciones y ampliaciones, publicado por Editorial Progreso en 1980.

También nos apoyamos parcialmente en los trabajos de Ernest Mandel "El capitalismo tardío..." Ediciones ERA 1979.

Vigotski "El capitalismo contemporáneo" Moscú 1969.

Pedro López Díaz "El desarrollo del capitalismo en la posguerra". División de Estudios de Posgrado. Facultad de Economía, UNAM. Serie: Material docente.

¿Cuáles eran las causas de cambios tan importantes en el mecanismo cíclico?

El cuadro del movimiento cíclico puede modificarse bajo el influjo de factores con distinto grado de incidencia.

Hay factores con influencia en el corto plazo, que determinan la especificidad del desarrollo en los límites de un determinado ciclo; otros, de acción en el mediano plazo, mantienen vigencia en su intervalo histórico mayor. Hay finalmente, factores de carácter estructural cuya influencia puede no desaparecer ni reducirse en años y décadas, sino, al revés, incluso aumentar.

En el proceso de reproducción capitalista posbélica encontramos la incidencia combinada de estos tres tipos de factores.

El más importante factor de incidencia transitoria fue la finalización de la segunda guerra mundial. El conflicto, el provocar destrucción de fuerzas productivas, estancamiento en la producción de capital fijo para la esfera no militar, comprensión en la producción de bienes de consumo, reducción del comercio mundial, etc., creó una demanda momentáneamente "congelada" que la finalización de la guerra convirtió en estímulo para una rápida expansión con clara incidencia hasta fines de los años cincuenta.

Otro factor importante de incidencia transitoria fue la homogeneización de las estructuras productivas en el capitalismo desarrollado.

En efecto, en Estados Unidos, durante la guerra, se inició un proceso de transformación de la estructura productiva, sustituyéndose gradualmente los sectores económicos líderes de décadas anteriores, por otros.

Al concluir el conflicto Europa y Japón debieron inicialmente reestructurar su antiguo aparato industrial y en la segunda mitad de los años cincuenta iniciar la transformación de su estructura productiva, provocando una elevación significativa de la demanda que estimulaba la expansión de la economía internacional.

Finalmente, un factor transitorio de significativa incidencia en el ciclo de reproducción, fue la indisputada hegemonía norteamericana.

Con su aparato industrial y su población intactas después de la guerra, los Estados Unidos emergieron como líderes indiscutibles del mundo capitalista en su nueva etapa histórica.

El Plan Marshall y la OTAN viabilizaron el control norteamericano sobre el desarrollo económico, tecnológico y militar de Europa por décadas.

Los Estados Unidos erigieron un orden económico y político mundial que expresaba su hegemonía incuestionable. La creación del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, permitieron articular un sistema financiero y monetario internacional bajo su control. El dólar pasó a jugar un rol de dinero mundial, y ese hecho creó condiciones inéditas para el financiamiento de la acumulación a escala mundial.

En la medida en que la significación de esos factores de incidencia transitoria se debilitaba, fue creciendo la influencia sobre el ciclo de los factores de significación en el largo plazo. A través de ellos se expresaba la problemática medular de la época.

La confrontación estados capitalistas-estados socialistas, el derrumbe del sistema colonial y los nuevos procesos sociales en el Tercer Mundo, la acentuación de la tendencia al desarrollo desigual de los países capitalistas, el fortalecimiento simultáneo de los monopolios y el Estado, y los cambios en su funcionamiento, el desarrollo de la revolución científico-técnica contemporánea y las especificidades de la lucha de clases en la nueva etapa de desarrollo del capital, modificaron los rasgos del sistema económico mundial contemporáneo y ejercieron profunda influencia en el funcionamiento del ciclo.

El surgimiento del bloque socialista acortó los límites territoriales de acción del ciclo capitalista. La existencia de un clima de confrontación (en los marcos de la "guerra fría" o de la "detente"), estimuló la tendencia a la militarización de la economía. La competencia económica con el bloque socialista actuaba como estímulo a la intervención estatal en las áreas de crecimiento, empleo, equilibrio externo e inflación. La perspectiva de un mundo dividido en bloques antagónicos contribuía a desarrollar la solidaridad y la cooperación interestatal capitalista en las áreas militar, económica, tecnológica y monetaria/financiera, impulsando los procesos de integración.

Militarización, integración, incremento de la intervención estatal, eran procesos de significativa influencia en la prolongación de las fases de expansión y reanimación y en la atenuación de los movimientos de crisis y estancamiento.

El proceso de descolonización incidió fuertemente sobre el ciclo, al modificar de manera relativa la inserción de las ex colonias en el proceso mundial de acumulación.

En primer término finalizó el saqueo directo de las riquezas naturales de numerosos países como mecanismos de acumulación de capital. En segundo lugar, se iniciaron en la periferia del mundo capitalista procesos de industrialización y de desarrollo de la infraestructura que generaban demanda adicional de bienes de capital para las economías centrales. El carácter altamente fluctuante de esa demanda incidía sobre el ciclo capitalista mundial.

La agudización de la tendencia al desarrollo desigual de países, sectores y ramas de la economía en el período postbélico, otorgó centralidad al problema de la relación entre las leyes del carácter desigual y la condición cíclica del proceso de reproducción del capital.

La tendencia al desarrollo desigual emergió con fuerza desde principio de siglo, conjuntamente con la monopolización de la economía.

Pero, después de la II Guerra Mundial, la espontaneidad de la tendencia al desarrollo desigual se vio profundizada por la acción conjunta y consciente de monopolios y estados.

Los países de Europa Occidental y Japón, espoleados por una doble confrontación frente al bloque socialista y la hegemonía norteamericana, recurrieron a formas altamente sofisticadas de orientación e intensificación de su crecimiento económico, influyendo significativamente sobre el comportamiento del ciclo mundial. Las nuevas expresiones del desarrollo desigual resultaban en algunos períodos más fuertes que las manifestaciones cíclicas del movimiento del capital.

No obstante sobrevivió la unidad del proceso de reproducción del capital, como lo atestiguan el incremento del comercio mundial, la intensificación de la circulación de capitales, y la profundización de la cooperación y especialización internacionales.

La interrelación contradictoria entre la tendencia al desarrollo desigual y la unidad en el proceso de reproducción se manifestaba a través del movimiento integracionista que agrupa a conjuntos de economías nacionales en bloques comerciales y aduaneros enfrentados entre sí.

Los cambios ocurridos en el funcionamiento de las empresas monopolistas, tuvieron incidencia notable sobre el ciclo. La posibilidad de detectar y prever las fluctuaciones de la demanda, el uso de las técnicas electrónicas para controlar el movimiento de los stocks, han atenuado enormemente el efecto de sobreproducción "invisible", debilitando el "factor

sorpreza" en el estallido de la crisis. En el sector monopolizado de la economía, las crisis de sobreproducción tendían a manifestarse preferentemente en la rama de bienes de capital y no de artículos de consumo.

La sobrevivencia de la competencia intermonopólica en las nuevas condiciones técnicas de gestión empresarial, estimuló en las grandes empresas la mantención estable, con pequeñas fluctuaciones, de altas tasas de utilidad. Esa estabilidad en los niveles de ganancia ha permitido atenuar los impactos de los períodos críticos y elevar el grado de autofinanciamiento de sus actividades.

El crecimiento del nivel de autofinanciamiento, el incremento del peso de las compañías de seguros y los fondos de seguridad social en el sistema financiero, el sistema de seguridad estatal de depósitos y las políticas gubernamentales antiespeculativas, atenuaron el carácter de pánico financiero que antes poseían las crisis cíclicas.

El Estado interviniendo crecientemente como inversionista directo e influyendo indirectamente sobre la inversión privada a través de la política impositiva y crediticia, modificaba la dinámica de renovación del capital fijo. Al erigirse en comprador importante del producto final y remunerar una significativa parte de la fuerza de trabajo, el Estado cambiaba las condiciones de realización del producto.

La demanda gubernamental y la programación estatal contribuían a reducir notablemente las dimensiones del "mercado desconocido" y atenuaban las fluctuaciones propias del funcionamiento de la economía capitalista. La intervención reguladora del Estado, recurriendo a los instrumentos monetarios, crediticios, impositivos y al gasto público, actuaba sobre el ciclo atenuando la expansión cuando ésta amenazaba excesivamente la estabilidad y suavizando las fases de crisis y depresión.

La revolución científico-técnica introdujo profundas modificaciones en el conjunto de la sociedad contemporánea, incidiendo sobre el ciclo de reproducción del capital.

La transformación tecnológica postbélica ha desplegado la automatización de la producción, los métodos cibernéticos de dirección, la producción de materias primas artificiales, la aplicación de las innovaciones químicas a los procesos productivos, la industrialización de la construcción y la agricultura. Al modificar los medios, y los objetos de trabajo, ha transformado el conjunto de condiciones técnicas del proceso de trabajo.

Al avanzar el proceso de automatización se han provocado modificaciones en la relación hombre/máquina. Superando lo que ocurría con la mecanización, en la automatización tiende a modificarse la condición del trabajador como agente principal del proceso de producción.

El concepto de máquina sufre algunas modificaciones, porque ésta pasa a cumplir funciones intelectuales.

Si la mecanización multiplicaba las posibilidades físicas del hombre, la automatización está multiplicando sus posibilidades intelectuales.

La transformación tecnológica ha revolucionado las comunicaciones provocando importantes efectos socio-culturales y políticos.

Simultáneamente ha reducido de manera notable el tiempo de obsolescencia tecnológica del capital.

Cualitativamente superior a otros saltos tecnológicos, la actual transformación científico/técnica ha transformado el rol de la ciencia que tiende a convertirse en fuerza productiva directa, ha ampliado su radio de acción a los sectores productivos y de servicios, ha elevado incesantemente la productividad y cambiado la estructura productiva, ha modificado las funciones de la fuerza de trabajo, y su composición social al desplazar un contingente mayor de la misma hacia el sector terciario y ha provocado importantes impactos teórico/ideológicos.

Al convertir en fenómeno estable el surgimiento de nuevos sectores económicos, la revolución científico-técnica ha influido notablemente sobre el ciclo. Los nuevos sectores se diferencian según su rol en el proceso de reproducción: emergen nuevos sectores de gran fluctuación cíclica, surgen otros vinculados a la demanda estatal y por ende poco fluctuantes; aparecen finalmente algunos que compiten y desplazan a los viejos.

Al aumentar el rol de los nuevos sectores, surge una nueva base material para el ciclo de reproducción del capital: la producción de bienes de consumo durable, que por su complejidad tecnológica, el tipo de materias primas que utilizan y la lógica de su desvalorización se asemejan a los bienes de capital fijo.

La reducción de los plazos de obsolescencia tecnológica acelera la producción de productos nuevos y la renovación de capital fijo, acortándose la fase de reanimación y prolongándose la del boom.

El conjunto de fenómenos económicos, tecnológicos y socioculturales del período postbélico se expresaban en el proceso de lucha de clases.

Por una parte la transformación de la agricultura condujo a una notable reducción, en algunos países avanzados, del campesinado. La alianza de trabajadores manuales e intelectuales tendió a sustituir, en ciertas sociedades, a la anterior unidad de obrero-campesina como base social del cuestionamiento del capitalismo.

Los cambios en la estructura productiva, provocaron mutaciones en la estructura social, ampliando sensiblemente el contingente de trabajadores de "cuello blanco".

El fortalecimiento de la organización sindical y el enriquecimiento técnico-cultural de la fuerza de trabajo, elevó el poder de negociación de la clase obrera, volviendo rígidos al descenso los salarios nominales, incluso en condiciones depresivas.

El fortalecimiento del movimiento obrero y sus expresiones sociales y políticas permitió que la clase trabajadora desbordara sus límites corporativos y levantase proyectos sociales alternativos, como opción real de poder.

Finalmente tuvo lugar un proceso de universalización del conflicto de clases, volviendo al mundo más interdependiente.

En ese tejido de complejos procesos se engendró una nueva forma de existencia del capital: la empresa transnacional. Sus raíces están enterradas en la naturaleza misma del capital: tendencia constante a la expansión, a la concentración y centralización y a la ampliación del mercado mundial. Su rasgo novedoso lo constituye la internacionalización del capital, como factor central de su dinámica de acumulación.

Pero su germinación en el período postbélico estuvo vinculada a fenómenos históricos específicos. La hegemonía norteamericana que permitió el financiamiento de la acumulación mediante la simple emisión del dolo erigido en patrón universal de valor. El control político de Estados Unidos en Occidente que abrió las economías de Europa y Asia al capital norteamericano. La descolonización que abrió "anchas alamedas" al capital multinacional en zonas que funcionaban (en virtud de acuerdos tipo "cartel") como "cotos cerrados" de sus respectivas metrópolis.

Convertida en célula de la nueva economía capitalista, la empresa transnacional pasó a convertirse en actor principal de

inéditos desplazamientos en la división internacional del trabajo y generador de nuevas y complejas formas de relación estado/capital^(*).

Ese proceso histórico, sintéticamente analizado desde la perspectiva estratégica del funcionamiento del ciclo, transformó el sistema económico y político mundial. Y es ese sistema, profundamente modificado, el que entró en crisis en la última década.

III. LA CUESTION DE LAS PERSPECTIVAS POLITICAS

¿Cuáles pueden ser las limitaciones y posibilidades que una estructura internacional con los rasgos presentados anteriormente, plantea ante las opciones políticas latinoamericanas, en un período de crisis prolongada? Grosso modo las limitaciones se plantean cotidianamente así: en periodos de crisis germinan tendencias a la polarización y "derechización" del espectro político. En los centros se abren paso opciones de limitación democrática en lo interno y estrechamiento de su círculo de dominación sobre la periférica. Se producen en los países dependientes fenómenos de agudización de su deterioro económico y social que estimulan el fortalecimiento de alternativas políticas conservadoras y represivas. Cuando esa crisis tiene las características de la actual, el problema se agudiza porque los estados "centrales" han perdido parte de su capacidad para manipular la política interna e internacional por el fortalecimiento de las transnacionales y existe un reavivamiento mundial de la atmósfera de "guerra fría".

Al coincidir además la crisis con el agotamiento de algunos compromisos populistas y esquemas reformistas de control estatal aparejados con agudas exacerbaciones del conflicto de clases, en algunos países emergen soluciones autoritarias que postulan la apertura ilimitada de la economía al control del capital privado, el debilitamiento del sector público, el

* Cuando la perplejidad provocada por los procesos inéditos de transnacionalización, no puede ser sustituida por la explicación científica, se alude al debilitamiento ineluctable de toda forma de política económica (y no únicamente de sus expresiones keynesianas) por el proceso de "privatización" del estado. De ese enfoque se desprendería que la relación estado/capital es una contingencia histórica producto de crisis y de guerra reversible por el impacto de nuevos procesos en el movimiento del capital internacional. Nuestro enfoque es otro: la relación estado/capital es una necesidad orgánica y no un accidente histórico, cuyos reajustes y vicisitudes periódicas, expresan el complejo proceso de desarrollo del capitalismo. Al respecto es interesante el enfoque de Suzanne de Brunhof en "Estado y Capital..."

abatimiento de las responsabilidades sociales asumidas por el Estado y la eliminación de todo espacio político de concertación y negociación. Un sector dotado de los mecanismos de coacción capta el poder estatal e intenta la reformulación del patrón de acumulación, acorde con las nuevas necesidades del capital internacional, acallando represivamente toda posible disidencia que surja desde la sociedad civil. Es la combinación de autoritarismo monetarismo y transnacionalización que padecen algunos países latinoamericanos.

Siendo válida la vinculación que un esquema semejante supone entre "situación internacional" y opciones políticas en América Latina es evidentemente parcial.

La recuperación del conjunto de procesos, que, con algunas modificaciones, sobrevivirán a la presente crisis y que provocaron la transformación del orden mundial posbélico, puede abrir otras perspectivas.

El equilibrio de fuerzas que la división del mundo en bloques antagónicos y el derrumbe del sistema colonial suponen, abrieron perspectivas inéditas para proyectos políticos nuevos en el Tercer Mundo. Algunos procesos democráticos y revolucionarios en países de Asia, Africa y América Latina probablemente no habrían sobrevivido al margen de ese equilibrio de fuerzas.

Fenómenos "tercermundistas" como la OPEP y otras organizaciones de defensa de las materias primas, el Movimiento No Alineado, por citar algunos, no serían imaginables en un mundo unipolar.

La agudización del desarrollo desigual entre economías y estados capitalistas flexibilizó la estructura de poder en Occidente. Este se volvió multipolar y esa multipolaridad abrió espacios nuevos en las relaciones internacionales antes presas en la rigidez del esquema Este/ Oeste.

La transformación científico-técnica que tuvo como locus la zona desarrollada del mundo, elevó en conjunto los niveles de educación, información y percepción del mundo en todos los pueblos, ampliando, por ende, su capacidad de acción política.

Estimuló la multipolaridad en Occidente y creó las condiciones materiales para una rápida diferenciación de esquemas económicos entre los estados socialistas, con efectos socio-culturales notables. El "mundo socialista" también se tornó plural en sus modelos de desarrollo económico y político, al diferenciarse el tipo de inserción que a cada economía le era

factible en el proceso de cambio tecnológico y cultural de acuerdo a su dotación de recursos y a la orientación específica de su desarrollo nacional.

Utilizado, particularmente en su versión capitalista, en desmedro de la biosfera, el tipo de transformación científico/técnico/postbélico, transparentó un fenómeno de trascendencia histórica antes no considerado: el de los límites al equilibrio sociedad/naturaleza. El problema ecológico tornóse "cuestión social" relevante, aunque el deterioro gradual del medio ambiente era un fenómeno acumulativo desde los orígenes de la civilización industrial.

Finalmente, en la teoría de la transformación social, la posibilidad de la "resolución de la miseria" que el progreso científico/técnico prometía abrió posibilidades a una visión más centrada en los aspectos político/culturales del cambio de sociedad.

La universalización de la lucha de clases y la mayor interdependencia mundial, redujeron significativamente los fatalismos geopolíticos para el desarrollo de nuevos proyectos sociales en zonas diferentes del mundo.

La intervención reguladora del estado en la economía contribuyó a elevar el grado de autoconciencia de las sociedades en general, terminó con el fantasma del antagonismo entre la propiedad estatal y la supervivencia del mercado y universalizó el reconocimiento de la planificación como instrumento del desarrollo económico y social.

En algunos países de Europa la evolución postbélica permitió el desarrollo de un proceso de experimentación social inédito: los proyectos socialdemócratas. Analizados muchas veces desde posiciones maniqueas, los proyectos socialdemócratas, en particular los del Norte de Europa, han mostrado (en la etapa actual de crisis de la economía capitalista y agudización de las tendencias agresivas en su centro hegemónico), constituir un fenómeno más complejo que la simple maquinación del capital internacional en contubernio con direcciones obreras inconsecuentes. Sus actuales posiciones las revelan como una opción social conjunta de sectores burgueses de países pequeños que cuestionan la hegemonía norteamericana en Occidente y de movimientos obreros reformistas que utilizaron una coyuntura particular de expansión económica del capitalismo y de bipolarización del mundo para alcanzar significativas conquistas económicas, sociales, políticas y culturales, preservando la unidad y la independencia nacionales.

En América Latina en el período posbélico tuvieron lugar procesos fundamentales, no sólo de corte regresivo.

Analizarlos escapa por supuesto a los objetivos de este trabajo. La consolidación del proceso revolucionario cubano, el desarrollo de los procesos revolucionarios en Nicaragua y Grenada, el eclipse del desarrollismo "como opción ideológica" y el replanteamiento del problema del desarrollo al incorporarse en su agenda objetivos "políticos" como los de democracia, participación y rol protagónico de los sectores populares^(*), el desplazamiento de algunas dictaduras "dinásticas", el surgimiento de centros intermedios de poder como México y el avance en el desarrollo político e ideológico de amplias capas sociales, por nombrar algunos, son fenómenos facilitados por el nuevo escenario internacional conformado después de la guerra.

Recuperar el conjunto de fenómenos presentes en la evolución posbélica y no hipertrofiar los impactos de la crisis, amplía el campo visual para el análisis de la "dimensión internacional" en la opción democrática de América Latina. No es sólo un necesario ejercicio intelectual. Es también una postura política. En un período lúgubre para algunas sociedades latinoamericanas se desarrollaron también nuevos procesos de insurgencia revolucionaria en Centroamérica y el Caribe, avanzó en la lucha por su independencia nacional Panamá, se abren perspectivas políticas nuevas en Brasil, se despliegan opciones democráticas en Ecuador, sobreviven las formas democráticas en Venezuela y Costa Rica y se consolida un esquema particular de inserción internacional para México. Si bien en el mundo desarrollado la crisis coadyuva a la fructificación de respuestas "regresivas" (EE.UU., Inglaterra) también permea a las sociedades a respuestas "progresivas" (Francia, Grecia).

La relación entre crisis mundial y prosperidad autoritaria como opción irreversible para América Latina, no deja de ser en esta perspectiva, una falsa evaluación "pesimista". Sirvan estas notas para animar una réplica que matice la validez de ese sombrío enfoque.

* Ver Enzo Faletto "Opción democrática en América Latina. Temas y problemas." Reunión FLACSO/UNU. México - Octubre - 1981.

PROBLEMAS DE LA
DETERMINACION
DEPENDIENTE Y LA
FORMA PRIMORDIAL

René Zavaleta Mercado



Se dice que el imperialismo en su sentido actual connota o revela a la vez *al sistema capitalista como un todo y a la dominación política y económica de los países avanzados dentro de aquél*, ^{1/} No siempre ha sido así. En la acepción original, imperialismo no significaba sino la fase monopólica del modo de producción capitalista sea que *no es un fenómeno político o ideológico sino que expresa las necesidades imperativas del capitalismo avanzado*, ^{2/}. Preferimos nosotros la primera definición porque, aunque resulte importante el perfil estructural o modelo de regularidad obtenido como categoría misma, la aparición del proceso no ocurre nunca con sólo su esencia o núcleo: una determinación estructural está siempre revelada por su forma ideológica y la combinatoria de ambas, estructura e ideología, debe producir siempre una política.

En este trabajo queremos proponer un razonamiento acerca de la cuestión de la *construcción de la política* en torno a la tensión entre formas autoritarias y movimientos democráticos, considerados en su punto originario. El espacio al que nos referiremos es el de las actuales experiencias autoritarias en la América Latina. Supone ello la consideración de los movimientos contradictorios entre el flujo (decreto o úcase) de los centros mundiales, en especial Estados Unidos, hacia la periferia, lo cual habla de la determinación exógena de la forma política (que computaremos como el momento de homogeneidad del modelo político regional, por cuanto se refiere a un estatuto común a un número importante de países y capaz de imponer un patrón político) ^{3/} y la causación histórico-local dentro de la formación (es decir, su heterogeneidad, porque aquí atendemos más bien a la *differentia specifica* de las sociedades) o sea su forma primordial ^{4/}. Haremos también algunas consideraciones acerca de la relación entre el excedente

económico ^{5/} y la disponibilidad democrático-representativa así como sobre los márgenes de constitución hegemónica o hegemonía negativa ^{6/} que suelen aparecer en el seno de las experiencias autoritarias.

I. DESCRIPCION DE LOS CICLOS

El primer aspecto a examinar es el grado de autorreferencia (selfidentity) de que disponen este tipo de sociedades, la medida en que determinan su propia política y, en fin, el grado de que han constituido un núcleo autodeterminativo. La tendencia de los estudios actuales es a suponer que, si eso, el núcleo autodeterminativo existe, existe cada vez menos. Magdoff, por ejemplo, habla de *el surgimiento de la firma multinacional como una entidad más poderosa que el Estado-nación* ^{7/} en tanto que autores como Raymond Vernon han podido escribir que *conceptos tales como la soberanía nacional y el poderío económico nacional aparecen curiosamente privados de significado*, ^{8/}. Poulantzas, en uno de sus últimos trabajos, ha ido más lejos. Se viviría la propia disolución de los viejos Estados nacionales. *No se asiste a la emersión de un nuevo Estado por encima de las naciones sino más bien a rupturas de la unidad nacional subyacente a los Estados nacionales existentes. Pero no sólo eso: el modo de producción de las metrópolis se reproduce, bajo forma específica, en el interior mismo de las formaciones dominadas y dependientes.* ^{9/} O sea que aquí, Poulantzas asigna a la entidad multinacional no sólo la aptitud de disolver a los viejos Estados nacionales sino también la de reconstruir a su imagen y semejanza a las propias *formaciones dominadas y dependientes*, lo cual por cierto va más allá que la más extrema de las tesis dependentistas (la de Quijano) que hablaba al menos de una correspondencia cerrada entre la historia local y la fase de la historia central pero no de la ocupación de aquélla por ésta.

Proponemos la deliberación acerca de este asunto en torno al dibujo de dos ciclos relativos que, a nuestro juicio, expresan bien la hora de homogeneidad del input o provisión política. Adviértase de principio que asumimos que no existe una opresión sólo estructural, esto es, que ella provoca un tipo u otro de proposición consciente de la política. Los ciclos a valorar serían:

A. El ciclo de disolución de las experiencias populistas-representativas que ocurrió entre 1963 y 1965. Se trata de un ejemplo característico del flujo o emisión del centro a la periferia. En este período, varios países latinoamericanos viven una serie de golpes de Estado o desplazamientos inducidos en el poder con características idénticas entre sí, en su modalidad operativa, aunque en países diferentes en todo unos de otros. Es una secuencia que se inicia con la caída de Juan Bosch en la República Dominicana a fines de 1963. En el curso de 1964, serán también derrocados Carlos Julio Arosemena en el Ecuador, Joao Goulart en el Brasil y Víctor Paz Estenssoro en Bolivia. En 1965, en lo que puede considerarse el punto de ápice de este ciclo, Arturo Illia es depuesto por el golpe encabezado por el general Onganía en Argentina ^{10/}.

B. El ciclo de constitución de los actuales regímenes autoritarios en el Cono Sur. Este se inicia con el derrocamiento del gobierno populista de Juan José Torres en Bolivia (1971), con la formulación del esquema de militarización efectiva del poder con mantenimiento de cierto manto democrático-representativo, hacia 1973, en Uruguay, el golpe que pone fin al gobierno de Allende en Chile el mismo año y el de los militares argentinos contra el segundo peronismo, en 1976. Es sin duda pertinente considerar a la dictadura militar brasileña como una experiencia de premonición de estos modelos ^{11/}.

Es verificable que el centro lineal del ciclo A está dado por la controversia en torno al aislamiento diplomático de la Revolución Cubana. Todos los regímenes abatidos coinciden en sólo dos aspectos: en ser de origen representativo, esto es, producto de procesos electorales, y en su oposición a la presión diplomática norteamericana que propiciaba la ruptura colectiva con el régimen cubano. Por razones diferentes, sólo Bosch y Goulart aparecían como el fenómeno de compulsiones sociales más vastas que tendieran a rebasarlos ^{12/}. Con todo, lo que interesa a la índole de este análisis es la existencia de episodios homológicos o sea la capacidad de producir resultados o formas homogéneos por una decisión política (emisión o decreto) desde el centro de poder. La formación exógena de los *coups d'Etat* demuestra que, aunque al precio de un desgaste indudable, el aparato político norteamericano tenía la fuerza necesaria para imponer tales desplazamientos sobre condiciones nacionales que quizá no los habrían

elaborado por sí mismas. La *diplomacia de castigo* no se enmarca aquí sino en un término primario pero contiene la revelación de una virtualidad. A diferencia con esto, en el ciclo B, la tendencia homológica es más orgánica y directa, se diría que más estructural: no se trata sólo de un castigo sino de la subsunción de un modelo político lo cual resulta por demás iluminador porque enseña a la vez una concepción acerca de la inercialidad real de los modelos políticos, es decir, del sentido de obediencia de la práctica hacia el plan si éste es funcional.

Es llamativo el que en todos los ejemplos del ciclo B la autonomía democrática de las masas adquiriera en lo previo una desventura y un volumen más extensos que el marco democrático-representativo previo o sea que se tratara del arrasamiento de la institución democrática por el auge democrático de la multitud ^{13/}. La democracia representativa aparecía como un cebo para la democratización real o autodeterminación pero ésta, la democracia como autoconstitución, desbordaba las débiles reglas de la democracia representativa. Los casos pueden resumirse de la siguiente manera, siguiendo el orden temporal de su existencia:

BOLIVIA, En la contradicción antagónica entre una conspiración militar derechista encabezada por el general Rogelio Miranda y la defensa-sustitución de Ovando por el grupo populista militar del general Juan José Torres (octubre de 1970), una *huelga general de coerción* impone el triunfo del contragolpe del segundo. La movilización proletaria impone el éxito populista militar pero esto no contiene un éxito paralelo de la concepción populista militar en el proletariado. Hay entonces una definición externa de la contradicción militar, determinación que se cumple *desde* el movimiento obrero lo cual habla de la división del aparato represivo, que es una fase avanzada de la crisis estatal (no hay crisis revolucionaria sin escisión del aparato represivo) y a la vez de la combinación entre una cierta capacidad de *hacer política* y de una relativa incapacidad hegemónica, que se manifiesta en el carácter de la Asamblea Popular, por parte de la clase obrera. En todo caso, aunque Torres aspiraba a la reconstitución de la autonomía relativa del Estado, a la manera de la que existió entre 1952 y 1964, los hechos fueron más lejos que todo proyecto. La convivencia entre la sociedad civil abigarrada, desconocida y en gran medida autoconstituida y el Estado, militarizado desde 1964, demostró ser

inviabile. Torres no tenía al final sino una existencia derivada y el movimiento obrero tendía a la expansión de su ámbito de dirección político ideológica ^{14/}.

URUGUAY. Un avanzado grado de democratización social ^{15/} y una estructura política de base democrático-representativa bastante consistente aunque acompañada por modalidades semicorporativas componían los elementos del sistema uruguayo que provenía del momento constitutivo encarnado en lo principal por la figura de Batlle y Ordóñez, que abarca una época entera ^{16/}. Tan sorprendente como la amplitud formativa de ese sistema es la pérdida de su validación hegemónica que se inicia hacia los fines de los 60; eso no se manifestará en forma sino en los 70 con el auge del movimiento armado (MLN) y el despliegamiento de un amplio movimiento sindical, que adquiere una pugnacidad antes desconocida; entre ambos, confluyen en una coalición electoral poderosa que amenaza con dar fin con el *cul de sac* corporativista del sistema electoral bipartidario. La derrota virtual del candidato oficialista (no porque fuera el del gobierno sino porque las tendencias a la reforma del sistema contenían tanto los votos frenteamplistas como los de Ferreira Aldunate o sea que el semicorporativismo o ley de lemas se controvertía desde sí mismo) era el vaticinio de una segura ofensiva social contra una estructura que había perdido su margen distributivo (por la disolución del excedente clásico, que había sido proporcionalmente tan vasto) y también, de inmediato, su margen hegemónico. La militarización práctica del poder defenestra una lógica política en la que ya nadie creía.

CHILE. En lo que era una de las pocas democracias representativas estables de la periferia mundial (porque aquí suponemos que el locus democrático tiene que ver con la captación de lo que se puede llamar, en un término discutible, el excedente mundial), Chile había configurado un sistema político comparable en todas sus estructuras al modelo político de la democracia europea en su forma paradigmática o sea, formación pluripartidaria, con libertad electoral universal, ancha expansión sindical y autonomía relativa del Estado o sea el desprendimiento entre la dominación política y la dominación clasista en la medida en que eso puede existir. Con todo, la dicotomía de la formación chilena permitía distinguir entre un sofisticado aparato político estatal y (a diferencia de Uruguay y Argenti-

na, que son como el caso invertido) un débil patrón de democratización social. La igualdad política (aunque dentro de la lealtad de un profundo arraigo estatal) coexistía con un estatuto social oligárquico en su esencia. Con la práctica de la autonomía relativa del Estado, convertida aquí en una concepción o mito de las masas (el poder —se supone— es conquistable por el voto), éstas, las masas excluidas por aquel segundo aspecto de la dicotomía (la débil democratización social) amenazaron sin dudas con proseguir su triunfo representativo con una reconstitución hegemónica que no por errática resultaba menos peligrosa. La robusta reacción del fondo autoritario del Estado chileno y de la sociedad chilena demostró el alcance de la forma democrática allá donde no expresa la sustantividad de la igualdad social ^{17/}.

ARGENTINA. En este país, que es una de las grandes experiencias sociales a nivel mundial, la forma democrática coincide del modo más literal con la disposición del excedente (es cierto que asociada a un momento constitutivo democrático aunque rodeado por sus propias limitaciones, que es la inmigración masiva de europeos). La democracia representativa jamás logra volver a los niveles alcanzados en las décadas que acompañan a un excedente que es sencillamente enorme a un nivel mundial (1880-1930). El país demuestra una capacidad de captación o arraigo de excedente bastante superior por ejemplo con relación al Perú del guano. El peronismo engendra o expresa (esto es algo a precisar) una nueva sociedad y también un nuevo canon estatal (aunque limitado en el tiempo). Es en el fondo un extensísimo fenómeno de democratización social y así mientras en la forma de su cambio político la Argentina se parecerá a partir de Uriburu más a Bolivia o Guatemala, en cambio alcanzará los niveles más avanzados del continente en cuanto a la democratización real. Los diversos intentos de reimplantación de formas de legitimidad, con intentos civiles preperonistas o con formas militares antiperonistas, fracasarán sin embargo ante lo que fue un auténtico momento constitutivo de masas en torno a la interpelación peronista. La propia burocracia peronista, poderosa en lo sindical e indigente en lo político (porque la política es en la Argentina un atributo oligárquico), tras el retorno de Perón, se siente a merced de las masas que acatan sólo la norma de su patrón constitutivo ^{18/}.

Idéntico aún en la misma enunciación programática, el modelo que los norteamericanos intentan insertar en estos países se basa en los supuestos siguientes:

- a) En la reorganización verticalista de la sociedad civil, se trata de reemplazar las formas organizativas y grupales naturales (producidas por el movimiento de la sociedad) con formas de corte corporativo. Es obvio que el problema de la forma y la determinación originaria se dirigen no a la lectura de la sociedad civil por el poder sino a la reconstrucción de la anarquía social en términos de la "governabilidad". Se imagina en realidad algo así como una "constitución" o apelación de las clases, formas, partidos y mediaciones desde el Estado o más bien desde la visión neoconservadora que se encarna en el *brain-trust* que aquí se identifica con el Estado^{19/}.
- b) La estrategia económica se basa en el dogma del sistema mundial en sentido de que nada que esté fuera de su ritual o eficacia tiene perspectivas racionales o sea en el dogma de la irresistibilidad del sistema mundial. Por consiguiente, la transnacionalización del acto productivo se aleja en un modo esquizofrénico de la lógica nacional. En otros términos, el Estado nacional —se piensa— sólo culmina cuando la economía está redimensionada en grado total hacia la transnacionalización. La lógica de la inserción viable en el sistema mundial es más importante que la lógica de la agregación nacional. El maniqueísmo de la "bipolaridad" del mundo conduce al anhelo de estar comprometido o inserto de la más profunda manera con el centro que en este caso no es sólo dominante sino también hegemónico (ésta es la razón del satélite privilegiado), consecuencia explicable del grado de seducción del desarrollo tecnológico-económico obtenido por la potencia culminante^{20/}.
- c) La doctrina llamada de la seguridad nacional, que es el lado político-militar de la teoría de la ingovernabilidad de la democracia, es la ideología oficial explícita. Hay en ella una escisión lógica: la solución a la dependencia es la organización final de la dependencia. El uso masivo de los *media* se funda en el principio de la recepción o sea de la "opinión pública" como output.

Se distribuye una Weltanschauung irracionalista cuyo componente incluye los ideogramas del occidentalismo, el eurocentrismo, el hispanismo o su equivalente, anticomunismo, pancatolicismo, etc. De alguna manera, todo esto no es sino la explotación o expansión de sentimientos representativos reaccionarios existentes en el inconsciente colectivo de estas sociedades (aunque aquí debe considerarse la cuestión de la tradición dual)²¹.

- d) El modelo distingue entre el pequeño terror y el gran terror. Mientras que el primero suele ser el soporte de la contestación, el segundo contiene una representación del mundo o más bien una representación sustitutiva del mundo. El modelo propone la generalización del terror como un movimiento de reconstitución ideológica o sea que la función de lo represivo no se dirige a la entidad verificable del resistente sino a la reconstrucción del horizonte de referencias. Es lo que se llama la erección de una hegemonía negativa.

CONDICIONES IDEOLOGICAS DE LA EMISION

El modelo descrito, que es desde luego su origen formal pero no su conclusión práctica, sugiere la hipostización de un núcleo estatal superestructural sinónimo y bases materiales histórico-sociales discrepantes y a veces compartimentadas ^{22/}. La superestructura, se dice, debe ser autóctona o sea que es originaria en su naturaleza. Se puede prolongar este razonamiento y decir que la superestructura expresa la diversidad de la historia del mundo. No puede hablarse de ella como regularidad o mismidad en cuanto al modelo de reiteración o paradigma del MPC, pues su carácter está dado por el sesgo articulatorio o formación económico social^{23/}.

El hecho mismo de que el proyecto o modelo vertical-autoritario existiera ^{24/}, habla per se de la forma de la "construcción de la política" en la zona. Es verdad que no hay un solo momento orgánico que no insinúe una cadencia superestructural porque eso está en la naturaleza de la sociedad como totalidad alrededor de totalidades. Con todo, si separamos la periferia de la política de la centralidad de la política y tanto más si ahora nos ocupamos de un *tipo ideal* de la construcción de la política (que es el del ciclo B), es verdad

que, al menos hacia esta circunstancia, hay una homogeneidad en la enunciación estatal (o sea en el modelo sugerido para este rasgo de la superestructura) y una heterogeneidad o abigarramiento en la base histórica o sociedad civil a la que se dirige aquello. Esta es una forma falsa de unidad en una región geográfica que sin embargo cuenta con elementos mucho más convalidados para hablar de ello.

El paradigma norteamericano de lo vertical-autoritario demuestra, por otros conceptos, una determinada concepción de la ciencia política, en el sentido de conocimiento social con capacidad sobre las prácticas. Se supone aquí, en efecto, que la composición adecuada de los insumos permite llegar al prototipo y que éste, emitido desde su foco clásico, debe ser funcional con relación a una zona geográfico-política a la que se considera homogénea (ésta, como es natural, es una visión ideológica). A esta altura no podemos sino inferir un razonamiento estimativo. La capacidad de impacto espacial (por ejemplo Texas) de colocación de ciertas determinaciones y aun de emisión de ejemplos o seducciones a la manera de los de la Revolución Americana no pueden sino ser considerados como antecedentes representacionales de la ideología con que los norteamericanos (*policymakers* o comunes) miran hacia la América Latina, es decir del destino manifiesto. En una gran medida, el suyo (el de su grandeza) es un país hecho *contra* todo lo que es o retuvo lo que es hoy la América Latina. Suponer que el modelo vertical-autoritario o la estructura de la fase superior del modo de producción capitalista son ajenos a este dato colectivamente subjetivo sería sin duda una vía segura hacia el error.

Sea cual fuere su origen se trata de una visión voluntarista de la historia. Esta no sería en modo alguno una agregación de compuestos materiales, de ciclos y procesos complejos con una coherencia causal-explicativa sino que enunciaría el principio de que una "técnica" o comprobación *ex ante* sería transformativa por sí misma en tanto cuanto fuera colocada sobre una prospección correcta del territorio del *output* que es, en este caso, una parte importante de la sociedad latinoamericana. Se atribuye entonces al *saber* científico la capacidad del *querer* político efectivo allá donde nosotros, desde una posición sin duda alejada de ésta, hablamos de procesos verificables y racionales.

Todo esto desde el punto de vista que considera que la historia es el acto del país central y el recibimiento de ella por el

país periférico. Incluso si se sitúa el eje de la visión en un punto no central se podría llegar a una conclusión igualmente monista, en el sentido de que las cosas ocurran siempre en una sola dirección. Esto es lo que pasa por ejemplo, con la teoría de la dependencia que fue, al menos, el intento de pensar las cosas desde otro punto de vista. Dejemos de lado, por lo pronto, la tentación de pensar en el MPC como unicidad desde el principio y también la otra, tan conexas, de suponer a la dependencia como un modo productivo dotado de sus propias leyes. En cambio, en su razonamiento general, si el carácter básico de las formaciones sociales latinoamericanas está dado por la dependencia y si ésta impregna al conjunto de sus instancias de tal manera que es también lo resolutivo en cada una de ellas, entonces el aspecto central de la estructura mundial habría subordinado ya en definitiva a todas las que fueron en su momento historias locales, momentos nacionales ^{25/}. La propia imagen del sistema mundial, a la manera de Wallerstein o Emmanuel, propone un cierto cálculo mundial del valor que lo inutiliza para todo análisis del concepto lucha de clases.

Añadimos a ello que, al ser la inserción latinoamericana en el sistema mundial aún más intensa que las de otras regiones periféricas, por tanto, lo que ocurriría en América Latina, sobre todo en lo referido a su ultimidad política o carácter de la dominación, no sería sino el reflejo o la correspondencia hacia procesos, decisiones o impulsiones que vendrían de los centros determinativos del mundo.

Señalamos antes el rol de la historia nacional convertida en prejuicio analítico al hablar de la aplicación norteamericana del mecanismo estructural del imperialismo. Significa ello que no obstante que la dependencia sea en términos técnicos semejante por ejemplo en Taiwán y Bolivia, con todo, hay algo de específico en la forma latinoamericana de la dependencia y eso no tiene otra explicación que la ideológica. Nosotros somos un punto de referencia constitutivo de la nación norteamericana y los taiwaneses no. Veamos ahora las consecuencias que tienen en este orden de las cosas nuestros propios prejuicios. El problema que una postulación como ésta pone en tapete es la relación efectiva que hay entre la forma local y la existencia de un sistema mundial, lo cual por cierto no se refiere sólo al mercado ^{26/}. La propia tradición anticolonialista ha inducido a los científicos sociales latinoamericanos a dar por sentado que el atraso y la marginalidad de la región son consecuencia de una interferencia extrínseca y estructural que formaría por

tanto el compuesto o marco histórico de la dependencia ^{27/}. Es por eso que el antiimperialismo es más viviente en la América Latina que el estudio de las formaciones sociales de base. Es por eso que se habla más de las intervenciones militares norteamericanas que del papel de lo que es ahora la América Latina en la gestación de la agricultura mundial, es decir, de la apropiación nativa del escenario. En cualquier forma, esto es como la relación entre la acción táctica y el sentimiento estratégico. No hay un solo problema fundamental de la región que no tenga que ver con la cuestión de la interferencia pero ninguno tiene resolución si no se discuten las razones originarias. La dependencia misma debe ser considerada en torno a los patrones históricos constitutivos de cada una de las formaciones sociales. En este caso, presumimos que resultaría claro por demás que las obliteraciones al desarrollo capitalista en la América Latina no provienen solamente de la instalación tardía del mismo en la zona, lo cual es cierto de un modo relativo, sino que el fondo histórico latinoamericano las contenía en su principio constitutivo, como osificaciones productivas y como tradiciones ideológicas. En otros términos, que el apresto de la independencia política resultó aquí más fácil que la reforma intelectual.

En este contexto, el que podríamos llamar del irredentismo latinoamericano, no habría historias nacionales. Lo que se llama de esa manera sería sólo la repercusión en este escenario de la historia de los países donantes o centrales.

La dependencia produciría dependencia de un modo permanente. Tal es esta suerte de maniqueísmo que emerge de un punto de vista demasiado estructural ^{28/}. Sin duda, si algo puede probarse con certeza es que los movimientos y las coyunturas de los centros económicos (a los cuales aquí no se atribuye el carácter de centros históricos) actúan como causa de ciertos reflejos o derivaciones que deben producir efectos en la periferia vinculada a ellos. De eso no hay duda ninguna: hoy día no existen las historias incontaminadas y hay un elemento mundial en cada historia local o nacional. Tal es la ilación propia entre la economía mundial y los procesos nacionales. Lo que importa es definir cuál es el grado de autodeterminación que puede tener una historia nacional, cuáles las condiciones en las que se produce un proceso autodeterminativo.

La capacidad de efecto que tiene el centro por su colocación estructural es algo conocido por sus intelectuales orgánicos. Es un aforismo famoso: la brisa en Washington es un huracán en

Managua. Estamos, con todo, frente a una novedad. La emisión de modelos o paradigmas políticos como los que configuran el que hemos convenido en llamar el modelo B es ya el fruto de una concepción (la ciencia social como técnica social) y a la vez la absolutización de aquella aptitud causal. Esto es algo que tiene que ver con los mismos puntos de arranque del marxismo: cada hombre ve las cosas desde su propio horizonte de visibilidad. En otras palabras, la propia colocación dominante tiene resultados en materia de conocimiento. Un país avanzado lo es, entre otras razones, porque es una sociedad unificada, continua, cuantificable y expresable. Los países dependientes, subdesarrollados o atrasados lo son, entre otras varias razones, porque no son cognoscibles en el sentido capitalista de la ciencia social; porque tienen un vasto fondo abigarrado y no cuantificable. Nada más comprensible, por tanto, que se trate de aplicar el método de conocimiento propio a las sociedades extrañas en que se piensa.^{28A}

La manera que tuvo de establecerse el modelo autoritario del Chile actual es bastante ilustrativa acerca de estos correlatos desiguales. Se sabe por ejemplo, así lo demostraron los papeles de la ITT publicados por el gobierno de la Unidad Popular, que las relaciones entre esa transnacional y Frei eran importantes, por decirlo así. La embajada norteamericana y la empresa actuaban a su turno como una sola entidad ^{29/}. Todo eso no sirvió para impedir el triunfo de Allende. La actividad de las agencias de inteligencia sin duda organizó la desestabilización de su gobierno y aceleró su caída pero no se puede decir que la causa eficiente de ello fuera la intervención norteamericana. En verdad, lo que se obtuvo y lo que se perdió, se perdió y obtuvo en términos de las luchas de clases chilenas, es decir, en términos de su historia nacional. En otros términos, aunque es verdad que el de Pinochet es casi una aplicación clásica del modelo vertical-autoritario, eso mismo no habría sido posible si las condiciones chilenas no hubiesen dado lugar a su recepción.

Tenemos entonces un cierto desarrollo intercomplementario entre aquella concepción que supone que un modelo es capaz de ser emitido y derramado (con lo cual se aplican supuestos propios del tipo de eje o relación que hay en determinados países desarrollados como Alemania y Estados Unidos entre el Estado y la sociedad) y una suerte de fatalismo que acompaña por lo menos a ciertas visiones dentro de lo que se ha llamado la teoría de la dependencia. Lo que quizá

corresponde señalar ahora es que, ni aun en el caso de que tales premisas fueran verificables (lo cual es dudoso) se podría contar con que el flujo centro-periferia y su contrario, la recepción dependencia-flujo puedan ser considerados como algo constante, lineal, homogéneo. Ya no retenemos por tanto la cuestión de las condiciones ideológicas en que se producen los movimientos entre el centro y la periferia sino que nos interesa el momento o corte o coyuntura del flujo imperialista y también de la recepción dependiente. Desde luego, es una observación de sentido común la que nos dice que el envío o flujo (la determinación desde el punto de vista dominante) no es de ningún modo una constante. Hay sin duda momentos de gran emisión, de emisión simple e incluso de reflujo franco o de lo que se puede describir como sobredeterminación del flujo por cambios en las correlaciones del mundo. Momento de gran emisión fue, por ejemplo, la fase de constitución misma del ámbito y el modo del imperialismo norteamericano a lo cual de ninguna manera es ajena, por ejemplo, la doctrina Monroe. La emisión por tanto tiene que ver con la historia de su instalación y lo que ahora vivimos son las dificultades (en Cuba, en Nicaragua, en El Salvador) que tienen los norteamericanos para abandonar circunstancias fetichizadas de su propia historia nacional. De esta manera, las intervenciones norteamericanas y sus conquistas territoriales, sobre todo en México, el Caribe y América Central fueron algo así como momentos originarios de la ideología nacional norteamericana que es como el *espíritu* con el que existe la *estructura* imperialista como fase del capitalismo. Contrario sensu, la Segunda Guerra Mundial enseña un momento de pobreza relativa en la emisión. Se sabe qué consecuencias tuvo eso sobre la industrialización latinoamericana.

El resultado es que el centro o comando no puede comportarse en materia de información o detección de la misma manera respecto a las sociedades dependientes de él como lo hace frente a su propia sociedad civil. La sociedad norteamericana es dócil frente a su Estado y éste es sensible a lo que dice su sociedad porque el eje adquiere aquí el carácter de óptimo estatal. Es obvio, sin embargo, que tiende a hacerlo (a comportarse como si el mundo fuera su "sociedad civil"). Eso no es así y sin esta suerte de incertidumbres, la historia consistiría sólo en la suma de más poder hacia el que tiene más poder. A ellas (las incertidumbres) se suman otras. Está en el carácter de la concepción imperialista la obstrucción de la

formación del aparato local de lectura de la sociedad dependiente; en otros términos, el mero hecho de que la determinación exógena sea al menos uno de los componentes en la construcción de la política impide que haya una relación de conformidad entre la sociedad y su resumen o compendio político que es el Estado o sea que se impide la existencia de un óptimo-estatal ^{30/} en el país dependiente.

Se puede decir en resumen que no es fácil obtener categorías generales en esta materia. El carácter de cada dependencia está dado por las circunstancias de la emisión pero también por el modo de recepción por parte de la historia nacional, es decir, por el compuesto primordial. En otros términos, cada formación social o país elabora un tipo particular de dependencia. La dependencia por su naturaleza es un hecho particular.

LA FORMA PRIMORDIAL Y EL EXCEDENTE ECONOMICO

Corresponde entonces hacer un comentario acerca del compuesto o forma primordial o sea el marco de autodeterminación que tiene cada formación, el grado en que el *principium determinationis* obtiene una colocación interior a la formación. Porque una cosa es decir que la forma primordial existe y otra que esta forma, esporádica en su naturaleza, se convierte en una estructura de autodeterminación o en lo que Sereni llama una "nación para sí misma". Es un nivel conexo de modo absoluto con la cuestión democrática ^{31/}. En realidad, el grado de autodeterminación democrática es la medida negativa de la dependencia y en tal sentido, por ejemplo, la conformación universal y verificable del poder, la intensidad participatoria en la enunciación de la voluntad general, el propio grado de igualdad en el consumo del producto nacional son indicadores tan importantes como la propia existencia del mercado interno y la colectivización de la subsunción real o revolución intelectual ^{32/}.

En este orden de cosas, es patente que la "interferencia" o emisión tiene posibilidades de hecho muy limitadas. La acumulación obrera, por ejemplo, está influida en un grado escaso por el hecho de ocurrir frente a una empresa transnacional o frente a un capitalista nacional. Depende de otras circunstancias ^{33/}. A nosotros nos interesa cavilar acerca del asunto en su relación con la materia general de la *disponibi-*

lidad en materia de construcción de la política y, en lo que es más específico, en su vinculación con el excedente económico.

Si por disponibilidad entendemos un momento del ánimo general en el que, por cualquier razón, se produce una suerte de vacancia o gratuidad ideológica y la consiguiente anuencia a un relevo de las creencias y las lealtades, lo cual es sin duda un momento sociológico excepcional, podemos sacar las inferencias siguientes. Primero, disponibilidad no implica por fuerza autodeterminación; por el contrario, la historia ofrece muchos ejemplos de instancias de disponibilidad sin capacidad de autodeterminación. De otro lado, es verdad que no se puede tampoco suponer que la disponibilidad incluye o se asocia con el excedente económico; hay casos de disponibilidad con escaso excedente o aun sin él y, es más, puede decirse incluso que la disponibilidad genera excedente, al reformular la valencia de los factores de la sociedad, aun allá donde no existía (excedente) en lo previo. Con todo, la asociación entre ambas ideas no es gratuita. La existencia mayor o menor del excedente puede compensar la falta de profundidad del momento constitutivo y, en todo caso, es decisiva para otorgar un carácter u otro a la explotación o interpelación que sigue al momento de la disponibilidad.

Es cierto que hay probaciones empíricas posibles, aunque contradictorias. Es verdad por ejemplo, que el período democrático representativo y aun la misma transición del Estado oligárquico a la democracia de masas, ocurren en Argentina entre 1880 y 1930, es decir, en el período de un excedente poco menos que infinito; pero la disponibilidad democrática no fue ajena a la inmigración y no sólo a ella sino a que fuera un tipo particular de inmigración, el de las revoluciones democráticas fracasadas de los 48 y los 70 en Europa. Chile a su turno modifica su forma republicana (que parece una suerte de decoro institucional) en democracia representativa, en un proceso que irá desde la democracia oligárquica —en la que el cohecho es una interacción— hasta la autonomía relativa del Estado, que sólo se consolida con Aguirre Cerda (1938), en el período que corresponde al excedente de los nitratos (salitre), después ampliado con el del cobre, situados ambos, en lo que es un azar de amplio significado ideológico, en los territorios conquistados a Bolivia y Perú ^{34/}.

Se podría a la vez discurrir acerca de un uso más coherente del excedente y de uno más dilapidatorio. Costa Rica y

Uruguay, con excedentes modestos, cumplieron sus tareas de modernización con un éxito considerable. El Perú en cambio, con el formidable excedente del guano, no atinó a ser sino lo que había sido siempre el Perú, en expresión de Bolívar, no más que *oro y esclavos*. ¿Por qué, sin embargo, la patria típica de la depredación, el regionalismo y el "oficio de tinieblas" debía producir después, en Venezuela, una fase democrática tan paradójica coincidiendo punto por punto con la época de su excedente, a partir de los 40? Extraemos de estos rasgos quizá superficiales una conclusión que es poco debatible: la democracia considerada como representación (ésta es su cantidad o verificación cuantitativa pero su cualidad es ya la autonomía relativa del Estado político) sólo ha existido de un modo perdurable en las zonas céntricas de la economía mundial. De aquí deducen los occidentalistas que la autonomía del Estado, la forma racional del poder, la burocracia, el cálculo social, el derecho equivalente, son caracteres esencialistas del Occidente y no circunstancias derivadas de su forma de concurrencia al reparto del excedente mundial. El excedente en cambio empuja con éxito la transformación ideológico-moral o sea la imposición del nuevo sentido histórico de la temporalidad (aunque eso se mencionará también como un sentido "occidental" del tiempo) y en suma produce en lo inmediato la erección de mediaciones o aparatos ideológicos angulares y la constitución del catastro sociológico o cómputo de la movilidad social.

Es por ello que resulta tan aventurado reducir la presencia de la disponibilidad a la actualidad del excedente económico. Aunque es verdad, por ejemplo, que el levantamiento y la pérdida de la democracia representativa en la Argentina fue también el levantamiento y la pérdida del excedente comparativo, pero aquí no se pueden omitir actos tan centrales para la acumulación originaria como la concepción fundacional del espacio, la conquista efectiva del espacio y la preparación, con todas sus distorsiones, de los pódomos moral-ideológicos de todo ello ^{35/}. Por tanto, si el correlato existe, existe en todo caso como una digresión compleja.

Eso significa que si la reducción de la disponibilidad al excedente económico es una variante pirrónica de corte economicista, su reverso, es decir, la disponibilidad entendida como un acto infuso, nos llevaría a entenderla como una especie de entrega mesiánica. Nos parece que debería tenerse en mente la calidad de los acontecimientos de totalización o

acontecimientos multicausales y aglutinantes. La situación revolucionaria o si se quiere la crisis nacional general como catástrofe propia de nuestra época es una forma típica de disponibilidad determinativa que tiene que ver sólo de manera mediata con su causa económica. Es un fenómeno de sustitución o reconstrucción social con una referencia sólo expletiva al excedente económico. Es la profundidad de la ruptura de la episteme colectiva y el estado de fluidez consiguiente lo que en verdad importa.

México, que en esto es un verdadero prototipo, podía configurarse en el momento de la explosión social de 1910 como una sociedad civil gelatinosa ^{36/}, es decir, desarticulada en sus elementos, incapaz de producir determinaciones homogéneas hacia el poder y aun de influir sobre él, con un estatuto de dependencia radical en la economía y a la vez con casi nula capacidad de un proyecto de autogobierno. La no autodeterminación era un principio casi tan taxativo como lo será después la autodeterminación en la retórica revolucionaria. Sin embargo, todo ello, la forma exógena de su economía, lo poco intrínseco del poder, la labilidad de la sociedad civil no se concretaban sino en un ciclo de formulación "actual", que demostró ser superficial. La *proposición de masa*^{37/} probó varias cosas. En primer término, que había cánones de impulso articulador ajenos a la manera economicista de comprender a la sociedad civil, que es propia de la historia occidental; ergo, una sociedad civil secretamente más poderosa de lo que era posible para el porfirismo medir en su apariencia. Con el rebasamiento de cuanta figura institucional o estatal existiera, la sociedad en acto produjo uno de los más vastos experimentos de la disponibilidad social lo cual sin duda no es ajeno a un millón de muertos. Sea dicho de paso, esto, la disponibilidad, es el carácter propio de toda revolución, su nudo, cualquiera sea su carácter. La sociedad mexicana era un sociedad dependiente para toda apariencia pero demostró ser una sociedad "incógnita" en todo el efecto posterior. Dominar en efecto no significa conocer y mucho menos ser hegemónico. Por el contrario, la incapacidad de análisis de los norteamericanos como sociedad dominante sobre México resultó, como ha ocurrido casi siempre en sus análisis políticos sobre la América Latina, exhaustiva. Para decirlo pronto, *todas* las previsiones norteamericanas sobre México resultaron erradas y sin duda fue la economía norteamericana la que tuvo que adaptarse a las condiciones provistas por la Revolución Mexicana y no ésta con relación a la primera.^{38/}

El argumento anterior puede derivarse de la siguiente manera: la economía periférica, en cuanto es parte del sistema mundial, es como si fuera parte de la economía central y en ese orden de cosas, existe porque es funcional a aquélla. En contraparte, sin excepción alguna, hay siempre aspectos nacionales o intrínsecos en cada economía. El enlazamiento de la economía dependiente con la central puede incluso afectar la formación del valor en ésta (en la economía central); pero si eso ocurre es porque hay cierta especificidad que la hace abatir lo que sería el valor central sin ella. En otros términos, ninguna economía, ni aun la más internacionalizada, es completamente perteneciente al sistema mundial y esto vale de un modo aún más rotundo para los otros aspectos, los ideológicos o juridico-políticos, de la sociedad. La forma primordial, en otros términos, no sucumbe nunca del todo a la determinación central. Aquella sociedad mexicana tuvo la aptitud insólita de imponer estructuras compactas de autodeterminación hacia fuera: el cotejo entre un factor (el externo) y el otro (el endógeno) se resolvió en favor del segundo. Es cierto, por lo demás, que este mismo triunfo de lo endógeno no rebasó los límites de su proyecto expreso o de su posibilidad en los términos porque no devino sino una reformulación más avanzada del estatuto dependiente.

En cualquier forma, para la constitución del nuevo Estado nacional, la propia expansión de las masas movilizadas (movilizaciones en esta escala configuran por sí mismas actos constitutivos) y su aptitud en cambio muy difusa para toda forma de poder que no fuera la que surgió (la *clase política* mexicana surge de la combinación de intensidad y de fatiga de las masas), dieron lugar a una circunstancia de disponibilidad que pudo ser funcional respecto al proyecto emergente no obstante que el excedente económico, materia prima de la mediación, era en principio insignificante. La profundidad del momento constitutivo mexicano contrasta por eso con la vastedad del excedente económico en el momento de la acumulación democrático-representativa de Argentina, Chile o Venezuela.

Como postulación de esta reflexión (que trata de rescatar un optimismo módico con relación a las historias nacionales) conviene adentrarnos en el decurso de lo que fue la emisión concreta del modelo norteamericano vertical-autoritario para el Cono Sur y su actual validez. Este modelo ha sido tipificado, con cierta desaprensión, como fascista y a veces como *fascista dependiente* ^{39/}. Sobre esto existe una discusión de la que no se

puede decir que haya terminado ^{40/}. Si fuera legítimo aquí hablar de fascismo, estaríamos ante un acto fundacional: el de la reconstrucción autoritaria de la sociedad o sea el sometimiento final de la sociedad civil al élan estatal a la manera de la historia alemana. Esto significaría que la refundación de la sociedad deberá ser algo acatado, al menos como *matteroffactness*, por un prolongado período. Son modelos que se basan en ciertas evidencias. La *ingobernabilidad* de la democracia es, ante estos ojos que ven el desarrollo del proceso social como una predestinación hostil, Kerensky engendrando a los bolcheviques sin saberlo. De otro lado, es innegable que la democracia no era gobernable o sea que rebasaba el límite dado por la dictadura o naturaleza de clase *para* la que había sido concebida. Tal cosa vale para todos los ejemplos dados^{41/}.

No obstante, cotejar en lo estricto ingobernabilidad a la manera de los principiantes actos de multitud del Brasil de Goulart con una crisis nacional general no parecería expresar sino un terror largo, el que proviene del sombrío cambio del mundo causado por el ciclo de las revoluciones y sobre todo por la rusa. La verdad es que ninguno de los países latinoamericanos quizá con la relativa excepción de Chile, que tenía su propia historia conservadora, reunían los requisitos más elementales de este modelo superestructural que llamamos fascismo. No sólo porque la ingobernabilidad no era comparable a la crisis nacional general vencida tal como ocurrió en la Alemania de Rosa Luxemburgo y de Liebknecht. Una cosa es, en efecto, el descontento disperso de campesinos sin tierras en un país con amplísimas tierras (Brasil) y de proletarios de primera generación y otra el que ocurriera en la patria de las rebeliones campesinas y en el lugar autóctono de la idea del partido obrero. De otro lado, ¿nada significará el carácter extrínseco del capital monopólico en la América Latina? Alemania en cambio si bien se rezaga en la explotación geopolítica de su propio capitalismo es con todo, uno de los escenarios de la reforma intelectual y no sólo un recipiente de ello. La química alemana del siglo XIX es la manifestación de la sustitución del sistema de las tres hojas por la subsunción real. Es, además, el lugar de origen del capital monopólico y, por otra parte, la idea misma de capital monopólico se vuelve un casco vacío si no se la asocia con la manera intrínseca de la subsunción real. A lo último, Alemania, lo mismo que Italia, era como el símbolo de potentísimas determinaciones nacionales y de una débil constitución nacional. Aquí,

el *extrañamiento* junker, bárbaramente reaccionario pero a la vez local en lo profundo. Es obvio que en países como la Argentina, para dar ejemplo, la solución de la cuestión nacional fue fácil, no postergada y a la vez con una suerte de falta de profundidad dramática si se las compara con la nacionalización mexicana, por dar un caso. Por consiguiente, la intensidad simbólica de lo irracional como canal de la unidad no era requerida de esa manera. Los hechos demostrarían, por tanto, hasta qué punto el modelo fascismo fue la prueba de que la política no puede ser sino el corolario de una acumulación local. En otras palabras, si el fascismo fue la suma de la tardía resolución de la cuestión nacional, del temprano capitalismo monopólico y de la solución reaccionaria de la crisis nacional general o auge de disponibilidad, todo ello no fue posible sino sobre la base de la manera de resolverse que tuvo la acumulación originaria, es decir, la derrota sucesiva de las guerras campesinas y después, la solución reaccionaria de la controversia socialdemócrata.

El hecho es que el modelo, dejemos por ahora a un lado si era fascista in nuce o no, fue emitido. Lo fue, además, esto es importante, como una aserción *ejército-ejército* o sea sin consideración preliminar alguna del aparato político-ideológico y con la clara idea de que la sociedad es reformable desde arriba. Esto es en realidad algo perentorio. Contiene el apotegma ^{42/} de que la represión decisiva *constituye* ideología y además omite (suprime) la previa. Es llamativo que los mismos que se lanzaban a explotar los lados reaccionarios del acervo ideológico confiaran tan poco en el aparato ideológico existente ^{43/} lo cual significa que disponían de un conocimiento preciso de ello.

El fascismo, con todo, contiene a la vez un movimiento fascista de masas (porque es el *fascismo de todo el pueblo*, el fascio) algo característicamente totalitario y globalizante, un proyecto irracionalista pero incorporado profundamente en la historia del mundo y una estructura fascista de poder, es decir, la superioridad indefinida del Estado sobre la sociedad. No se debe olvidar lo de Forshoff: *El Estado se transforma: en la administración del orden pasa a ser de guardián del orden a sostén del proceso de producción* ^{44/}. En otras palabras, el "Estado social" alemán actual es el resultado de la experiencia nazi, de todas las derrotas democráticas en la instauración del Estado y la nación alemanes, pero no es tan fácil de instalar allá donde tales derrotas no han ocurrido ^{45/}. Proyectos o ideologemas de tipo fascista existen en todas partes y no siempre se impregnan o incumben a un movimiento de masas.

El Estado social o el *control social del mercado* son la consecuencia de la derrota de la sociedad civil ^{46/} o sea de la resolución antidemocrática de los sucesivos momentos constitutivos^{47/} en Alemania pero es verdad, a la vez, que importantes ideas conservadoras existen en los acervos nacionales de la ideología en Uruguay, Argentina o Chile y en todo país. Eso corresponde a la dualidad esencial de toda tradición^{48/}. Sin la sumatoria de esos momentos, no se puede hablar de la implantación del fascismo.

La tesis de la “*ingobernabilidad*” de la democracia deviene así una salida falsa. La supresión del acto manifiesto no produce sino la aestatalidad o subestatalidad en el sentido de que el Estado debe recoger y *connotar* lo que existe en la sociedad. La democracia representativa, es en este sentido, un método de conocimiento o seguimiento de la sociedad. Es, en otros términos, un mecanismo diferido de la opresión. En efecto, el carácter no automático de la reproducción en escala ampliada no sólo exige la visibilidad de la superestructura estatal, es decir, su consecuencia o mediación sino que, en su momento anterior, exige la pesquisa del sentido del *perpetuum mobile* que es la base económica en el MPC. Esto es lo que podemos designar como función vertical o *conocimiento legítimo* en el capitalismo. Jamás el MPC es tan legítimo como cuando conoce de esta manera. La manifestación libre de los *actos de sentido* de la sociedad civil convierte a ese movimiento en algo detectable y registrable.

El segundo movimiento de la democracia representativa consiste en su presencia en la construcción de la política. Aquí la selección libre del *personal de la soberanía* es un requisito de la idoneidad del aparato para recoger o computar la información que se ha hecho legible a partir de la libertad de las manifestaciones. La autodeterminación representativa, en este sentido, expresa el grado de la validez del Estado. En otros términos, el mito de la eficiencia de las dictaduras pertenece al ámbito de la apología de la coacción extraeconómica.

La forma primordial o autodeterminación nacional así como el principio democrático siguen siendo el fondo de la historia de las sociedades. Estas dos dimensiones de la democracia representativa, la dimensión de la lectura, dimensión vertical o gnoseológica y la horizontal o aptitud instrumental del aparato deben ser tenidas en cuenta con relación a la interferencia exógena en la construcción de la política (presente en los modelos A y B). La ventaja elemental de la enunciación democrática

radica en su constreñimiento a lo que la sociedad es en realidad. La forma dictatorial, en tanto, intenta imponerle un paradigma pantelista, referido a una determinación vertical. Aquí es pertinente decir que todo poder verdadero, toda verdadera política requieren una acumulación in situ. La construcción de la superestructura es la revelación de la diferencia específica de la formación. Los contradictorios resultados de los plebiscitos sobre proposiciones constitucionales en Uruguay y Chile o los descontentos activos en Bolivia y Argentina, los apremios democráticos en Brasil, demuestran cuál es el modo de recepción del modelo emitido por el centro norteamericano: las sociedades revelan su acumulación democrática aun en medio del intento de su iteración homogénea. La oferta (y la imposición) de un modelo uniforme para estructuras disímiles de ninguna manera ha mejorado las condiciones del Estado para lo que era el objetivo previsto, es decir, el control de la sociedad. La quimera de la abolición del sentido de lo racional y aún más, el *agon* de disolución de lo nacional popular, fracasan frente al sentido innato de la apropiación humana de la historia. Lo nacional sigue siendo el reconocimiento posible dentro de los términos de la transnacionalización. Pero es cierto que una cosa es imprimir el propio carácter a la dependencia y otra erigir una estructura de autodeterminación.

NOTAS

- 1/ Cfr. B. Sutcliffe, Conclusión en "Studies in the Theory of Imperialism", Longman, Eng. 1972.
- 2/ Cfr. Tom Kemp, "The Marxist theory of imperialism", *ibid.*
- 3/ Es obvio que no consideramos en esto al acto imperialista como una mera emanación objetiva de una estructura relacional. La condición objetiva puede tener diferentes expresiones subjetivas. Por ejemplo, la ideología del imperialismo norteamericano hacia la América Latina tiene antecedentes que son anteriores a su dominación económica. En todo caso, como emanación o como selección, aquí nos referimos al *input* o momento activo del centro sobre la periferia, elemento sin duda central para comprender las formas políticas de estas sociedades. En algunos casos, se ha tendido a vincular de un modo inmediato la fase del centro con la fase local.
- 4/ Por forma primordial comprendemos la combinatoria propia de la formación económico-social como particularidad o sea modo de recepción del *input* central. Cf. R. Zavaleta Mercado, "Movimiento Obrero y ciencia social", *Historia y Sociedad* N° 3, México, 1974.
- 5/ Para el concepto de excedente económico vid. P. Barán, "Excedente económico e irracionalidad capitalista", *Cuadernos de Pasado y Presente* 3, México. En todo caso, lo que acá interesa es la ratio entre el proyecto político, la disponibilidad de los medios materiales o recursos económicos y la idoneidad política. Un tipo de óptimo, por ejemplo, puede resultar de un amplio excedente económico incluso si no hay una gran disponibilidad política o maleabilidad en la sociedad. El correlato entre la capacidad de valuación social o lectura y la disponibilidad en la sociedad civil puede también, en un caso, sobrepasar la determinación propia de la situación con excedente.
- 6/ Porque un acto con profundidad autoritaria genera creencias. Tal es el sentido en que hablamos de hegemonía negativa. Cfr. N. Lechner, "Estrategia de la minoría consistente", FLACSO, Chile.
- 7/ Vid. M. Barret Broun, "A critique of Marxist theories of imperialism" en Owen y Sutcliffe, "Studies in the theory of imperialism", *op.cit.*

- 8/ Vid. R. Vernon, "Sovereignty at Bay", Basic Books, N.Y. 1971.
- 9/ C.F. N. Poulantzas, "La internacionalización de las relaciones capitalistas y el Estado-nación en "Las clases sociales en el capitalismo actual", Siglo XXI, México, 1976.
- 10/ Vid. J. Bosch, "Crisis de la democracia en América Latina en la República Dominicana", suplemento de la Revista Panoramas N°. 14 (marzo-abril, 1965) México; T.E. Skidmore, "Origins of Politics and Economic Policy Making in Authoritarian Brazil 1937-71" en A. Stepan, "Authoritarian Brazil", Yale University Press, 1973; O. Braun, "El Capitalismo argentino en crisis" Siglo XXI, Buenos Aires, 1973; W.H. Brill, "Military Intervention in Bolivia" (The Overthrown of Paz Estenssoro and the MNR) Institute for the comparative study of political systems, was A.D.C.
- 11/ Vid. J. Gallardo Lozada, "De Torres a Bánzer", Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1972; J. Petras, "América Latina: economía y política" Ed. Periferia, Buenos Aires, 1972; O. Landí, "La tercera presidencia de Perón: gobierno de emergencia y crisis política" en Revista Mexicana de Sociología 4/78, oct. dic. 1978; J.C. Portantiero, "Economía y política en la crisis argentina 1958-73" en Revista Mexicana de Sociología 2/77, abril-junio 1977; P. Vuskovic et al, "El golpe de Estado en Chile", FCE, 1974; J. Landinelli, "El movimiento obrero-popular y la crisis del Uruguay liberal", tesis de maestría, FLACSO; T. Vasconi, "Gran capital y Militarización en América Latina", Ed. ERA, México, 1978; G. de Sierra, "Introducción al estudio de las condiciones de ascenso de las dictaduras", Revista Mexicana de Sociología, 1980; P. Evans, "A triplice alianca", Rio de Janeiro, Zahar editores, 1980; Acta para el proceso de Reorganización Nacional y jura de la Junta Militar, marzo 24 de 1976. También los llamados Decretos del Nuevo Orden, en Bolivia, hacia 1972.
- 12/ Para entonces, Arosemena no producía más que símbolos antiimperialistas en tanto que Paz Estenssoro se había convertido ya en un hombre en quien confiaba el Departamento de Estado para el poder en Bolivia (Vid. S. Almaraz, "Réquiem para una república", UMSA, La Paz, 1968). El caudal de la movilización en Brasil y la Dominicana demuestra que debajo de Goulart o de Bosch se acumulaban fuerzas sociales mucho más extensas. En todo caso, todos ellos coincidieron con México en la posición de no aislamiento de Cuba.
- 13/ Vid. R. Zavaleta Mercado; "Cuatro conceptos sobre democracia", mimeo. Si no se hace una distinción entre la democracia como medida de la concurrencia material al producto, la democracia como verificación de la formulación del poder y la democracia como actitud colectiva o sea como la capacidad de insumir la segunda acepción en la primera, la democracia representativa en la distribución democrática, no se puede entender el significado tan distinto que tiene el término democracia en una situación o en otra.
- 14/ Vid. G. Lora, "De la Asamblea Popular al golpe fascista del 21 de agosto de 1971", Ed. Masas, Santiago, 1973; R. Zavaleta Mercado, "El Poder Dual", Ed. Siglo XXI, México, 1974.
- 15/ El explosivo incremento del excedente en el último cuarto del siglo XIX y las propias tendencias igualitarias de la masa inmigrante que coincidió con ello "gratificaron", en efecto, a la sociedad civil uruguayaya por un prolongado periodo. Vistas las cosas en su posterioridad, era más importante la democratización social que la política, y en todo caso, el sistema rompió su funcionamiento en la primera crisis.

- 16/ Vid. C. Real de Azúa, "El impulso y su freno", Banda Oriental, Montevideo, 1964.
- 17/ El análisis político chileno era sorprendentemente pobre con relación a la calidad del hecho. En todo caso, para el análisis de su economía es útil ver A. Pinto: "Chile un caso de desarrollo frustrado".
- 18/ Vid. T. Halperin Donghi, "La democracia de masas", Ed. Paidós, 1972.
- 19/ Vid. P. Schilling, "Seis años de dictadura", Ed. Cuadernos de MARCHA, 1978; G. Couto Silva, Geopolítica del Brasil, El Cid Editor 1978; E. Mercado Jarrín, "Seguridad, política, estrategia"; A. Cavalla, "El problema de la intervención institucional-militar" (mimeo); "El proceso político: Las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental", sin pie de imprenta, Montevideo, 1978.
- 20/ Cfr. T. Moulian y P. Vergara, "Estado, ideología y políticas económicas en Chile" 1973/78, Cieplan, Santiago de Chile, 1980; A. Ferrer, El Monearismo en Argentina y Chile, Comercio Exterior, México, enero y febrero de 1981.
- 21/ El concepto de Occidente ocupa un lugar céntrico dentro de este razonamiento. Contiene un rol mesiánico que se asigna como propio de la esencia europea: "West is the West and never the twain shall meet" (Kipling). Sin duda uno de los conceptos capitales del pensamiento de la derecha en el mundo. Con todo, es también a la vez un mecanismo de alienación dentro de los propios sectores progresistas. Hay un nacionalismo en América Latina por ejemplo que piensa que lo occidental es parte de lo latinoamericano. El esencialismo o culturalismo reaparece a la vez, apenas revestido, en varias posiciones dentro de la propia izquierda. Es, en todo caso, una de las palabras sagradas, como lo cristiano, en el discurso fascizante.
- 22/ Las diferencias son notorias. La Argentina es el país más globalmente capitalista en el continente y Bolivia es quizá el que tiene un más extenso sector pre-capitalista de resabio. Brasil, el país que tiene una más amplia capa marginal y el Uruguay casi sin algo equivalente. Chile a su turno, con una estructura económico-social no democrática y sin embargo con arraigados hábitos democrático-representativos.
- 23/ Vid R. Zavaleta, "Las formaciones aparentes en Marx", Rev. Historia y Sociedad, México,
- 24/ Vid C. Offe, "La abolición del control del mercado y el problema de la legitimidad" en "El Estado en el capitalismo contemporáneo", Siglo XXI, México 1977, el principio de "governabilidad" que figura en el informe de la Comisión Trilateral (Vid. Cuadernos semestrales Estados Unidos, Cide, México 1977-78). "La gobernabilidad de la democracia", Crozier, Huntington, Watanki). Es claro en este sentido de la capacidad del Estado para transformar o *informar* a la sociedad. Es cierto que la democracia puede impedir a la gobernabilidad; pero la gobernabilidad es en absoluto incierta en un estatuto no democrático. En cualquier forma, la colocación en esos términos del programa del "eje estatal" es claramente reaccionaria.
- 25/ El paradigma de esta concepción es A.G. Franck: "This same structure extends from the macrometropolitan center of the world capitalist system "down" to the most supposedly isolated agricultural workers who,

through this chain of interlinked metropolitan satellite relationships, are tied to the central world metropolis and thereby incorporated into the world capitalism as a whole" (Vid. Franck, "Capitalism and underdevelopment in Latin America", Monthly Review Press, 1967). Sin duda Franck confunde el efecto de iluminación del capitalismo, que en verdad alcanza hasta el último rincón de las cosas, con la incorporación productiva. En su extremo, esta tesis se deriva hacia la idea de que se somete "nuestro desarrollo a ciertas leyes específicas que lo califican como un desarrollo dependiente" o sea que existen dos modos de producción capitalista y uno de ellos es el "modo de producción capitalista dependiente". (Vid. Th. Dos Santos, "La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina", en "La dependencia político-económica de América Latina", Ed. Siglo XXI, México 1975.

- 26/ Se distingue entre mercado mundial lo cual es en sí mismo una metáfora porque se refiere a la gran ampliación del momento de la circulación I, que precede a la constitución misma del modo de producción capitalista. Según la información que nos da el prof. Horst Grebe, se entiende por economía mundial, en cambio, la propalación de ciertos momentos o escalas productivas. El escalamiento mundial de ambos, mercado y economía mundiales sin embargo fracasa siempre en la composición de un sistema mundial porque eso comporta ya requisitos ideológico-político-culturales con vasta fuerza determinativa local.
- 27/ Vid. nota 1.
- 28A/ Ibid.
- 28B/ Esta es la lógica del pensamiento sistémico. En ella no se hace un planteamiento originario del poder sino que se lo considera como algo dado. Es la disposición de los factores en torno a eso lo que interesa a lo sistémico.
- 29/ Los documentos fueron publicados por el gobierno de Allende en 1972. Cfr. A. Touraine, "Vida y muerte del Chile popular", Ed. Siglo XXI, 1972.
- 30/ Por eje estatal entendemos el tipo de relación que hay entre la sociedad civil, las estructuras de mediación y el Estado político. El óptimo es la adecuación o correspondencia entre unos órdenes y otros.
- 31/ Vid. R. Zavaleta, "Cuatro conceptos de la democracia", mimeo.
- 32/ Cf. C. Marx, Capítulo VI (inédito), Ed. Siglo XXI.
- 33/ Sobre todo de su propia historia o acumulación subjetiva.
- 34/ Para la cuestión del excedente en el Estado oligárquico argentino ver N. Botana, "El orden conservador", Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1977 y E. Gallo y Roberto Cortés Conde, "La república conservadora", Ed. Paidós, 1972; para el caso chileno H. Ramírez Necochea, Historia del imperialismo en Chile.
- 35/ Vid. T. Halperín Donghi, "Proyecto y construcción de una nación" Biblioteca Ayacucho, 1980.
- 36/ Cfr. R. Vernon, "The Dilemma of Mexico's Development", Harvard University Press, 1965.
- 37/ Cf. R. Zavaleta, "La acumulación de clase", mimeo.

- 38/ Vid. P. González Casanova y E. Florescano et al, México Hoy, Ed. Siglo XXI, 1979.
- 39/ Vid. Th. Dos Santos, "Socialismo o fascismo": el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano", Ed. Periferia, Buenos Aires, 1972.
- 40/ Vid. N. Poulantzas, "Fascismo y dictadura", Ed. Siglo XXI 1971; E. Laclau, Política e ideología en la teoría marxista", Ed. Siglo XXI, 1978.
- 41/ En el sentido en que usa este término Huntington.
- 42/ Vid. supra nota 6.
- 43/ Lo cual era el síntoma flagrante de que la crisis estatal se expresaba como vacilación hegemónica.
- 44/ Cf. J. Habermas, "Concepto de participación política" en "Capital monopolista y sociedad autoritaria", Confrontación, Barcelona 1973.
- 45/ Ibid.
- 46/ Ibid.
- 47/ Con ello nos referimos a las guerras campesinas, a la manera adquirió el 1848 alemán y a la derrota obrera en la crisis general de los 20.
- 48/ Vid. R. Zavaleta Mercado, "Cuatro conceptos de la democracia".

ALGUNOS
PROBLEMAS PARA LA
CONSTRUCCION DE
UN ORDEN POLITICO
DEMOCRATICO

Juan Carlos Portantiero

El propósito de estas notas es el de incursionar, de manera general, en el planteamiento de tres dimensiones significativas ligadas con la problemática de la democracia y de su viabilidad como proyecto para América Latina. En primer lugar —y casi como precondition semántica— tratar de definir qué es lo que puede entenderse por orden democrático, lo que obligará a un esquemático recorrido por la historia de las ideas. En segundo lugar, intentar articular la problemática de la democracia con la crisis contemporánea. Por fin, buscar un acercamiento a los dilemas que la democracia plantea en América Latina, como un caso particular (que también admite diferenciaciones en su interior) dentro de la situación genérica del llamado “Tercer Mundo”.

1. LA DEMOCRACIA COMO PRODUCCION SOCIAL

¿Pueden predicarse relaciones de implicación entre órdenes económico-sociales y órdenes políticos? Habitualmente, tanto los defensores de la economía de mercado cuanto los de la economía planificada afirman que cada una de esas regulaciones sociales contiene en sí a la democracia: sólo el capitalismo la garantiza, dicen algunos, mientras los otros postulan que el socialismo, *per se*, es la realización de la democracia.

Un primer objetivo sería el de cuestionar cualquiera de estas dos asociaciones mecánicas y postular que, en ambos casos, *la democracia es un acto de voluntad política*; una producción hecha desde la sociedad por las masas populares que, a la vez, implica para ellas un modo de conocimiento y un modo de constitución en sujetos de acción histórica.

En ese sentido, y en primer lugar, la democracia no es un "invento" del capitalismo; antes bien, y durante un largo período histórico, fue su principal contendiente. Pero dicho esto, conviene agregar que el problema de la democracia (o la democracia como problema, si se prefiere) sólo pudo plantearse a partir del capitalismo, esto es, del momento histórico en que orden social y orden político se disociaron, en que el hombre rompió sus lazos inmediatos con la comunidad, en que la adscripción social y la adscripción jurídica de la persona dejaron de coincidir naturalmente, como señalaron, a su turno, Tocqueville y Marx.

Precisamente éste describió la génesis del proceso de autonomización de *lo político* con respecto a *lo social*, al nacer el trabajador libre quien, expropiado de sus instrumentos de producción y de su adscripción estamental, entraba en el mercado como un individuo más a ofrecer su mercancía: en su caso, la fuerza de trabajo. En ese *locus*, agrega Marx, se aposentaba el "Edén de los derechos humanos": la igualdad de los propietarios de mercancías en la esfera del mercado.

Propiedad, mercado, individuo, sociedad, estado. Términos que sí "inventan" el capitalismo y a través de los cuales podría reconstruirse el sentido de la historia de ese sistema. Alrededor de ellos —y de sus relaciones— se construye todo el universo de la cultura burguesa occidental y nacen las ciencias sociales modernas: la teoría del Estado, la economía política, la sociología.

El resumen de todas esas dimensiones es la figura del *ciudadano*, y la teoría que lo constituye como tal la del liberalismo político, jurídico y económico. En ese sentido, el liberalismo es la apropiación burguesa de la idea de la democracia: en sus orígenes, especialmente, es la democracia en el interior de la burguesía; el orden político restringido a través del cual ese fragmento social recompone su unidad en el Estado, combatiendo en un doble frente, contra el antiguo régimen expresado por el absolutismo y contra las nuevas "clases peligrosas" de la sociedad mercantil, campesinos, artesanos, plebe rural y urbana.

Esta historia ideológica de la relación entre un orden económico en expansión y un orden político en constitución puede resumirse emblemáticamente en tres figuras: Hobbes, Locke, Rousseau; los dos primeros ligados a la Revolución Inglesa del XVII, el tercero a esa explosión política más tardía y profunda que fue la Revolución Francesa, de la que fue uno

de sus más significativos autores intelectuales. El estatismo laico, el liberalismo representativo y la democracia directa, nudos centrales de la tradición política occidental, nacen de esa trilogía.

Pero la historia que podría hacerse de la constitución teórica e institucional de tal orden político sería parcial, aunque en ella aparecieran al menos dos ideas: la del control de la sociedad sobre el Estado (Locke) y la de la absorción radical del Estado en la sociedad (Rousseau), cruciales para la discusión de la democracia. Pero sería parcial porque semejaría una historia de las ideas transcurrida en un vacío social. La sociología política contemporánea ha mostrado el monto de acción colectiva que está detrás de la conquista, sucesiva y cruenta, de una serie de derechos que abarcan los civiles, los políticos y los sociales. Los primeros, que condensan la igualdad ante la ley, han sido funcionales al tipo de producción capitalista, sistema cuyo desarrollo requiere, en un plano abstracto, sólo de dos garantías jurídicas: a la propiedad y a la libre contratación. Pero el resto de los derechos — políticos, sociales y aún aquella parte de los civiles que se refiere a la libertad de disentir y de expresar el disenso— son una conquista secular de la humanidad frente a la cual el sistema puede adaptarse, pero que tiende a desbaratar en las épocas críticas.

Las luchas del siglo XIX tendrán como eje movilizador la conquista de los derechos políticos, alrededor del principio del sufragio universal. Su obtención redefinirá, en varios sentidos, al concepto de democracia vinculándolo definitivamente con la participación popular y distanciándolo del liberalismo. Aparecerán nuevos actores políticos (sindicatos y grandes partidos de masas) que modificarán los principios del Derecho Constitucional clásico, sustentados en la imagen de que Estado y Sociedad eran sistemas distintos.

El crecimiento de la participación, como ha quedado señalado, propiciará una vasta reconstrucción histórica y conceptual. La posibilidad de que las “clases peligrosas” invadieran la esfera de lo público a través del Parlamento, que había sido coto cerrado de los grupos dominantes, determinará que las funciones de aquel en el sistema político fueran decreciendo en importancia en favor de otras organizaciones que, amparadas en la racionalidad tecnoburocrática, habrían de asumir el centro de los procesos de toma de decisiones. Fue Weber quien con mayor lucidez — aunque no necesariamente con entusiasmo— advirtió este proceso por el cual “la socialización

creciente iba a transformarse en burocratización creciente". La forma de contrarrestar esa ampliación de "lo público" era generar otra cadena de autoridad, mucho más efectiva, por la que penetrara "lo privado". Y el Parlamento, que desde el liberalismo clásico había sido considerado como el espacio privilegiado de la participación, como el lugar a través del cual la sociedad podía —teóricamente— controlar al despotismo, pasó a ser, meramente, el escenario en donde las élites pudieran ser seleccionadas. En un mismo movimiento las resonancias tradicionales del concepto de democracia eran adulteradas: tal como lo plantó Schumpeter con claridad, la democracia no podía ser concebida ya como un *fin* sino como un *método* para seleccionar dirigentes. Cuando ni siquiera para esto pareció eficaz, simplemente fue arrasada, como lo testimonia lo sucedido en Europa entre las dos guerras.

Frente a este proceso surgió la tendencia crítica que transfería absolutamente el problema de la construcción de la democracia a la transformación del sistema de desigualdades por medio de la erección de un nuevo orden económico-social. Parte de ahí la visión acerca de la necesidad de distinguir entre lo que debería llamarse "democracia formal" y lo que sería la democracia real o sustantiva. Si la primera, en la tradición liberal, se preguntaba por el *cómo* del ejercicio de la soberanía, la segunda, en la tradición roussoniana y socialista, indagaba el *quién* la ejerce. Esa separación creó un falso problema. Porque si bien parece evidente que una tensión social hacia la igualdad de base favorece a una perspectiva democrática en tanto le da sustento real, ello es una condición necesaria pero no suficiente de la democracia. Hay una autonomía de la problemática de su producción que desborda la determinación por las relaciones de propiedad. La producción de una situación democrática requiere de un proceso proyectual activo en esa dirección. Se pueden resolver los satisfactores económico-sociales que eliminan situaciones de extrema pobreza, pero eso no garantiza *per se* la existencia de la democracia. Esta es necesariamente "formal" también, porque alude a la constitución de un orden político. Su realización remite al conflicto, como creatividad y transformación y en ese sentido la democracia es una voluntad permanente de realización de lo nacional-popular, una lucha sin pausas a través de la cual los hombres proyectan su voluntad de controlar su vida. Sólo en el interior de ese proceso humano hacia la desfetichización de *todas* las relaciones sociales pueden plantearse los problemas de los límites estructurales y

estimarse que determinada forma de organización social es más compatible que otra con una profundización de esa lucha. Pero sería un supuesto erróneo transformar esa compatibilidad en correspondencia automática o en implicación lógica.

2. CRISIS Y CONSTRUCCION DE UN ORDEN DEMOCRATICO

Es un hecho indiscutible que el orden internacional creado después de la Segunda Guerra Mundial se encuentra en crisis. Nítidamente desde comienzos de la década actual dicha crisis, que abarca a la multiplicidad de mecanismos económicos, financieros, políticos, ideológicos y culturales surgidos a mediados de los cuarenta, ha dado lugar a una serie de intentos de reconstrucción de la compleja trama de relaciones entre estados, dentro de un sistema mundial que ha modificado sensiblemente sus rasgos. Somos, pues, contemporáneos de un punto de flexión a escala universal como lo fueron la crisis de 1929 ó las consecuencias de la guerra de 1939-45. El actual es un momento de transición entre dos etapas, un espacio de reajuste en las relaciones de fuerza mundiales de tanta importancia como los citados, pero con el rasgo particular de que la pluralidad de actores en escena es mucho más compleja y variada: por primera vez el universo de la política mundial coincide con la totalidad del espacio geográfico. Esta mundialización de las relaciones políticas es una consecuencia del orden de la postguerra que a su vez entra ahora en una etapa de desajustes.

Por eso, más que ninguna otra anterior, la crisis actual es una crisis de relaciones de fuerza; es decir, una crisis que responde nítidamente al comportamiento de actores sociales y no a presuntas leyes fatalistas del desenvolvimiento histórico.

Nuestro mundo del futuro (pero de un futuro que se halla al alcance de la mano) dependerá de la forma en que se articulen las relaciones entre quienes aparecen en la actualidad como los actores principales de un espacio internacional notoriamente más fragmentado que en experiencias anteriores. Esquematiizando, la realidad de las relaciones sociales internacionales nos permite visualizar a los siguientes ejes:

- Centro hegemónico integrado por países con economía de mercado (capitalista).

- Centro integrado por países con economía planificada (socialista).
- Periferia

Otros autores proponen una redefinición de esta tipología. Habría así, en la “economía-mundo” actual, identificada con los intereses del “centro” capitalista, otras dos áreas: la “semi periférica” integrada por países —sean ellos de economía de mercado o planificada— que ocupan una posición intermedia en la división internacional del trabajo y la “periférica”, en la que entrarían las sociedades más subdesarrolladas del Tercer Mundo. Esta tipología, sobre la que volveré más adelante, resulta sumamente útil para entender algunos aspectos del proceso actual de reconstrucción del orden económico mundial.

Ha quedado dicho que la presencia de esta pluralidad de actores con voz (aunque obviamente con cuotas diferentes de poder) dentro de un mundo ya no solo *internacional* sino *transnacional* en el que la política se ha universalizado, plantea que esta crisis y su posible salida es una crisis de relaciones de fuerza asociadas a proyectos alternativos, que expresan aspiraciones e intereses divergentes. Como nunca, tanto la crisis como sus probables soluciones se definen en el espacio de la política.

En el cuadrante geopolítico esta realidad conflictiva ha sido categorizada a través de una doble polaridad. Este-Oeste; Norte-Sur; las reflexiones que inspiran este apartado del ensayo tomarán como referente al extremo que ha sido calificado como “Sur”; esto es, al subsistema de sociedades periféricas agrupadas periodísticamente como “Tercer Mundo” y dentro de esa categoría, a una región particular: América Latina. Pero “Tercer Mundo” (y aun “América Latina”) valen más como metáforas que como instrumentos analíticos: su significado no es unívoco; en el interior de ese subsistema —cuyo foro internacional más amplio es el Movimiento de los Países No Alineados— se engloban situaciones enormemente dispares en términos de grados relativos de desarrollo económico, social, político y cultural y, por lo tanto, opciones diferenciales para la construcción de un orden democrático.

El problema es, por lo tanto, complejo. Se ha enfatizado la diferencia en cuanto a posesión de recursos críticos o de grados de desarrollo económico que separan a esos países, pero igualmente podría hacerse referencia a las disimilitudes en los órdenes políticos vigentes o en la estructura de sus tradiciones cul-

turales. Los patrones de valores "occidentales" y "orientales" (reales, pese al uso político perverso que hiciera de ellos la "guerra fría") cortan también en el interior del subsistema periférico, diferenciando, por ejemplo, a América Latina de otras áreas, cuyas culturas tradicionales resistieron más el impacto de la colonización.

La composición social de las élites dominantes en cada uno de los países, y las características y tradiciones de las clases populares, son asimismo elementos que deben ser tenidos en cuenta para calificar esa diversidad. Queda claro, sin embargo, que el sentido de rescatar esas diferencias es analítico. En tanto componentes de las tres cuartas partes de una humanidad postergada, conforman, en relación a los centros de poder económico y político una unidad histórica de problemas. Pero esa unidad no puede (analíticamente) ser considerada como un punto de partida del razonamiento sino como un punto de llegada, de modo de poder determinar mejor el abanico *real* de los problemas por los que atraviesan.

Estas consideraciones relativas a la necesidad de desagregar esas vastas categorías sociopolíticas del tipo de la de "Tercer Mundo", resultan, a mi juicio, particularmente relevantes para el análisis de una de las regiones que componen esa metáfora: me refiero a América Latina.

El caso latinoamericano y, aun dentro de él, los fenómenos que se desarrollan actualmente en algunos de los países de mayor desarrollo relativo dentro de la región, se presenta como un tema de análisis muy importante por lo que el mismo aporta como forma particular de articulación entre economía y política, entre Sociedad y Estado en este momento crucial, de transición, que está viviendo el continente como parte del reajuste que la totalidad de la periferia debe hacer en términos del nuevo orden internacional en proceso. En este sentido América Latina guarda con respecto al Tercer Mundo la peculiaridad de haber cumplido ya con el recorrido de ciertas etapas de desarrollo, a partir de su temprana constitución como entidades jurídicas soberanas en la primera mitad del siglo XIX.

Con distintos ritmos y modalidades, las sociedades latinoamericanas han ido integrándose a distintas etapas sucesivas de reconstitución del orden internacional una vez conseguida su independencia de España y Portugal. A una primera articulación como meros exportadores de materias primas sucedió otra, coincidente con el período abierto en la economía mundial por la crisis de 1929 y reforzada por la Segunda Guerra Mundial.

En esa segunda etapa los países más importantes del área acometieron, sobre la base de la implantación de fuertes mecanismos proteccionistas, un acelerado proceso de industrialización sustitutiva de importaciones que coincidió, simétricamente, con una estrategia de los países centrales tendiente, a su vez, a sustituir sus exportaciones.

El hecho provocó estructurales modificaciones en dichas sociedades: surgimiento, reforzamiento o subordinación de distintas clases, capas y estratos de la población, emergencia de nuevas formas de relación entre Estado y Sociedad, a partir de la asunción de roles cada vez más diversificados por parte del primero, sea en lo social, como principal agente redistributivo, sea en lo específicamente económico, como propietario de empresas de servicios o productoras de bienes.

Como se señaló, dicho proyecto se había asociado en su tiempo a un momento de aflojamiento de los lazos de las economías latinoamericanas con el mercado mundial provocada por la crisis y la guerra, lo que permitió a una serie de países que contaban con condiciones favorables de mercado interior, realizar experiencias semi-autárquicas de crecimiento.

Ya a mediados de los 50, en especial después del llamado "boom" provocado por la guerra de Corea, esa situación excepcional comenzó a declinar, obstaculizando gravemente el modelo de desarrollo emprendido.

La nueva situación mundial, progresivamente caracterizada por una transnacionalización de la economía, comenzó a tornar incompatibles las metas de crecimiento económico (*de acuerdo con los patrones elegidos para el mismo*) y el proceso de redistribución del poder social y político tal como se había implementado. Emerge así la llamada "crisis de los populismos" (aun cuando el calificativo provoque razonables discusiones sobre su pertinencia) y del *estilo de desarrollo* que sostenía a esos regímenes que en general habían ampliado considerablemente los mecanismos de participación social y política. Pero la crisis lo será también de las formas liberal-representativas de gobierno. En grados diversos y como intento de adaptación a las nuevas condiciones de la economía mundial, surgen regímenes neoautoritarios que proceden a una violenta clausura del sistema político como en los casos de Brasil, Argentina, Chile y Uruguay, sociedades que tras haber alcanzado un considerable nivel de desarrollo político entraron en una pendiente de violento retroceso institucional. A la forma tradicional de los autocracias latinoamericanas se agregó este autoritarismo moderno.

Por cierto que no en todos los países del área que han cumplido etapas similares de desarrollo en cuanto a su integración a la economía mundial, el reajuste impulsado por las élites en el poder se ha resuelto con fórmulas políticas equivalentes. México, Colombia, Venezuela, por ejemplo, mantienen la continuidad institucional en los marcos del constitucionalismo liberal.

La existencia de esa diversidad por la que un tipo parecido de crecimiento económico genera esquemas políticos disímiles, obliga al analista a extremar las precauciones para no caer en un determinismo simple. Es un hecho, sin embargo, que cuando la ineludible necesidad para las élites dominantes de reajustar sus condiciones de articulación en el orden mundial coincide con una crisis política (y los orígenes de ésta jamás podrían buscarse exclusivamente en los movimientos de la economía), los instrumentos del demoliberalismo resultan ineficaces para resolver la transición, por lo que finalmente son desechados.

Es la presencia o ausencia de crisis política, por lo tanto, la variable interviniente en una cadena causal que busque asociar a los cambios en el patrón de desarrollo económico con las modificaciones, en sentido autoritario, que se producen en el sistema político. Una preocupación legítima, sin embargo, lleva a preguntarse en qué medida ciertos proyectos de desarrollo económico y social favorecen más que otros la emergencia de crisis políticas y por ende de tendencias autoritarias.

Lo sucedido en América Latina equivale al más rotundo desmentido a una formulación habitual en la sociología política de los años cincuenta, según la cual el desarrollo económico, la modernización social y la democracia política se asociaban linealmente.

Esa correlación positiva, postulada a partir de una visión iluminista del progreso histórico, entre crecimiento económico y democracia ha fracasado como profecía. Llegado a cierto punto, el estilo de desarrollo emprendido chocó contra sus propios límites: el desarrollo engendró un crecimiento de la participación manifestado en una pluralización caótica de las demandas que, a su vez, provocó estancamiento, inflación y sensación de amenaza para las élites dominantes. El orden institucional trastabilló y de ahí, como respuesta a la crisis política, emergieron las soluciones autoritarias.

La nueva época abierta desde los setentas en el mercado mundial implica una redefinición de la división internacional del trabajo en el cuadro de una fase recesiva de la economía en

la que se alternarán alzas y caídas durante un período largo. Para algunos autores, esos momentos — *trends séculaires* según la historiografía francesa— son particularmente decisivos para los países llamados “semiperiféricos” (es decir, que ocupan un rango intermedio en el sistema internacional) pues en esa transición tiende a producirse una importante redistribución de posiciones relativas a escala internacional).

Lógica y empíricamente, una explicación de la emergencia de los procesos autoritarios en curso, en buena parte de los países más desarrollados de América Latina, no debería aislarse la consideración de esta necesidad que poseen las élites dominantes de concentrar poder a fin de reajustar las condiciones internas de esas sociedades para una búsqueda más eficaz de acceso a posiciones más altas en un orden mundial en reestructuración.

3. ESTILO DE DESARROLLO Y DEMOCRACIA

Un supuesto básico es que la forma política adecuada a un nuevo desarrollo es la democracia, como principio orientador de las relaciones intranacionales e internacionales. “La remodelación de las instituciones políticas a través, entre otras cosas, de la descentralización con vistas a asegurar la democratización del poder de decisión político y económico, promover la autogestión y frenar el control de las burocracias” es vista por un documento internacional como uno de los prerrequisitos del desarrollo auténtico (*Qué Hacer*, Informe Dag Hammarskjöld 1975 sobre el Desarrollo y la Cooperación Internacionales, pág. 16). A escala interna, la democratización del poder aparece como una garantía para la adjudicación de prioridades económicas en función de intereses sociales. En uno de sus últimos escritos, don José Medina Echavarría señalaba: “...revitalizar el sistema democrático podría constituir un excelente instrumento para sostener la continuidad del desarrollo en el caso en particular de que el aumento insoslayable al parecer de la planeación pudiera lograrse mediante la tarea, apenas emprendida hasta ahora con éxito, de utilizar el funcionamiento del régimen representativo como el mecanismo adecuado de una canalización paralela de las opciones económicas y políticas. O sea, el ensayo de un régimen político parlamentario que fuera al mismo tiempo el órgano eficaz de una planeación económica de-

mocrática, a base de la participación de todos los interesados, contando claro está de antemano con sus diferencias y antagonismos”.

Pero es cierto que la problemática de la democracia en América Latina no puede ser planteada como un discurso abstracto. Las sucesivas crisis políticas en algunos de los países más grandes del continente plantean la necesidad de redefinir el sentido y los alcances de la democracia que quiere construirse, así como las condiciones para su estabilización.

Es un hecho que las formas tradicionales de democracia, ligadas al modelo clásico de liberalismo político anglosajón, parecen haber entrado en una instancia de agotamiento. La complejidad de los conflictos en las sociedades modernas exige institucionalizar una participación de los grupos sociales menos simple que las imaginadas por los teóricos de la división de poderes o del monopolio de la agregación de intereses a través de los partidos políticos.

Esto, que es cierto para las sociedades más desarrolladas, surge aún con mayor nitidez para las sociedades en transición que padecen una profunda crisis de representatividad. Las metas de restablecimiento democrático en América Latina implican la necesidad de una redefinición de esas propias metas. La democracia activa debe significar ahora el camino hacia el desarrollo cada vez más igualitario y participativo.

Una corriente académica con creciente influencia sobre las esferas de poder de los países centrales imagina, en cambio, que dadas las características actuales del orden internacional, la expansión de la democracia ha encontrado virtualmente sus límites (Crozier, Huntington, Watanuki). Todo incremento de la participación —es decir, todo crecimiento hacia una “democratización fundamental” en el sentido de Karl Mannheim— implicaría un sacrificio de otras metas, principalmente el crecimiento racional de la economía. En el límite, el crecimiento y la participación serían esencialmente contradictorios: la democracia sería ya “ingobernable”, antagónica de la eficiencia.

Uno de los autores de ese ensayo sobre la crisis de la democracia, ha retomado el esquema para analizar la participación política en los países en desarrollo (Huntington y Nelson). El resultado es la antítesis de la “ecuación optimista” que asociaba desarrollo económico con democracia: ese “modelo liberal” de análisis se ha demostrado infundado para los países periféricos. Modelo “benigno”, capaz de asociar las metas de de-

sarrollo económico, participación política, igualdad social y estabilidad, es reemplazado, de hecho, en los países del llamado "Tercer Mundo" y más aún en los semiindustrializados, por otros dos modelos que se realimentan entre sí como "círculos viciosos": el modelo "populista" y el modelo "tecnocrático". Pendularmente uno arrastra al otro en círculos históricos sucesivos. La participación y las tendencias igualitarias propias del "populismo" erosionan al crecimiento, preparando el terreno para la restauración "tecnocrática" que se ocupará del desarrollo económico a costa de eliminar la participación.

Descriptivamente, el análisis parece evocar fielmente la historia reciente de muchos países latinoamericanos y esa secuencia "viciosa" se ajusta a la realidad mucho más que la que propugnaba el paradigma "liberal" con su postulado de una relación lineal entre desarrollo económico y democracia. Pero conceptualmente el esquema puede ser discutido. Es cierto que, si se mantienen los valores que están detrás de los patrones actuales de crecimiento, la ampliación de la democracia resulta disfuncional para el desarrollo. Pero el problema es que el desarrollo no es un concepto "neutral" que posee indicadores cuantitativos y sólo por acumulación indicadores cualitativos: no se trata del "grado" de desarrollo sino de su "estilo". Precisamente, lo que está en crisis en América Latina (y en general en todos los países periféricos de relativo nivel de modernización) es la idea productivista-consumista de desarrollo, la búsqueda de un crecimiento industrial predatorio y excluyente. A la afirmación acerca de la incompatibilidad final entre democracia y desarrollo habría que responder con una pregunta: ¿qué tipo de *desarrollo*? Este es el punto en el que la problemática de la democracia se vincula con la necesidad de replantear sus bases actuales, en tanto ella sólo puede estar asociada con la puesta en práctica de un nuevo *estilo de desarrollo*.

Este nuevo estilo, participativo e igualitario, y por lo tanto en las antípodas del modelo vigente que se funda en la racionalidad tecnocrática y en la idea de un dinamismo dado por el cálculo privado y las leyes del mercado, aparece, a su vez, como condición de posibilidad para la constitución de un auténtico orden democrático.

La relación, así, se invierte: si primero se pensó la democracia a partir del crecimiento económico y luego se advirtió que esa asociación no era necesaria, lo que cabe ahora es poner las cosas al revés; imaginar qué tipo de desarrollo favorece a la democracia y cuál la destruye.

En sus últimos trabajos, Raúl Prebisch ha propuesto un acercamiento interesante a la cuestión. La evolución del capitalismo periférico —dice— ha frustrado dos grandes esperanzas: que “la penetración de la técnica de los centros industriales iría difundiendo sus frutos en todos los estratos de la sociedad y que ello contribuiría al avance y consolidación del proceso democrático” (Prebisch, 1976, pág. 7). Esas ilusiones no pueden alentarse más, porque el capitalismo imitativo y consumista puesto en práctica en América Latina es cada vez más excluyente: “el progresivo desenvolvimiento de la sociedad de consumo parecería volverse incompatible a la larga con el avance democrático, pues tiende a crear entre el proceso económico y el proceso político una disparidad cada vez mayor que se trata de corregir mediante el freno regresivo de este último, antes que por la transformación del primero” (íbidem, pág. 8). Conforme avanza el proceso de democratización, el poder político y gremial de la fuerza de trabajo presiona para poder captar parte de los frutos del progreso técnico, que en el capitalismo periférico queda en gran parte en manos de los estratos superiores, sin que el juego espontáneo de la economía lo distribuya al resto de la sociedad. Esta pugna distributiva que pone en cuestión las relaciones entre economía y democracia tiende a ser resuelta mediante el sacrificio de esta última, a fin de mantener un proceso económico que asegure el mantenimiento de la sociedad de consumo.

No hay democratización posible sin afrontar simultáneamente los problemas de la acumulación y los de la distribución, esto, es, sin tratar de salir de los “círculos viciosos” tecnocráticos y populistas que sesgan a favor de una u otra de esas dimensiones llevando al sistema político a una inestabilidad crónica. Pero acumular y distribuir, o sea, poner las bases económicas para la democratización, es impensable, sostiene Prebisch, sin transformar el sistema: “no caben reformas eficaces si se sustentan sobre las fallas fundamentales del sistema” (Prebisch, 1978, pág. 24). Esto, es, si se mantiene un estilo de desarrollo basado en la imitación de las formas de consumo de los centros basadas en la captación por los estratos superiores de los resultados del aumento de la productividad obtenidos gracias al progreso técnico incorporado. La orientación actualmente predominante en orden a la adaptación de las economías “semiperiféricas” a la nueva división internacional del trabajo, solo tiende a reforzar esas tendencias distorsivas.

BIBLIOGRAFIA

1. José Medina Echavarría, "Apuntes acerca del futuro de las democracias occidentales", *Revista de la CEPAL*, 4 (1977).
2. M. Crozier, Samuel Huntington, J. Watanuki, *The crisis of democracy*, New York, 1975.
3. Samuel Huntington, J. Nelson, *No easy choice*, Harvard University Press, 1976.
4. Raúl Prebisch, "Crítica del capitalismo periférico", *Revista de la CEPAL*, primer semestre 1976, pág. 7.
5. Raúl Prebisch, "Planificación, desarrollo y democracia", mimeo, CLACSO, 1978.

ESTILOS
ALTERNATIVOS DE
DESARROLLO Y
OPCIONES POLITICAS.
PAPEL DEL
MOVIMIENTO POPULAR

Enzo Faletto

Este trabajo fue presentado al "Seminario sobre Políticas para el Desarrollo Latinoamericano" auspiciado por el Centro de Capacitación para el Desarrollo (CECADE), México 1980.
Además fue presentado en la Tercera Conferencia Regional de CLACSO - Caracas. 1981.

Es el propósito de este trabajo avanzar algunas ideas en el ámbito de la actual discusión sobre "estilos de desarrollo". Un gran número de estas ideas provienen de los aportes que diversos científicos sociales latinoamericanistas han entregado a esta temática¹⁴; otras tantas, aun cuando ya han sido expuestas en trabajos realizados por el autor en colaboración con otras personas, se las ha recuperado en función de su incidencia con el objeto que nos preocupa.

Existe una amplísima conciencia de que la llamada "opción política" es uno de los puntos claves para la puesta en marcha de un "estilo alternativo de desarrollo". De allí que, la forma en que se expresa esa opción política, la determinación de sus viabilidades y la precisión del énfasis que presenta desde lo que suponemos sea la perspectiva del movimiento popular en América Latina, sean los aspectos a los que recurrentemente se refiera nuestro análisis.

La mayoría de los analistas concuerdan en que la preocupación por los estilos alternativos al estilo de desarrollo vigente surge, precisamente, de la constatación indudable de una crisis generalizada que tiene lugar en su interior, razón por la cual se dedicará una primera parte del trabajo a perfilar algunos aspectos de la crisis del sistema político latinoamericano, para mostrar, a través de una revisión de sus carencias y defectos, la condición de necesidad de la reformulación de dicho sistema.

Una segunda parte trata de extraer los nuevos significados de los viejos temas de Libertad, Democracia y Participación en tanto constitutivos de un estilo alternativo de desarrollo para la región, señalando la forma en que se expresan en el claroscuro de la actual coyuntura política latinoamericana.

En la tercera parte se aborda el tema de las incidencias de

distorsiones e inadecuaciones institucionales y sociales sobre la opción de planificación, en tanto factor indispensable a un estilo realmente alternativo de desarrollo.

Luego, se ha tratado de poner en relieve la transformación del comportamiento político obrero, avanzando algunas reflexiones sobre las futuras opciones políticas de estos sectores y en cuanto a las modalidades de su inserción y contribución a la generación de un nuevo estilo de desarrollo.

Para finalizar, el tema de las demandas populares ya no sólo por un cambio de estilo, sino por una sustancial transformación del sistema social. Especial atención se otorga a la existencia y formulación de una demanda socialista y sus vinculaciones con la opción democrática y con el proceso político.

No está demás prevenir el carácter preliminar de estas notas, en donde muchos aspectos se hallan ausentes y otros aparecen, a pesar nuestro, todavía fragmentarios.

I. ESTILOS ALTERNATIVOS DE DESARROLLO Y CARACTERIZACION DE LA CRISIS EN AMERICA LATINA

1. EL PROBLEMA AUTORITARISMO Y DEMOCRACIA

Uno de los factores constantes en la inquietud por estilos alternativos de desarrollo es el de la posibilidad de una opción democrática como forma de la vida política latinoamericana. Como es obvio, tal preocupación no está ajena a la experiencia autoritaria vivida por varios países latinoamericanos en las últimas décadas. Aún más, a partir de los acontecimientos brasileños de 1964, pareció primar en los análisis sociológicos y de ciencia política, una visión en donde el autoritarismo aparecía como la tendencia más acentuada y recurrente.

Esquemáticamente, la idea que informaba esa perspectiva era que el *tipo* de desarrollo capitalista latinoamericano acentuaba sus rasgos concentradores y excluyentes, creando una superestructura política acorde a esa modalidad. Afirmábase que, incluso ciertos regímenes formalmente democráticos en el sentido institucional, no lograban escapar a este fenómeno. En otros casos, se señalaban las dificultades para constituir un modelo claramente autoritario, con los

consiguientes conflictos que ello implicaba, en aquellos procesos sociales cuyo sentido mismo —se afirmaba— estaría dado por la intención de aplicar ese modelo autoritario. De este modo, en la discusión de una situación como la del Perú por ej., se debatió cómo y en qué medida su esquema se apartaba de la tendencia autoritaria generalizada.

Sin embargo, bastantes cosas han ocurrido en los años que siguen a 1964. No sólo la alternativa autoritaria ha estado presente; pueden también señalarse otras situaciones, tal vez, menos espectaculares, en donde formas democráticas y tendencias a la inclusión más que a la exclusión, se expresaron y aún se mantienen.

Los actuales ensayos e investigaciones sobre el tema han logrado precisar mejor el carácter de la experiencia autoritaria y la opción democrática en la región. Inicialmente, el problema de la dictadura era considerado como una derivación necesaria del desarrollo capitalista en América Latina, el que debía basarse, principalmente, en la coacción de los trabajadores. A los años de la “Alianza para el Progreso” que implicó una alianza interna y un “pacto social”, se sucede una dominación de clase que no hacía posible la participación popular, aunque fuese retaceada; tampoco podía esta dominación asumir, a lo menos inicialmente, la satisfacción de las crecientes demandas populares. No eran ajenas a este fenómeno, las reordenaciones de la economía y de la política que implicó la presencia decisiva de las llamadas “empresas multinacionales”, puesto que, para poder insertarse las burguesías criollas en el nuevo esquema, debían hacerlo a través de un cambio drástico de las relaciones políticas y económicas anteriores. Mas, no sólo la nueva modalidad de la economía debía imponerse por vía de la fuerza; sino que, la permanencia misma del régimen, debía, ya, basarse en la coacción. Esta reordenación imperativa adquiría sus rasgos más visibles en el campo político: supresión del régimen constitucional y de derecho, supresión del régimen electoral, del sistema de partidos, de libertades ciudadanas, represión a las personas, etc. Era y es el conjunto de los “derechos humanos”, lo que aparecía amenazado o cancelado.

Que el problema aparezca planteado en términos de “derechos humanos”, no puede esconder, sin embargo, que la incidencia de la coacción del régimen autoritario es diferente según el grupo social o estrato de que se trate: es fundamental determinar cómo incide en los distintos grupos obreros, en los sectores medios, en el campesinado, en los estratos de la

burguesía, puesto que la crisis del sistema político y la incidencia de los regímenes autoritarios no es igual para todos.

Si bien para la caracterización de la crisis, en términos de democracia-autoritarismo es necesario particularizar el sentido de la dominación autoritaria, conviene, también, preguntarse por el significado concreto de la democracia en América Latina. La Democracia implicaría la existencia de, por lo menos, un Estado de Derecho, de una forma de representación de mayorías y minorías, de un régimen de partidos políticos y, fundamentalmente, de un conjunto de garantías ciudadanas.

Una mirada, por rápida que sea, bastaría para poner en duda la vigencia de tales principios en la práctica política del continente. Regímenes de minoría con exclusión expresa o tácita de la mayoría; caudillismos personales y dictaduras militares, y, regímenes de excepción que se transforman en la práctica en permanentes, sería el saldo desalentador de la observación.

La ausencia de democracia como experiencia política y social pareciera ser la verdadera historia de los países latinoamericanos. Tradicionalmente se citaban algunas excepciones; pero el tono general de la región estaba más bien dado por lo anteriormente descrito.

Sería de gran conveniencia trazar en forma más adecuada la historia del sistema político latinoamericano. Suele predominar una visión de incorporación sucesiva de distintos grupos o sectores de clase al ámbito político y social, dominación oligárquico-agraria; incorporación de la burguesía y dominación oligárquico-burguesa; incorporación de los sectores medios; presencia e incorporación formal de los sectores obreros y, por último, presencia y demanda campesina imagen que induce a concebir al proceso histórico social como una constante ampliación de la "democracia" y a olvidar los modos políticos a través de los cuales esta presencia ha tenido lugar.

Fenómenos tales como el caudillismo en el Siglo XIX y su significación en la formación de la nación política y la presencia constante de las dictaduras militares en el XX, etc. deben ser puestos en relación con los procesos de incorporación social antes aludidos.

Se ha postulado, como uno de los rasgos constitutivos del proceso histórico latinoamericano, que el desarrollo capitalista y la consiguiente dominación burguesa, no se manifestaron en términos de una transformación radical de la estructura política. En esta dirección está la hipótesis de Medina

Echavarría, sobre la capacidad de la estructura tradicional para "englutir" los procesos de modernización. También la de Weffort, que explica la contradicción entre el sistema de dominación político interno, de carácter "oligárquico" y la manifestación formal del mismo sistema en términos burgueses democráticos, como la necesidad de combinar un mundo de relaciones capitalistas en el plano externo, con una forma tradicional de dominación política y económica en el plano interno. Ambas hipótesis dan cuenta del hecho de que la burguesía y la transformación capitalista en América Latina no haya instaurado una real democracia burguesa.

Sin embargo, si bien la democracia ha sido problemática como experiencia —y en ello tiene razón Cardoso— de algún modo, siempre ha estado presente como aspiración. El problema actual respecto a ella, no consistiría en preguntarse el por qué de su no vigencia —puesto que su práctica ha sido escasa— sino, en por qué apareció tan drásticamente cuestionada como alternativa o como aspiración en los regímenes autoritarios y, por qué determinados sectores prescindieron de ella en cuanto valor social.

En la reflexión sobre "estilos alternativos" aparece reiteradamente la problematicidad de la democracia, razón por la cual nos parece válido preguntarse por sus condiciones de posibilidad. Variadas han sido las formas en que el tema se ha planteado. En algunos casos, se toman como un dato más o menos permanente, ciertos rasgos de la situación actual, y se plantea que la reivindicación de democracia es hoy una reivindicación por participación y control ciudadano, en un ámbito de presencia creciente del Estado y las multinacionales. De ahí, se desprende que ya no es posible reivindicar una democracia, como la democracia liberal y burguesa, puesto que el propio capitalismo ya no la requiere, pero, acepta que la reivindicación democrática se dé en el ámbito de capitalismo, aunque —podríamos agregar nosotros— es ya una demanda anticapitalista.

Una segunda opción, no formulada por latinoamericanos sino por A. Touraine²¹ en referencia a Portugal, pero que "anda en el aire", intenta la recuperación de un proceso que, si bien no era democrático en lo político, lo era y claramente, en lo social: el "populismo". Touraine sostiene que el populismo conocido se proponía, como meta, crear las condiciones de un desarrollo burgués; principalmente mediante la formación de una burguesía nacional. Pero, se pregunta: ¿no es posible pensar en un "populismo" que pueda crear las condiciones del socialismo y que sea, además, democrático?

Otras opciones han sido planteadas y nos referiremos a ellas más adelante, pero basten por ahora estos ejemplos para señalar que el tema de estilos alternativos revierte con fuerza sobre el problema de la democracia y de sus opciones.

2. LA MODIFICACION DE LA ESTRUCTURA SOCIAL

Si bien la crisis del estilo de desarrollo vigente ha sido preferentemente caracterizada por sus aspectos políticos, también se la ha intentado analizar en sus aspectos sociales. Es posible que la pregunta más adecuada haya sido quizá la formulada por Mannheim: la crisis aludida, ¿es expresión de un proceso de cambio o, más bien, la expresión de un proceso de desintegración social?

Sin desconocer la importancia de las connotaciones valorativas de la crisis y, puesto que es necesaria una cierta previsión de su incidencia en los probables estilos alternativos de desarrollo, se requiere analizar el fenómeno de irrupción de las masas, en tanto constituye uno de los elementos sociales más importantes de precipitación de la crisis.

La irrupción de las masas aparece ligada al momento de la migración campo-ciudad inmediatamente posterior a la Segunda Guerra y, a la movilización campesina que presiona por reforma agraria.

El proceso tiene larga data y ciertos momentos políticos latinoamericanos como el varguismo, el peronismo y la revolución boliviana, se inscriben en este contexto.

Las incidencias más notorias del proceso irruptivo de las masas han sido las transformaciones cualitativas y cuantitativas del movimiento obrero urbano popular, como también, el haber puesto de relieve a una masa urbana popular "marginal"; primero definida en términos preferentemente ecológicos pero, cuyas características estructurales y sociales se han puesto de relieve poco a poco. La modificación cualitativa y cuantitativa de la clase obrera ha implicado una transformación importante en las pautas de comportamiento político anterior de estos sectores, como también un peso y presencia de los sindicatos mucho mayor. La formación de la "masa marginal" ha dado origen a diversas interpretaciones y también a opciones políticas distintas. Una de ellas tiende a considerarla como masa disponible y movilizable, incluso en oposición a intereses más organizados de la clase obrera. Otras,

las consideran portadoras de un "impulso" revolucionario, en donde las formulaciones tienen reminiscencias de los "Condenados de la tierra" (Fanon). Pero, a pesar de las diferencias de análisis y opciones, hay coincidencia en señalar que la irrupción de las masas en el ámbito urbano, puso en jaque al sistema político vigente desarticulando sus formas tradicionales de participación y representación (la expresión vía partidos políticos, por ejemplo).

La presencia campesina y su demanda es, como decíamos, otra de las manifestaciones de la irrupción de las masas que da origen a la crisis social. Entre sus múltiples consecuencias se han apuntado: a) la destrucción de las bases tradicionales de dominación de la llamada "oligarquía agraria" y b) la ruptura de la precaria "alianza" constituida en el ámbito urbano.

Un elemento importante en la posibilidad de presencia de la "derecha", para usar el término político, lo constituía su capacidad de dominación y hegemonía en el sector rural. La movilización campesina alteró este cuadro de modo substancial. Para ilustrar con un ejemplo, no muy dramático, piénsese en los cambios en los comportamientos electorales: la base electoral de la derecha era el sector agrario. Al perderla, sus posibilidades de representación política y de alianzas fueron fuertemente disminuidas quedando en situación de inferioridad respecto a otros grupos o fuerzas.

Mayores y más profundas fueron las consecuencias a medida que empezaron a implementarse procesos de reforma agraria. La movilización campesina implicaba un nivel de demanda inicial relativamente alto; una de ellas, era la presión por una redistribución del ingreso un poco más favorable.

La anterior alianza urbana, o "pacto social", de por sí inestable, tendía a quebrarse si se le sumaba este nuevo factor.

Si a la demanda obrera y popular urbana se sumaba la demanda campesina, el fenómeno representaba un costo muy alto para la burguesía y para los sectores medios, no muy dispuestos a una política redistributiva que podía afectarles negativamente; por otra parte, la demanda campesina tampoco encontraba canales normales de expresión, ya fuesen partidos políticos u otros y adquiría, por el contrario, formas de expresión irruptivas que atemorizaban a casi todos los sectores por sus inevitables e impredecibles consecuencias.

El fenómeno de irrupción de masas al que estamos haciendo referencia implicaba, no tan sólo que quedara a la vista la inadecuación de las estructuras de expresión

existentes (partidos, por ejemplo), sino que, a la vez, la misma irrupción disolvía las estructuras de control tradicionales. La ruptura de la estructura tradicional de dominación agraria es, quizá, el ejemplo más evidente.

Sin embargo, el fenómeno de ruptura es mucho más generalizado y debe verse en esa perspectiva. La estructura familiar, por ejemplo, ha sufrido importantes modificaciones y no todas ellas pueden entenderse como el paso de la familia tradicional a la familia moderna; ciertas disoluciones de los controles familiares tradicionales, conflictos en el plano de los valores y desajustes en los mecanismos de socialización, parecen estar bastante extendidos. Como es obvio el problema presenta distintos matices en cada estrato y clase social, pero debería hacerse un esfuerzo por precisar un poco más las implicaciones del tema.

Téngase en cuenta que se ha señalado con propiedad que ciertos rasgos del comportamiento político latinoamericano aparecen estrechamente ligados a lo que se ha denominado su estructura "familiarista" ^{3/} la que, incluso, puede haber operado por encima de lealtades de partido o de otro género.

3. LA TRANSFORMACION DE LAS INSTITUCIONES DE "CONTROL SOCIAL"

Las formas de "control tradicional" no se reducen exclusivamente al ámbito de la familia; ciertas instituciones, como el sistema educacional o la Iglesia, han cumplido, también a menudo, ese papel.

Respecto a la Iglesia, los cambios que en su interior han ocurrido han suscitado agudas polémicas; pero no está muy claro el real sentido de esta transformación. El pensamiento tradicional y esquemático de "izquierda" enfatizaba el papel justificador y legitimador del statu quo y de la dominación que desempeñaba la Iglesia. La gran tarea del momento era proceder a "desalienar" a los dominados por la influencia conservadora de tal ideología. Sin embargo, lo más importante parece ser el hecho de que, sin dejar de ser "religiosos", algunos grupos en la comunidad de la Iglesia han propiciado un cambio de orientación que intenta movilizar más bien contenidos de cambio y transformación que contenidos conservadores. Por otra parte, ciertos grupos de intelectuales, la "élite" social que orgánicamente (en el sentido de Gramsci)

debería estar enlazada a los grupos dominantes, rompe con ellos, como expresión de la transformación aludida, restando así, unidad ideológica y de liderazgo a dichos grupos.

En relación al sistema educacional, puede hacerse referencia a un hecho bastante notorio: el conflicto universitario o el proceso de su "reforma". Su incidencia no se circunscribe al solo ámbito de los claustros, como tampoco puede entenderse exclusivamente en términos de sus motivaciones internas. Desde la Reforma Universitaria de Córdoba en 1918, tal tipo de movimientos estudiantiles se ha propuesto temas de orden político y social que comprenden a la totalidad de la sociedad. La agitación estudiantil implica también una ruptura en el interior de las élites dirigentes y un cuestionamiento a los papeles sociales atribuidos a los profesionales, a los universitarios y a la Universidad. La reproducción de los "cuadros dirigentes" queda amenazada, y el rechazo de los valores que informan el desempeño de tales papeles, agrieta un mecanismo importante de control social, tal como es el Sistema Educativo.

4. LA TRANSFORMACION DEL SISTEMA POLITICO

A los aspectos ya señalados de la crisis política manifestada como la oposición autoritarismo-democracia; a la transformación social, signada por la presencia de masas y sus múltiples manifestaciones; a la desintegración de los mecanismos de control social tradicional, no puede dejar de sumársele un cuarto aspecto que hace referencia más concreta a los modos de participación y de representación a través del sistema político.

Como decíamos, la presencia de masas no logró expresarse a través de canales formales de participación; pero, además, la propia evolución del sistema económico, así como los mecanismos de administración y gestión, agudizó el problema de la representatividad, al radicar en algunas posiciones claves, la toma de decisiones más importantes.

El carácter elitario de la forma de gobierno se acentuaba aun cuando hubiera cambios en el "elitismo social" del reclutamiento. Por otra parte, la decisión política tiende a radicarse en las burocracias, sean ellas estatales, de empresas locales, o de multinacionales. En la medida en que el

mecanismo de las decisiones tiende a concretarse en algunas posiciones claves, el gobierno es cada vez más un gobierno de minorías.

La crisis y el conflicto social se agudizan como consecuencia del movimiento contradictorio de masificación y de forma elitaria del ejercicio del poder. En tal estado de cosas, la relación con las masas es casi siempre, una relación marcadamente autoritaria y coercitiva. La marginación política y social de las grandes mayorías se transforma en un hecho constante y necesario al sistema.

5. LOS PROBLEMAS DE LA ALTERNATIVA POPULAR

Si aceptamos que la preocupación por un estilo alternativo de desarrollo surge de las insatisfacciones que provoca el estilo vigente, conviene referirse y precisar cuáles son las fuerzas que hacen probable tal alternativa.

El estudio de la crisis actual debería mostrar con mayor claridad las bases de sustentación, tanto económicas como políticas del estilo vigente; calificar a la crisis como política o como social, no puede quedar entregado a la arbitrariedad de una denominación fortuita. En este aspecto, cabe preguntarse si lo que está en juego no es exactamente el principio mismo de representación de la Nación. La definición del sistema político, de las formas de legitimidad, del papel de las clases y de los regímenes de gobierno, constituye uno de los núcleos más importantes de la caracterización de un estilo alternativo.

Nos detendremos a analizar en este sentido cuál es el comportamiento de los sectores populares y, qué capacidad manifiestan éstos para proponer un orden político alternativo.

Cualesquiera fueran las expectativas que se tuvieron históricamente respecto a los movimientos populares (obrero, campesino y popular urbano) no dejaba de enfatizarse en sus debilidades. Por de pronto, el carácter mismo de la demanda y de la reivindicación popular aunque no careciera de conflictos, aparecía más bien como un intento de incorporación al sistema existente, que como una tentativa de rechazo y de transformación del mismo. Las formas más orgánicas del movimiento popular, el movimiento sindical obrero por ejemplo, desarrollaban un estilo de política en donde primaban los contenidos reivindicativos y, las más de las veces se expresaban con un marcado carácter "economicista". Los

movimientos de ruptura que en algunas ocasiones tenían lugar, aparecían más bien como expresiones de un cierto "espontaneísmo", cuyo carácter irruptivo y efímero constituía su rasgo más notorio.

Sin embargo, por sobre las dificultades de expresión y quizá, precisamente por eso, comienzan a surgir ciertas rupturas con los modos de expresión anteriores. Estas rupturas que se manifiestan en grueso como una crítica a la esterilidad de la acción política convencional se extienden a las bases obreras, cuyo juicio crítico comienza a poner en tela de juicio a la acción gremial tradicional.

Esta tendencia al "juicio crítico" se manifiesta también en la búsqueda de formas de mayor autonomía que posibiliten una acción más independiente y fuera de las tradicionales formas de alianza de clases y sectores (el populismo por ejemplo), así como del Estado, a los cuales, tanto la política popular como la acción sindical aparecían estrechamente vinculadas. El movimiento de Córdoba en Argentina, las huelgas de Contagen y Osasco en Brasil, y otras, serían ejemplo de lo señalado.

Otro elemento significativo en la transformación de la acción política popular es la proyección latinoamericana que adquiere su conciencia política tanto como la orientación de su propio movimiento. No desaparece con ella, la referencia a la situación nacional, pero se inserta ahora en un ámbito mayor adquiriendo, por tanto, una proyección política más amplia.

Si bien pueden señalarse como significativas aquellas tendencias como la ruptura con las prácticas anteriores y el logro de una autonomía de conciencia y acción y, una mayor proyección en el ámbito político por parte de los sectores populares, conviene preocuparse por precisar alrededor de qué se organiza su propio proyecto político.

Desde el momento en que percibimos como posible el surgimiento de la tendencia a la autonomía en el comportamiento y en la acción política de los sectores populares, conviene preguntarse por la proyección que éste alcanza a futuro y cuáles son los problemas que ella misma plantea. La autonomía es una condición de la capacidad de negación del sistema vigente; sin embargo puede conducir a un aislamiento, cuyo resultado es una extrema debilidad frente a la dominación existente. Existen experiencias históricas de este hecho y, quizá uno de los ejemplos más claros, sea el del propio inicio del movimiento obrero, tanto en la experiencia europea como en la latinoamericana, guardada la distancia en

años. La tendencia que allí se expresó, fue la de construir un mundo obrero referido a sí mismo y cuya existencia era, de por sí, la negación del mundo burgués. Las mismas formas organizativas, sindicatos, partidos, asociaciones, tendían a constituir un modo de vida propio, con normas, pautas de conducta y valores que eran ya un intento de expresión de una vida autónoma. Pero, de una autonomía que llevaba emparejado el riesgo del aislamiento, y cuya probabilidad de salida se constituye por la posibilidad de ligar lo “popular” con lo “nacional”.

Son varios los problemas que esta búsqueda de la nacional-popular encierra. Debe en primer lugar responderse a la pregunta de ¿“Quién es el pueblo”? ¿Es lo plebeyo, lo campesino, lo obrero? Respuestas todas que no pueden darse en abstracto y que obligan a encontrar lo popular en el mismo proceso histórico.

Ahora bien, si aceptamos que este elemento popular-nacional puede constituirse como uno de los principios de un estilo alternativo, cabría preguntarse, en pugna con qué otros principios éste aparece; cómo se niegan mutuamente y cómo se entremezclan. Ciertos procesos políticos “populistas” han planteado como tema central, el papel del Estado; sin embargo, la definición que de él dan los distintos grupos que componen la alianza populista, son en extremo diferentes y aun divergentes. En unos, el Estado debe crear las bases que posibiliten un desarrollo capitalista autónomo; en otros es un principio de socialización el que prima como definitorio en la acción estatal.

Para terminar este aspecto, si el principio nacional-popular es un principio político, es necesario señalar cómo está constituido políticamente el pueblo. El partido, y las otras formas de organización popular (sindicatos, “movimiento popular”, etc), deberían reflejar orgánicamente este principio nacional-popular. Dicho tema dio sentido a la polémica sobre los consejos obreros, los soviets, u otras formas orgánicas, en el caso europeo; y con esa perspectiva deberían ser estudiados hechos tales como “La Asamblea” en Bolivia, las formas de organización en el “Cordobazo”, los principios de organización en la experiencia chilena así como otras manifestaciones menos aparentes en el conjunto de los países latinoamericanos.

II. EL SURGIMIENTO DE NUEVOS TEMAS: LIBERTAD, DEMOCRACIA Y PARTICIPACION

1. LA REDEFINICION DE DESARROLLO

La discusión latinoamericana ya no está ligada —sin que ello signifique un rechazo total— a la temática del desarrollo en el sentido estrecho de crecimiento económico; sino que en el debate aparecen, constantemente, preocupaciones sociales y políticas como las de participación, democracia y libertad. En Naciones Unidas se habla por ejemplo de una “Nueva Estrategia del Desarrollo”, y se señala una serie de puntos que constituirían esa nueva estrategia: a) necesidad de un enfoque, análisis y planificación del desarrollo unificado, global, equilibrado e integrado, b) que dicho desarrollo sea autónomo; c) que se inscriba dentro del nuevo orden económico internacional; d) que el desarrollo esté basado en la estrategia de necesidades básicas; e) que el desarrollo debe hacerse a partir de la base social, y no desde el Estado hacia abajo; f) que el desarrollo tiene que ser un desarrollo endógeno, en el sentido que surge desde las modalidades particulares de cada situación; y g) que el desarrollo tiene que ser un desarrollo centrado en el hombre.

Esta es, en términos gruesos la definición de lo que N.U. llama la Nueva Estrategia de Desarrollo. Si hace algunos años alguien preguntaba qué es el desarrollo, obtenía como respuesta inmediata: “es el aumento de la tasa de crecimiento del producto bruto interno”.

Eso era el desarrollo. Ahora, sus dimensiones tienden a replantearse en las definiciones del nuevo estilo. (No queremos afirmar que *siempre* el tema del desarrollo fue planteado con absoluta estrechez de miras. Hay abundantes ejemplos en contrario que intentaron enriquecer el término).

Alrededor del problema de “Estilos de desarrollo”, se están planteando hoy las dimensiones de participación, libertad y democracia.

Un artículo de Aníbal Pinto ^{4/}, plantea de dónde surge esta temática sobre estilos alternativos de desarrollo. Su aparición obedecía a una serie de insatisfacciones del momento contemporáneo asumidas como tales:

- insatisfacción por la distribución del ingreso, tanto nacional como internacional.

- insatisfacción con respecto a las tasas de ocupación alcanzadas.
- insatisfacción con respecto a la cobertura de necesidades básicas.
- insatisfacción derivada del derroche por consumismo, armamentismo y otros.
- insatisfacción derivada del derroche de recursos no renovables.
- insatisfacción derivada del no respeto a los derechos humanos, y finalmente,
- insatisfacción con respecto a las formas de la relación política.

Es todo este cuadro de insatisfacciones con respecto al estilo vigente de desarrollo, lo que ha motivado la preocupación por un estilo alternativo de desarrollo. De hecho, porque hay una insatisfacción generalizada con respecto al estilo vigente. En este sentido, hay una diferencia bastante importante con respecto a lo que era la visión anterior. Esa visión era: nos falta desarrollo; la visión actual es: este tipo de desarrollo produce insatisfacciones no tan sólo, por lo que nos falta, sino por lo que nos genera. Nos genera deterioro ecológico; nos genera derroche de recursos; falta de respeto a los derechos humanos, etc.

La búsqueda de estilo alternativo ya no se planteará, cómo encontrar un estilo que haga más rápido el proceso de crecimiento; sino que cómo encontrar un estilo que sea capaz de responder a este tipo de insatisfacciones.

La búsqueda de estilo alternativo parte ya del reconocimiento de que es el estilo actual, el vigente, quien genera esas insatisfacciones.

2. NUEVA COYUNTURA POLITICA Y NUEVAS OPCIONES

Conviene recordar que los temas a los que hacemos referencia —libertad, democracia, participación— surgen en una coyuntura internacional bastante distinta de aquella de los años 45 hasta la década del 60. En cierto modo, los últimos años se han caracterizado por el fin de la Guerra Fría; aunque acontecimientos demasiado recientes hacen olvidar hasta dónde, realmente, la guerra fría terminó. Pero, aceptando

ciertos retrocesos, podría afirmarse un cierto cambio de clima con respecto a la visión del anterior período de la guerra fría. Esto es importante, porque casi todos los problemas sobre alternativas económicas en las décadas del 40 y del 60, se plantearon en un momento de guerra fría, en donde la elección de opciones y de modelos estaba limitada, precisamente por su vigencia. Respecto al desarrollo mismo no había mucho optimismo en cuanto a la promoción de estilos alternativos. Ahora, en cambio, al nivel de la coyuntura internacional estos temas pueden plantearse de una manera distinta. Primero, por el ya señalado fin de la guerra fría; pero, además, por el policentrismo, por la mayor presencia del mundo europeo, por la diversidad de situaciones en el mundo socialista, donde también empiezan a surgir formas o matices variados. Ya no es un solo patrón el que es impuesto. Tampoco hay un solo patrón en el llamado mundo occidental: está la social democracia sueca; la social democracia alemana; el caso español, el francés, etc. En verdad, del anterior mundo en blanco y negro empieza a aparecer un mundo muchísimo más matizado. Igual cosa sucede a nivel del Tercer Mundo: son bastante variadas las formas políticas y sociales que allí se han estado constituyendo.

En la conformación de esta coyuntura internacional es interesante destacar la importancia que está adquiriendo el tema de los Derechos Humanos, como tema internacional. Se ha constituido también en el plano de la coyuntura internacional, la preocupación por un tema que no aparecía desde hace mucho en el centro de la discusión mundial.

Queremos, finalmente, enfatizar en la primera dimensión que señalábamos, es decir, las opciones políticas que se plantean en torno al problema de la libertad, de la democracia y la participación, ya no se plantean en un mundo de dos opciones o de dos modelos; hay más posibilidad y por lo tanto, más opciones.

3. LA VARIEDAD DE LA COYUNTURA LATINOAMERICANA

A pesar de las dificultades experimentadas en el Cono Sur, una visión de la coyuntura actual en América Latina quizás nos pueda dar una visión general algo más optimista. La realidad de Uruguay, Argentina, Paraguay, Chile y el caso boliviana-

no actual, originaron la preocupación del pensamiento social por el surgimiento de los llamados estados burocráticos autoritarios. No obstante, algo más está pasando en América Latina. El caso de Nicaragua como forma de derrocamiento de una dictadura, pese a todas las formas conflictivas que pueda tener, representa un proceso de transformación de gran incidencia en todo el ámbito centroamericano. A lo cual deben agregarse las transformaciones en el área del Caribe —Santo Domingo por ejemplo— y otros casos significativos de la región.

Podría citarse otros ejemplos que podríamos llamar los casos de "apertura": El caso brasileño, en donde obviamente no se trata del derrocamiento del régimen, pero, nadie niega que en estos momentos se está produciendo un proceso de apertura en Brasil que se manifiesta, claramente, en formas de participación política y participación social, con las cuales nadie habría soñado en el Brasil de hace algunos años atrás.

El caso ecuatoriano es un caso totalmente distinto al brasileño. Sin negar la presencia de una serie de conflictos, es también un fenómeno interesante de paso de un régimen autoritario militar, a un régimen político civil.

El caso peruano, un caso totalmente diferente pero en el cual también se trata de pasar a formas políticas distintas desde un anterior régimen militar.

Por otra parte, y allí en donde se mantenían sistemas democráticos bastante "formales", como en Colombia, Venezuela y Costa Rica, se empiezan a constituir los procesos de demanda democrática.

Otro fenómeno, muy poco analizado por los analistas latinoamericanos, es el caso caribeño, tanto el de los sectores francoparlantes como el de los sectores angloparlantes, en donde el proceso de democratización tiene lugar como proceso de descolonización.

Ahora bien, si pensamos en la situación latinoamericana a la luz de las anteriores consideraciones, el tema de las alternativas de la libertad, de la democracia y de la participación, no parecer ser un tema con visos de utopía; por el contrario, en el contexto latinoamericano se está dando un proceso relativamente novedoso y muy variado, en donde lo más interesante es precisamente, la variedad que dichos procesos asumen.

La coyuntura latinoamericana es una coyuntura relativamente original y que nos obliga a desarrollar el pensamiento de una manera distinta.

4. NOVEDAD DE LA REFLEXION SOBRE DEMOCRACIA

No diremos que no existió con anterioridad una reflexión sobre la democracia en América Latina; no obstante —y caricaturizado— se solía pensar que si tenía lugar un proceso de modernización, la democracia venía de suyo: La democracia sería, casi, un subproducto de la modernización. Al transformarse la estructura social, los grupos se organizarían y querrían tener presencia política, y por lo tanto, demandarían una forma democrática. En cambio hoy día, el tema de la democracia pasa a ser un tema central y exige una reflexión particular de sus componentes, de sus significaciones y de sus viabilidades.

La temática de la democracia y de la opción democrática, ya no es tan sólo algo vinculado y desprendido del proceso de modernización; ni es tan sólo preocupación por formas de participación adecuadas, sino que es, y además, la respuesta a una experiencia política latinoamericana como fue y es la experiencia autoritaria. La búsqueda de una alternativa democrática es también un intento de respuesta a la experiencia político social latinoamericana del autoritarismo.

La concentración de la riqueza y la exclusión de la participación de vastos sectores; la coacción de los trabajadores; la negación y no satisfacción de las demandas populares; la supresión del régimen constitucional y del régimen de derecho; la supresión del régimen electoral, del régimen de partidos, del régimen de libertades ciudadanas, todos estos fueron, y son elementos que connotan a los regímenes autoritarios. La búsqueda de una alternativa democrática es en gran medida también, un intento a dar respuesta a estas experiencias que significaron no presencia de partido, no presencia o no existencia de libertades ciudadanas, coacción sobre los trabajadores, etc.

Otro de los temas que también surge con respecto a las alternativas y a las formas que pueda asumir la democracia, es que, junto con los regímenes autoritarios se ha dado una presencia significativa de las multinacionales, presencia que en

alguna medida implicaba cierto reforzamiento del autoritarismo. A la presencia de estas empresas se ha ligado una pérdida de la soberanía nacional: las decisiones importantes, en el orden económico, no son tomadas "nacionalmente" sino que pasan a depender de otras instancias externas.

Ha sido también uno de los rasgos de caracterización del autoritarismo su rasgo defensivo. En algún modo, el autoritarismo surge no tan solo como un producto o un subproducto del tipo de desarrollo capitalista; sino, como el intento efectivo de frenar la presencia de masas. No tan solo el capitalismo que se desarrolla, es quien genera autoritarismo, sino que es precisamente, a la presencia de masas y a las demandas políticas populares, a las que el autoritarismo intenta frenar y borrar.

Hay toda una revalorización de la idea democrática en América Latina que surge a raíz de la experiencia autoritaria.

5. ¿RECUPERACION DEMOCRATICA O CREACION DEMOCRATICA?

Es ya bastante generalizado atribuir especial significado al tema de la democracia en América Latina. Pero, ¿de qué modo se está planteando? A veces se afirma que el gran problema de América Latina es "recuperar" la democracia. Después de una revisión histórica pareciera tener razón Fernando Cardoso cuando se pregunta ¿"qué experiencia democrática vamos a recuperar en América Latina"?

En cierto modo, una idea de recuperación democrática tendría validez formalmente, en los clásicos ejemplos (ahora históricos) de Chile, Uruguay y en el de Costa Rica. Pero, para el conjunto de la región la experiencia de régimen democrático formal es la excepción con respecto a la regla.

La idea de recuperación democrática también tiene otra serie de bemoles. De hecho, en los momentos en que la democracia funcionó en algunos lados, su característica fue el carácter manipulado de esa democracia, el fraude, y la capacidad de manipulación del régimen de partidos.

De modo entonces, que al pensar en el conjunto de América Latina pareciera ser más adecuado que el tema sea *cómo constituir formas democráticas*. La discusión presenta dos vertientes en este momento. En una de ellas, la

preocupación mayor es la de marcar los "límites" de la democracia. Su problema pasa por inquirir hasta dónde es posible el ejercicio de la democracia, y que límites deben ser impuestos por la eficiencia o eficacia. Se postula que no podemos democratizarlo todo, que ciertas decisiones son puramente técnicas y que ello impone necesariamente, límites a la participación.

Otra vertiente alude más bien a la idea de la profundización democrática. Allí, el problema es cómo plantear la demanda democrática en diversas áreas, como por ejemplo en la economía, y no asumir por el contrario a la economía como un límite al ejercicio de la democracia. El supuesto es que la empresa es de hecho una forma autoritaria y no democrática; por lo tanto cabría introducir una dimensión de democratización al interior mismo de la empresa. Se asume en esta concepción que dado que el funcionamiento de la economía como tal, es un funcionamiento no democrático, el problema fundamental es cómo introducir elementos de democratización en el funcionamiento del conjunto de la economía. La economía no se asume como un límite, sino que se replantea el problema y se incorpora la demanda democrática a la economía.

Algo similar sucede con los problemas de la participación democrática en la sociedad: ¿cómo introducir a nivel de las dimensiones reales de la sociedad una instancia de democratización?

Así, por ejemplo respecto a los medios de comunicación de masas, el problema es cómo democratizar el ejercicio o el uso de los medios de comunicación de masas. Cómo democratizar la educación, no entendiéndolo con ello el puro problema del acceso a la educación. Democracia educacional es también tener capacidad para decidir acerca de qué contenidos, qué tipo de formación, qué alternativas de formación se entregará a la comunidad.

Otro gran tema, es el de la demanda democrática en el interior del sistema político. El sistema político, y sobre todo el sistema político latinoamericano tendió a ser poco democrático, incluyendo en esto la estructura de los partidos políticos.

Si bien, y aunque no exclusivamente, los problemas claves de la democratización en América Latina son quizás precisamente los señalados, conviene referirlos a los temas del Estado y la Nación para su mejor comprensión. Específicamente, a los problemas de la acción del Estado, al problema del sistema político y del sistema institucional.

Como puede apreciarse, existe un replanteo apreciable en torno a lo que ha sido el pensamiento social latinoamericano. Si la anterior preocupación giró estrechamente vinculada al tema del desarrollo, la actual preocupación lleva un fuerte peso de lo político.

6. CREACION Y COMPROMISO DEMOCRATICO POPULAR

En los años comprendidos entre 1945 y la década de los 60 la gran cuestión respecto al desarrollo era en cuanto a qué sectores deberían o lo llevaban efectivamente a cabo. La respuesta fue invariablemente: "Los sectores medios". El problema que se planteaba respecto a los sectores populares, era el de integración. Con respecto al tema de la democratización, también la pregunta fue quién la lleva o debería llevarla a cabo. En este punto parece conveniente plantearse el tema del movimiento popular ya no en la dimensión anterior de cómo el movimiento popular se inserta dentro de algo que otros hacen; sino buscando cuál es el papel protagónico del movimiento popular frente a los procesos de creación de nuevos sistemas de relaciones sociales, de nuevas formas políticas y nuevas opciones democráticas.

En suma, se trata de averiguar, qué capacidad manifiestan los sectores populares, para proponer un orden político alternativo. Y puesto más tajantemente, qué capacidad tiene el movimiento popular para superar la unilateralidad y la falsedad de la experiencia democrática anterior. Toda una corriente ideológica intentó negar el valor de la democracia en tanto que, de hecho funcionaba para algunos y para grandes mayorías no. Era, por lo tanto, unilateral. Por otra parte, se señalaba que la democracia no es nada más que la forma de instrumentar la dominación de una clase sobre otra.

Conviene recordar un viejo tema de Lukacs. Señala que es cierto que la Revolución Francesa fue la Revolución Burguesa, pero que los temas de igualdad, libertad y fraternidad, no son puros temas de la burguesía. Es obvio que la Revolución Burguesa falsea la fraternidad y falsea la libertad; pero, no son puros temas de la burguesía. Es obvio que la Revolución Burguesa falsea la fraternidad y falsea la libertad; pero, no, porque la burguesía las falsee, el movimiento alternativo a la

Revolución Burguesa tendrá que asumir que la libertad no existe, que la igualdad no existe y que la fraternidad tampoco.

El problema del movimiento alternativo viene a ser en cómo las asume para sí mismo, y en cómo las asume en cuanto a dimensión global, y en cuanto proyecto general para la sociedad.

Trasladándose a nuestro ámbito, el gran tema sería: ¿qué capacidad tiene el movimiento popular latinoamericano, a partir de su propia experiencia, para superar las dimensiones de falsedad existentes en la anterior experiencia democrática? En otras palabras, en qué medida los sectores populares son sujetos y no objetos de la democracia. Y eso implica, dentro de las preocupaciones actuales, una recuperación de la historia latinoamericana que hasta ahora ha sido concebida como una historia de los dominadores, en donde la sola historia de los grupos dominados es sufrir la dominación.

Es imprescindible al tema de las alternativas democráticas que los sectores populares recuperen su propia historia, que es fundamentalmente la historia de sus luchas por conseguir formas de democratización. En muy importante medida en América Latina, los procesos de democratización casi nunca fueron regalos gratuitos de los sectores dominantes latinoamericanos: fueron conquistas populares. De modo entonces que, al plantearse el problema de la democracia y de sus alternativas, es posible y conveniente partir de la experiencia de los que se esforzaron por obtenerla lo cual lleva a una recuperación de sujetos de la historia de manera distinta. Los sectores populares han sido sujetos de un esfuerzo continuo por democratización, y no puro objeto de dominación.

Otros temas no menos importantes serían, determinar en qué medida los derechos formales de la democracia pasan a ser valorados como reales conquistas de los grupos populares, y por consiguiente, en qué medida éstos se comprometen con los mismos; y, qué importancia tiene para los sectores populares, la definición del sistema político, de las formas de legitimidad, de los regímenes de gobierno, etc. Generalmente la visión que tenemos de lo que es la historia del movimiento popular latinoamericano apunta a que el interés de los sectores populares por la forma democrática casi nunca existió; que sus demandas se limitaban a viviendas, trabajo y educación. No hemos subrayado sino muy ligeramente, que también tenían demandas políticas, ni cuáles han sido las formas en que se expresaron.

III. ESTILO ALTERNATIVO DE DESARROLLO Y SISTEMA POLITICO. OBSTACULOS A LA OPCION DE PLANIFICACION

De un modo u otro, todas las formas de plantear un "estilo" alternativo suponen no solamente la capacidad de encontrar condiciones estructurales que posibiliten su viabilidad, sino que, además, se requiere considerar algún grado de planificación para su puesta en marcha. En general existe plena conciencia de que las alternativas de planificación constituyen en sí mismas, opciones políticas, lo que muchas veces ha significado un prudente no pronunciamiento sobre el tema. No obstante, creemos que se impone una pequeña reflexión sobre la experiencia acumulada y sobre las connotaciones políticas que le son implícitas.

1. DISTORSIONES DEL SISTEMA DE PARTIDOS

En pocos países latinoamericanos se puede constatar la presencia de una estructura partidaria moderna. Los partidos políticos difícilmente expresan intereses sociales definidos y sus formas de organización los asimilan más bien a "movimientos" que a estrictas estructuras partidarias. Incluso, puede a veces señalarse una cierta tendencia a la permanencia de partidos tradicionales y una gran dificultad en crear nuevos partidos que sean más representativos de las nuevas formas sociales que en el transcurso histórico de América Latina han ido surgiendo.

Esta no-expresión política de las nuevas fuerzas, contribuyó a que los partidos muchas veces aparecieran con rasgos de indiferenciación en el plano de las ideas. La misma estructura de los partidos, que descansaba bastante en un sistema de "caudillos", hacía posible que existieran dentro de él una variada gama de posturas doctrinales las que, por razones de conveniencia electoral o de otro orden, se acostumbraban a la convivencia. Puede decirse que, consciente o inconscientemente, los partidos tendían a dejar de lado la expresión de conflictos sociales que pudieran poner en peligro su precaria articulación y la convivencia lograda.

Frecuentemente, la alineación política, al nivel de las masas, fue más bien detrás de los símbolos de los partidos, con

una débil conciencia de su contenido real. De ahí también que no existiera muchas veces en las masas, una diferenciación clara en la adhesión política, desde un punto de vista socio-económico. Esta heterogeneidad social en el interior de los partidos, pesaba de modo tal, que impidió que éstos asumieran auténticamente las demandas sociales y que trataran de satisfacerlas realmente. El hecho de que los partidos fueran inexpressivos de intereses reales influía también en que los acuerdos políticos no alcanzaran casi nunca el grado de verdaderas soluciones a los problemas que se presentaban.

Esta situación de no-representación verdadera de intereses sociales concretos condujo a una hipertrofia de la actividad parlamentaria: si el partido sólo se fortifica proporcionando acceso al ejercicio, uso y abuso del poder, más que por constituir la reivindicación sostenida de una demanda, es evidente que sólo constituirá como política, las convocatorias electorales. En suma, los partidos vivían de las elecciones y para las elecciones.

Esta heterogeneidad de los partidos, su vaguedad de principios y su inconsecuencia en la capacidad de representación social, conduce a que, como varios autores lo han señalado, fueran, a veces, más significativas las diferencias intrapartidos que las que pueden existir interpartidos. "...puede haber más diferencias entre un colorado y otro colorado, entre un nacionalista y otro que entre un 'colorado' y un 'blanco...'"

La estructura misma de los partidos, hace casi inexistente el funcionamiento de una militancia regular e, incluso, el financiamiento de las actividades permanentes o de las campañas electorales, queda entregado a la capacidad de "notables" que aprovechan la circunstancia para reforzar su peso y reivindicar autonomías que, en la práctica, significan la imposibilidad de articular una línea coherente a nivel nacional. Como contrapartida, adquieren peso excesivo los localismos y la capacidad de éstos de condicionar la política general. Las estructuras caudillescas y localistas impiden también un respaldo serio y masivo a una determinada política o gestión de gobierno. Si a esto se suma que la movilización política sólo es efectiva en períodos electorales, fácil resulta inferir que el respaldo necesario para una gestión continuada, casi nunca logró existir. De ahí pues, que se presentara como inevitable una concepción de la política cuyo rasgo era el acomodo y la manipulación.

Las estructuras políticas tradicionales son y han sido marginalizadoras. Sirva de ejemplo el caso colombiano donde, co-

mo es sabido, la abstención electoral alcanza cifras sorprendentes. Esta ha sido interpretada a partir de dos hipótesis: una, quiere ver en la abstención la prueba de un alto grado de despolitización y apatía ^{5/}; la otra, encuentra en ella la manifestación de un malestar e inconformismo creciente.

Quienes suscriben la primera interpretación deducen que la despolitización es un efecto buscado por los propios partidos. A través de ella se lograría reducir las posibilidades de alternativas, puesto que, evitando la movilización política se crean condiciones que contribuyen a un desinterés por la cosa pública, posibilitando la continuidad del sistema tal y cual éste es. Los que enfatizan la segunda hipótesis, deducen en cambio que la abstención estaría demostrando la incapacidad para integrar políticamente al sistema actual a las grandes masas ya desalienadas. Estas, constituirían un potencial movilizadísimo sobre el cual apoyar un nuevo movimiento.

En suma, las funciones esperables de articulación, expresión, representación y movilización política de los partidos políticos se ven distorsionadas, cuando no negadas, por los ya apuntados rasgos de heterogeneidad social, inexpressividad de intereses, hipertrofia parlamentaria, electoralismo, rigideces orgánicas y otras. Pareciera ineludible una revisión del sistema partidario en cuanto obstáculo a la opción de planificación con miras a la implementación de un nuevo estilo.

2. CARACTER DISTORSIONADO DE LA INCORPORACION DE LAS CLASES POPULARES

En muy pocas ocasiones las clases populares accedieron a la ciudadanía con autonomía de comportamiento y orientaciones políticas propias. En general su incorporación se caracterizó más por la manipulación a que fueron sometidos, que por su propia expresividad. A ello contribuyó, con mucho, la debilidad política de los regímenes en los cuales esa incorporación tuvo lugar, debilidad que intentaba corregirse por una super valoración del poder personal y por la presentación de un Estado con capacidad casi omnímoda. El movimiento político popular, tenderá por consiguiente a la personalización, a depositar todas sus esperanzas en la acción del Estado y a no atribuir demasiada importancia a las ideologías. La pugna política es percibida más bien como una lucha entre personalidades, lo que oscurece y distorsiona los motivos doctrinarios.

La mayor parte de los análisis sobre la conducta política popular ha enfatizado sobre sus aspectos negativos: ausencia de conciencia de clase; identificación de las masas populares con ideologías "supra clasistas"; ausencia de un comportamiento político racional; ausencia de representación política propia. Todas estas ausencias eran la contrapartida de otros tantos comportamientos concretos: sumisión a liderazgos personalistas, identificación con líderes provenientes de otras clases, etc.

Estas interpretaciones surgen, probablemente de la heterogeneidad en la composición social de las clases populares, situación que dificulta grandemente una toma de conciencia de intereses comunes. Por otra parte la incorporación política de los sectores populares se dio conjuntamente con un movimiento de ascenso y movilidad individual. La falta de autorrepresentación y falta de "conciencia" podrían encontrar inicios de explicación en lo señalado. Así, como las circunstancias históricas en que se dio la formación social de las clases populares explicarían su disponibilidad para una forma de participación bajo manipulación populista.

3. INADECUACION DEL SISTEMA INSTITUCIONAL DE REPRESENTACION

La institucionalidad política latinoamericana a menudo aparece como ineficiente para enfrentar procesos de desarrollo social. La mayor parte de las instituciones jurídicas han sido diseñadas para una lenta evolución y no son capaces de responder a cambios sociales profundos, razón principal por la cual están condenadas a la crisis, al radicalizarse el proceso político. Brevemente, y para citar un ejemplo, en Chile, la Cámara de Diputados se elegía a partir de los datos censales de 1930, que consagraban representaciones provinciales ya totalmente inexistentes y correspondientes a otra relación histórica campo-ciudad, sucediendo que una agrupación eligiera varias veces más representantes que otra, pese a contar con una población real infinitamente menor.

Esta situación no es muy diferente en la región.

Por otra parte, en muchos países, el apoyo electoral del poder ejecutivo, figura principal del sistema político, está, claramente, constituido por una minoría. Lo que despierta problemática contradicción con las formas parlamentarias vi-

gentes a que se hizo mención en el punto anterior. Cabría agregar, aunque sea solamente a modo enunciativo, dos temas de profunda incidencia en esta rigidización del sistema institucional: el Centralismo y la Burocracia. Cómo afectan a la planificación para la constitución de un estilo alternativo de desarrollo, deberá ser objeto de un análisis más exhaustivo que lo que estas páginas permiten.

4. PROCESO POLITICO Y VIABILIDAD DE LA PLANIFICACION

La planificación latinoamericana se caracteriza por reconocer que el capital es un factor estratégico en el desarrollo de la economía de la región, teniendo en cuenta su escasez relativa. Por consiguiente, se intentaba medir la productividad de este factor, en el conjunto de la economía nacional y en los distintos sectores de producción. La estrategia consistía en orientar el gasto público hacia una inversión racional en proyectos de desarrollo. Este esquema simple, empezó muy pronto a mostrar complicaciones que se relacionaban estrechamente con las características del proceso social y del proceso político.

En la mayor parte de los países, la introducción concreta de la planificación se llevó a cabo como un intento de resolver una crisis económica y, a la vez, política, lo que implicó que las características y modalidades del pacto político, en que la planificación tenía lugar, marcara los límites y posibilidades de la misma.

Por otra parte, la planificación era exigida como requisito indispensable para el otorgamiento de créditos por las agencias de financiamiento externo. Como es obvio, también la planificación estará marcada por la necesidad de adecuarse a este tipo de demandas.

También en el plano interno, ciertos sectores sociales, empresarios, sectores medios, sectores populares, etc. presionaban para que el Estado adoptara, en las medidas de planificación, orientaciones favorables a sus propios intereses.

Los aspectos reseñados muestran cómo la planificación pasaba a depender de las condiciones políticas. La imposibilidad de la realización plena de la reforma agraria es el ejemplo más concreto del límite político puesto a la planificación. Los argumentos de racionalidad económica, necesidad estructural, chocaban necesariamente con los intereses sociales y políticos de

los distintos grupos. En la relación entre política y planificación, numerosos estudios sobre los resultados de ésta en América Latina han señalado las dificultades encontradas: oposición entre racionalidad técnica y racionalidad política; ausencia de interés de los partidos por los temas de la planificación; falta de participación política de las masas. Sin embargo, estos hechos encuentran explicación en la práctica política concreta de América Latina, en donde no han sido ajenos los procesos de exclusión deliberada de determinados grupos sociales y políticos.

Por otra parte, la posibilidad de la planificación tiene como supuesto una relativa estabilidad, puesto que su acción se ejecuta a través de un tiempo prospectivo. Para citar el caso de Argentina; "durante la década que transcurre entre 1963 y 1973, los planes nacionales de desarrollo se sucedieron sin solución de continuidad. Hubo un plan previsto para 1965-69; otro proyecto de plan que se extendía entre 1970-74; por fin un plan aprobado para el quinquenio 71-75, al que se le yuxtapuso un plan trienal para 1973-76. Durante estos años, por otra parte ocuparon la escena tres regímenes políticos (1963-1966; 1966-1973; 1973-1976), nueve presidentes y quince ministros de economía y hacienda según los casos".

La política latinoamericana, cuando se abrió al juego electoral e incluso en los casos que no fue así, estuvo siempre cargada de incertidumbre y sujeta a bruscos cambios, que poco podían compatibilizarse con la intención de racionalidad de la planificación. Los partidos políticos, como se ha mencionado, difícilmente presentaban opciones claras, siendo muchas veces una suma de intereses heterogéneos que ni ellos mismos coordinaban bien. Malamente podía pedírseles que fueran el aval de opciones claras. Más aún, por encima de los partidos, las organizaciones corporativas, empresariales u otras no establecían relaciones de cooperación con el régimen político, insistiendo en tácticas de presión que sólo representaban intereses sectoriales. La resistencia a la planificación era el producto de "la negación del poder político como factor capaz de integrar, por medios de decisiones públicas efectivas la constelación de poderes sociales y económicos". En suma "se negaba la función universal del Estado".

Recuperando lo dicho inicialmente, no podrá pensarse en nuevos estilos alternativos sin asegurar al menos algún grado de planificación. Esta es una necesidad del nuevo estilo. Pero, para ello, es necesario también repensar la planificación misma, en términos democráticos y populares.

IV. NUEVAS FORMAS DE COMPORTAMIENTO POLITICO OBRERO. SU SIGNIFICACION

1. LOS NUEVOS TEMAS EN EL ANALISIS DE LOS SECTORES OBREROS

Ya se ha dicho que, por lo general, en la perspectiva del "desarrollo" tendió a concebirse la significación del grupo obrero desde la perspectiva de "mano de obra". Los problemas se refirieron a la formación de obreros industriales, a la capacidad de adaptación tecnológica, adaptación a la empresa, u otros similares. En relación al comportamiento político, la preferencia estuvo en relación a movimientos político-sociales tales como el populismo en sus distintas variantes: Populismo brasileño, peronismo, ibañismo, y otros similares. Los rasgos que mayormente han llamado la atención en estos movimientos son los de dependencia frente al Estado, de predominio de un comportamiento de masas, de formas burocráticas en la organización sindical y de carencia de autonomía en la formulación de una política obrera.

Ya en el marco de una preocupación por estilos alternativos, deberemos preocuparnos del nuevo comportamiento político esperable en los sectores obreros. Es así como algunas investigaciones recientes trataron de encontrar y analizar ejemplos de "ruptura" con el comportamiento político obrero y las prácticas políticas de la historia inmediata.

Los nuevos conceptos que empiezan a surgir como significativos para la comprensión del movimiento laboral, no significan que los anteriormente utilizados sean necesariamente erróneos. No se trata de promover una nueva interpretación, totalmente distinta de los fenómenos pasados, y a través de una conceptualización que se considera más adecuada o más acertada; los conceptos que se utilizaron, siguen siendo válidos, en la medida en que aparecen referidos al contexto en que surgieron. No obstante, el cambio que se percibe en la situación obliga, a veces, a destacar en la referencia al pasado, algunos temas y problemas que en ese momento todavía no adquirían relieve o significación.

La novedad de la situación, estriba en la percepción de una fuerte tendencia a la autonomía del movimiento obrero y, en que la preocupación por "sus posibilidades", más que por sus condicionamientos o determinantes, pasan a ser el punto clave. Incluso, podría decirse que el problema que actualmente pre-

ocupa más, es el de la posibilidad del socialismo, como política autónoma del movimiento obrero. No quiere decirse con esto que él antes no haya sido una alternativa real, lo que sería un imperdonable error histórico; por el contrario, lo que ahora se evidencia, es que estos nuevos comportamientos de los sectores obreros, aclaran y dan un nuevo sentido a la alternativa popular.

2. ALGUNAS EXPERIENCIAS DEL NUEVO COMPORTAMIENTO OBRERO

Algunos autores muestran cómo es que ciertas prácticas obreras significan rupturas con la orientación política y sindical tradicional en el movimiento obrero.

Una de estas experiencias es expuesta por Weffort en un análisis que realizó sobre las huelgas de Contagem y Osasco ⁶¹.

En estas huelgas, que tuvieron lugar el año 1968 y en el carácter que asumieron ve, el autor, un punto de ruptura con la larga tradición política del movimiento obrero brasileño. La diferencia la atribuye, no a la cantidad de obreros involucrados, ni a los efectos de las huelgas mismas, sino al sentido que al movimiento de protesta le otorgaron los propios actores. Entre los rasgos principales que Weffort destaca y que contribuyen a la diferenciación del movimiento, se cita las formas inusualmente agresivas que asume la protesta, tales como la ocupación de fábricas y toma de rehenes, no usuales con anterioridad, y que implican una ruptura con la tradición populista del movimiento obrero, que había asumido un rasgo más bien civilista y pacífico, rasgo que, a su juicio, habría perdurado después del golpe de 1964.

Por otra parte, se marca una clara orientación política aunque todavía expresada en la reivindicación de alza de salarios, puesto que las demandas buscan quebrar los límites oficialmente fijados a los salarios; además de ocurrir al margen de la institucionalidad prevista para tal tipo de conflicto, y en un momento que no es el considerado como normal para tales reivindicaciones. Esto, a juicio del autor, se constituye en desafío y negación de lo instituido.

Se anota en el trabajo, que no se trata en este caso de una simple recuperación de la capacidad de reivindicación que el movimiento sindical poseía antes de 1964; las características

apuntadas constituyen, a juicio de Weffort, diferencias cualitativas con la situación y movimiento obrero vigente hasta el cambio de régimen.

El tema que preocupa al autor es el de saber si estos movimientos representan, o no, las señales de una reorientación radical del movimiento obrero. La respuesta no es fácil, dado que si bien puede señalarse la emergencia de nuevas formas de organización las "comisiones de fábrica" por ejemplo, también es posible percibir que el movimiento permanece, en muchos aspectos, aprisionado en la estructura sindical oficial. La tesis sustentada en el estudio, es que las huelgas de Contagem y Osasco asumen, como significado, una tentativa de reorientación del conjunto del movimiento obrero; adoptando éste una línea de acción de clase y de independencia ante el Estado y la burguesía.

Con ello se marcaría una diferencia nítida con respecto del comportamiento populista, cuyos rasgos, en términos de política obrera, eran precisamente los contrarios: predominio de un comportamiento de masas en donde la orientación de clases aparece disuelta; extrema dependencia de la acción del Estado y, hegemónicamente dominada por la ideología de la burguesía.

Dicha transformación, se subraya además, tiene lugar en un contexto en que el régimen político corresponde a la hegemonía de la gran empresa y que excluye a la clase obrera. Las huelgas plantean el problema de la significación real de la estructura sindical oficial dentro de este contexto y, plantean además, el problema de dilucidar las nuevas posibilidades de orientación del movimiento obrero en tal situación.

No abandona el análisis, la explicitación de las condiciones estructurales de los grupos obreros que emprenden la transformación. Estos pertenecen a la gran empresa automovilística, caracterizada por un importante grado de concentración industrial.

Los movimientos de Contagem y Osasco son producto del desarrollo del sistema capitalista en sus núcleos más dinámicos; señalándose incluso que las características de "modernidad" de la empresa se relacionan con las formas en que se reestructura la organización del movimiento obrero. Surgen allí, las "comisiones de fábrica" que transforman la estructura política tradicional del sindicato. La gran empresa introduce cambios en la estructura de la clase obrera; pero a la vez requiere, para una administración eficiente, una forma de representación obrera distinta. La organización sindical, se sostiene,

heredada del régimen populista anterior, está obligada a sufrir cambios radicales debido, tanto a las presiones obreras, como a las propias conveniencias empresariales.

Junto a las transformaciones estructurales que aparecen explicando el cambio, se señala, además, la incidencia de importantes hechos políticos. La política de comprensión salarial sustentada por el gobierno, sólo podía ser modificada por presión obrera: pero el liderazgo sindical oficial, restringido a una suerte de funciones burocráticas-administrativas y asistenciales definidas legalmente, no era capaz de actuar como instrumento de movilización y defensa de la clase obrera. Más aún, el recorte absoluto de las funciones del liderazgo sindical, le impedía, al mismo tiempo, tener un mínimo de capacidad para actuar como instrumento de control sobre las demandas de la clase. En una situación de conflicto, en la cual los mecanismos legales de regulación eran sobrepasados, el sindicato oficial era absolutamente impotente, ya sea para movilizar, como también para controlar. El único papel posible, y esto con dificultad, era el de actuar como mecanismo de mediación.

La función típica del sindicalismo en el período populista consistía en un compromiso entre las funciones de movilización y las funciones de control. En el estudio se señala que, en casos estudiados, la movilización y el control son asumidos por grupos u organizaciones externas a la estructura sindical oficial: la movilización, a cargo de las propias masas; el control, a cargo de la policía.

El autor destaca que los movimientos de Contagem y Osasco, pese a utilizar los sindicatos, deben sin embargo su vitalidad a esfuerzos políticos y organizacionales que son extrasindicales: nacen como embriones de organización autónoma, cuyo ejemplo serían las comisiones de fábrica; o como espontaneísmo obrero. Pese a todo, los esfuerzos de autonomía no fueron suficientes.

No obstante, las huelgas representarían instancias o ejemplos de una situación de transición caracterizada por el paso de formas dependientes de organización, a formas autónomas. Esto, se afirma, constituiría una reorientación cualitativa de la historia del movimiento obrero. Los problemas que allí se plantearon, hacía tiempo maduraban en la clase obrera. La tradición sindical y política del movimiento obrero brasileño, de colaboración de clases y de dependencia frente al Estado, aparecía fuertemente contestada en esta experiencia. Permanecerá como problema, saber si este movimiento es, como tal, capaz de

crecer a partir de las condiciones estructurales apuntadas, y de sobrepasar sus propias herencias históricas además de las dificultades que le opone el régimen político.

Otro ejemplo de análisis referido a las transformaciones en la orientación del movimiento obrero, lo constituyen estudios referidos al Cordobazo, en donde no sólo se ha puesto de relieve los nuevos comportamientos de los grupos obreros industriales, sino también los cambios experimentados por otros actores sociales, como los sectores medios, grupos estudiantiles, partidos políticos, etc.

Entre los trabajos realizados, destacaremos el de *Francisco J. Delich*⁷¹, quien se refiere específicamente al tema.

Este movimiento supera la pura movilización obrera y se expande a vastos sectores sociales. Hecho destacado es que las organizaciones obreras tradicionales son desbordadas en la práctica y que los partidos políticos no alcanzan injerencia en la movilización. Estos no son desbordados sino simplemente marginados.

Respecto a la clase obrera, se constatan las diferenciaciones existentes en su seno: Algunos conjuntos obreros pertenecen a los sectores industriales más desarrollados, como es el caso de los obreros de la industria automovilística; otros, pertenecen a sectores más tradicionales, o menos modernos. La diferenciación implica posibilidades distintas respecto al impacto global de los movimientos generados por estos grupos.

Los obreros del primer grupo, no son a menudo los más combativos, pero sus acciones ponen en jaque al conjunto del moderno sistema económico, por lo que el grado de peligrosidad de sus acciones, es siempre considerable. A menudo se ha señalado que estos grupos relativamente privilegiados, tendían a un comportamiento pasivo en función de las mismas ventajas relativas de que disfrutaban; no obstante, el autor sostiene que, en ese mismo hecho, puede encontrarse un principio de explicación del nuevo comportamiento obrero.

Estos tendrían proyectos más ambiciosos y reivindicaciones más altas, en la medida en que las demandas mínimas habrían sido obtenidas ya definitivamente. Sus objetivos se sitúan en un nivel en donde se trata de obtener, a la vez que mejores condiciones de trabajo, algún grado de participación y control ya no solamente a nivel de la empresa, sino a nivel de la sociedad. En tal medida, su reivindicación es una reivindicación formulada en el ámbito de la política. El conflicto que

expresan desborda los límites usuales. La clase obrera en su conjunto pasó, de este modo, a ser liderizada por los grupos pertenecientes a las industrias de avanzada.

La particularidad del caso cordobés estriba según el análisis en que, al nivel local, la burguesía dominante no correspondía a los segmentos industriales más desarrollados; por lo que los obreros, a nivel social, no encontraban un interlocutor válido. Coyunturalmente, tampoco se contaba con un interlocutor a nivel político, debido a las características del gobierno local en ese momento existente. En suma, era en el movimiento obrero mismo donde se encontraban las fuerzas más dinámicas, debido a lo cual, los sindicatos locales más modernos tomaron el control de la situación y del movimiento, como única fuerza organizada y politizada a la vez. Esto no se encontraba exento de ambigüedades; la acción de los sindicatos tenía necesariamente fuertes límites, ya que se carecía de una organización política que prolongara los efectos del proceso inicial.

Lo que importa destacar es que puede encontrarse en este proceso la presencia de una fuerza social que niega mediante su acción la raíz misma del orden; que trata de construirse aunque sea contradictoriamente, esto es, a partir de negociaciones y afirmaciones que no son claras ni coherentes; que intenta un nuevo estilo de acción, afirma nuevas reivindicaciones, señala nuevos objetivos y postula nuevos valores.

En los hechos de Córdoba encuentra el autor un principio de ruptura en la dependencia de las organizaciones obreras con respecto al Estado; cosa que también se manifiesta como un distanciamiento respecto al tradicional comportamiento político de los obreros, agrupados en la Confederación General de Trabajadores de nivel nacional. Los acontecimientos condujeron a una situación en la que los dirigentes sindicales debían responder, tanto a las reivindicaciones inmediatas, puramente gremiales, como también a una estrategia política, y la dificultad estribaba en la articulación de ambas exigencias.

Los dirigentes sindicales no pueden renunciar a su rol específicamente sindical, ni apartarse por propia decisión de su medio, sin renunciar a la vez a su condición de dirigentes.

En los sucesos de Mayo, los partidos políticos, a nivel provincial, no fueron, ni apoyo significativo, ni factores de oposición.

Esto expresaría una crisis del propio sistema político argentino, hecho que va más allá del circunstancial congelamiento de la actividad partidista. En un comienzo, los partidos

políticos expresan adhesión, en la medida en que las acciones emprendidas no superaban los objetivos programáticos que se habían trazado para sí; más tarde, asumen una actitud de reticencia, en cuanto la conducta popular y la violencia traspusieron esos límites. Esta adhesión-reticencia de los partidos políticos, dejó abierto el camino para que los sindicatos tomaran el control de la situación y del movimiento; puesto que aparecieron como la fuerza organizada y, por el tipo de reivindicación asumida, a la vez politizada. Pero, la forma orgánica sindical no era la más apta para asumir tareas políticas. De modo que el movimiento, y el cambio de orientación de la conducta política obrera, no logró alcanzar su pleno desarrollo.

Si nos hemos detenido con mayor detalle en este acápite, es porque los estudios reseñados expresan fielmente, esta nueva preocupación por encontrar los rasgos de transformación del comportamiento político tradicional de los obreros latinoamericanos. Ello adquiere singular relevancia a la luz de la preocupación por el papel político-social de los sectores populares en estilos alternativos de desarrollo.

V. ESTILO ALTERNATIVO O TRANSFORMACION DEL SISTEMA

Punto muy importante en la discusión en torno a nuevos estilos es si la reflexión debe ceñirse a la idea de que "la mutación perseguida se plantea 'dentro' del encuadramiento establecido por el sistema y estructura existente" ⁸¹. Cosa que nos obligaría a la búsqueda de definiciones de los conceptos de sistema, estructura y estilo puesto que, cabe la posibilidad de que una transformación en el estilo lleva a una modificación del sistema y, quizá, al cambio del mismo. El tema es inevitable si se pretende abordar el problema de estilos alternativos desde la perspectiva del movimiento popular.

El supuesto implícito en nuestro análisis es que una demanda socialista, por confusamente que se haya expresado es parte esencial del movimiento popular latinoamericano. Por consiguiente, en la reflexión sobre la opción de estilo alternativo que incorpore a los sectores populares reales, necesariamente deberá figurar la forma en que esa demanda socialista se plantea.

Parte importante en la comprensión del estilo es la lógica política del mismo; o en otros términos, su dinámica. Aunque

podamos suponer ciertos consensos globales, obviamente existirán siempre opciones alternativas que si bien pueden no adquirir el carácter de conflictos irremediables, estarán siempre presentes como contraposiciones.

En el proceso latinoamericano siempre han existido, opciones de "sistemas alternativos". Es por eso que creemos útil una revisión sobre el problema de la opción socialista.

1. DEMANDA DEMOCRATICA, DEMANDA SOCIALISTA Y LA LOGICA POLITICA

Plantear el problema de la participación de los sectores populares implica, no sólo hacer referencia al hecho de que constituyen para la "sociedad" un conglomerado de personas a las cuales es necesario incorporar; sino que también significa la necesidad de preguntarse cuáles son y han sido las demandas de estas masas.

Las más de las veces estas demandas han sido, reducidas, en el análisis, a peticiones de incorporación a una vida ya existente; lo que da al problema una extraordinaria simplicidad. Los sectores populares han pedido trabajo, vivienda, salud y un mínimo de participación en la vida política. En esta perspectiva, la dificultad estribaba en saber si el proyecto en curso hacía o no viable tales demandas y modos de incorporación. ¿Era posible o no crear el número necesario de puestos de trabajo? ¿Se contaba o no con recursos económicos para poner en marcha un programa de viviendas? Las instituciones existentes resistían la ampliación que significaba la incorporación a ellas de nuevos grupos.

Ahora pensamos que, en esas demandas de "las masas", también había contenidos políticos, que no se reducían a una mayor participación en lo existente; sino que a través de distintas formas e ideologías políticas, las "masas" planteaban, además, alternativas de sociedad. Y es esto lo que da comprensión al tema de la "lógica política del proceso latinoamericano". El Estado, como forma y sistema de estructuración del poder, por parte de clases y grupos determinados, no sólo se pregunta a sí mismo cómo le es posible incorporar, a "su modo de ser", a la mayor parte de la población; sino que, también, cómo responde a proyectos de sociedad, distintos a los que él expuso, y que son alternativos.

El modo más tajante en donde una “alternativa de sociedad” aparece expresada, es el que asume el socialismo. A menudo se argumenta que esto sólo aparece expresado por minorías; que no es asumido por la totalidad de los sectores populares ni siquiera por la mayoría de quienes se suponen sus portadores, la clase obrera; y que, por lo demás, en el caso de América Latina, ha sido la más de las veces, sólo formulación de pequeños grupos intelectuales de escasa representación.

No obstante, el simple hecho de su posibilidad, ha definido y define, la “lógica política” de los Estados de nuestros países, y plantea con fuerza el problema de las alternativas democráticas. Por lo demás, en la medida en que los sectores populares han adoptado otras ideologías: nacionalismo, populismo u otras, se han hecho presentes en ellas, ciertas formas, aunque sea embrionarias, de alternativas socialistas.

2. EL PLANTEO DE LA OPCION SOCIALISTA. SU SIGNIFICACION HISTORICA

No se trata aquí de recobrar una secuencia —que tendría validez en otro contexto— que vaya desde los precursores del socialismo hasta las formas más acabadas de su planteamiento. Nos interesa recoger los problemas, no en su dimensión temporal, sino en la medida en que han planteado una cierta capacidad de desarrollar un proyecto propio, como también la intención de responder a proyectos diversos y a menudo antagónicos.

En los planteamientos teóricos más comunes en relación al surgimiento de la alternativa socialista, se señala que el surgimiento del capitalismo constituye, por sí mismo, la posibilidad del socialismo. La dominación burguesa no sólo impone contra otras fuerzas y modos anteriores de organización social, su forma de ser; sino que crea, también, la posibilidad de su propia superación. Pero, la dominación burguesa no es única e inmutable. Cambia y adopta distintas formas. Ello hace que las alternativas a ella planteadas, adquieran modos y expresiones distintas.

Un análisis bastante difundido en la intelección de la historia del socialismo es rastrear desde sus primeros balbuceos —“los precursores”— hasta alcanzar las formas más desarrolladas y perfectas del mismo. La fórmula “del socialismo utópico al socialismo científico” pareciera ser el paradigma de

tal concepción. Una marcha hacia el progreso, donde el socialismo se va despojando de sus "errores" para alcanzar su formulación exacta y definitiva.

Sin entrar en la discusión de la afirmación precedente, pareciera de interés comprender, en cada momento, la real significación histórica de la alternativa socialista. Los modos específicos de la formación capitalista y de la dominación burguesa plantean distintas posibilidades, en cada circunstancia, a la alternativa de sociedad que el socialismo implica. En otras palabras, y en referencia concreta a América Latina, en los años treinta y aun con anterioridad, en la mayor parte de los países latinoamericanos, las formas capitalistas, aunque existentes, aparecen entremezcladas con persistentes estructuras precapitalistas. Y no sólo en el agro; también en las estructuras institucionales, en el régimen político y en las formas culturales, presentan características de tradicionalismo que difícilmente corresponden a un modo "capitalista y burgués", en sentido estricto. No obstante, la reivindicación socialista es de extraordinaria fuerza ideológica. El movimiento obrero se asume como tal; lo mismo sucede en la juventud universitaria con su demanda de Reforma en los años 18 y 20, y en el carácter de la intelectualidad (hacemos referencia al socialismo en su sentido más amplio incluyendo al anarquismo o "socialismo libertario", como se decía en la época). No basta para explicar el hecho, la referencia a la adopción de una "moda"; sea porque era traída por los obreros de origen emigrante italianos, españoles, alemanes, o por el impacto a partir de los "veinte" de la Revolución Rusa. Tales acontecimientos tuvieron importancia, sin duda, pero lo valedero era que, a la dominación existente se oponía, como ideología y como alternativa, el "socialismo". Señalar que fueron solamente los "precursores" nada cuenta de su significación; pues eso los refiere a un presente actual, restándole significado a lo que fueron.

El surgimiento del "Estado moderno" en América Latina, que también se ubica por esas fechas, no responde sólo a la necesidad interna de transformarse; es también respuesta al surgimiento de una alternativa de sociedad expresada en las formulaciones socialistas. El "problema obrero", que pasa a ser preocupación de casi todos los Estados de la época, adquiere una particular connotación, no por el hecho de que "existen obreros", sino porque éstos se definen a sí mismos como "socialistas"; lo mismo sucede con la "modernización" de las instituciones políticas, con la universidad, y otras estructuras.

3. SOCIALISMO Y OPOSICIONES SOCIALES

Pero un hecho conviene destacar: hemos señalado que en un primer momento la alternativa socialista surge de una oposición básica: la contradicción entre oligarquía y "pueblo"; en donde el "pueblo" es indiferenciado y es la totalidad de él, la que puede realizar el socialismo. Otros grupos, sectores de la burguesía, sectores medios, que también son antioligárquicos, podrán transformar la oposición y sus alternativas, desarrollando en otro sentido el enfrentamiento a la oligarquía.

La dominación oligárquica es real; también lo es la alternativa del socialismo. El programa de modernización que se impulsará entonces, deberá tener en cuenta ambos términos.

La lógica política de los nuevos grupos que participan en el Estado, no sólo se comprende como la intención de modernización, sino que también tiene, como referencia, encarar el problema del socialismo tal como hasta ese momento había sido planteado. Y no pretendemos que se trata sólo de un problema de maquiavelismo político, de "cambiar algunas cosas para que todo permanezca igual". Es cierto que se señala que si algunas reformas no son introducidas, las consecuencias que podrían derivarse serían catastróficas. Ya ha aparecido la necesidad del "reformismo" con sus dos vertientes: una, que trata de salvar el máximo posible de lo existente; la otra, que trata de encararse a lo nuevo con el mínimo de riesgos y turbulencias. En el fondo el movimiento popular había planteado el problema de la revolución. Es frente a la Revolución que surge el reformismo y es claro que en él aparecerían sus dos caras. Pero, no por el hecho de que en algunos casos los intentos reformistas aparecen exitosos, ha dejado de plantearse el problema del socialismo. Revolución y socialismo, en el primer caso aparecían identificados.

El proceso de modernización que se liga al reformismo, da origen, en lo que a los sectores populares se refiere, a dos alternativas.

Cuando los sectores populares y obreros asumen el valor del reformismo, se da origen a un "reformismo obrero". El supuesto es que el conjunto de las transformaciones de la sociedad, van en la "dirección del socialismo", coincidiendo así el movimiento general de la sociedad, con la meta del socialismo.

La otra posibilidad es que aun valorándose la "modernización" como positiva para el conjunto de la sociedad, no obstante la alternativa socialista, queda reducida a la "clase obrera".

En otros términos, se admite un interés general: el “progreso” o “modernización”; y un interés particular, “el socialismo”, que sólo puede retomar su significado general cuando el progresismo o la modernización se agote.

El punto central en ambos es el carácter de la revolución. En el primer caso, revolución antioligárquica y socialismo aparecían identificados. La dominación oligárquica debía ser reemplazada, y la única opción para el conjunto de la sociedad —se postulaba— era el socialismo. En el segundo caso, la modernización es ya una opción para la sociedad.

La revolución socialista no podía postularse como la única alternativa; también está el reformismo que puede, con alguna probabilidad, llegar al socialismo.

El problema del socialismo en el ámbito de la modernización adquiere, pues, otra dimensión y esto se refleja en la relación que se establece con el conjunto de las distintas clases sociales. Si la “modernización” aparece como alternativa para el conjunto de la sociedad, es porque hay clases y grupos que la hacen posible y la asumen. Si, a través de la inmediatez de la revolución era posible el proponer a la mayoría de las clases y grupos la alternativa del socialismo, el que éstos hubieran adquirido otra perspectiva, obligaba a redefinir las proposiciones de alianza que se efectuaban.

A modo de ejemplo, encontramos que las formas histórico-concretas muestran sinnúmero de complejidades. En el caso del “cardenismo”, en el proceso mexicano, la nacionalización del petróleo no sólo tomaba un carácter progresista. Era, a la vez, por lo menos en las formulaciones de los discursos, una intención de socialismo. De igual modo, la agudización del proceso de la Reforma Agraria. Los éjidos no se postulaban sólo como modernización del agro, sino como inicio de procesos orientados hacia el socialismo en el campo.

En algunos momentos del Frente Popular chileno, ciertos avances políticos y que se expresan en políticas estatales, toman ese carácter; pero aquí, los avances tienen un carácter más ambiguo. La creación de algunos entes estatales, como la Corporación de Fomento, por ejemplo; los programas de Salud Pública, se formulan —aunque timidamente— en dirección al socialismo. No ocurre lo mismo con el problema agrario, para el cual sólo se pide modernización; y es tal la diferencia que se establece entre uno y otro sector, que los sectores obreros y los partidos políticos de izquierda —miembros de la coalición gobernante— se desentienden de su capacidad de acción en el

agro, para concentrar su esfuerzo en donde para ellos la modernización puede hacerse compatible con una perspectiva socialista. Los ejemplos podrían multiplicarse y mostrar a través de ellos los distintos matices en que ha estado incorporada la opción socialista.

4. LAS ALTERNATIVAS DEL PODER FRENTE A LA DEMANDA SOCIALISTA

Es un fenómeno interesante cómo se plantea el problema específico de la democracia, como sistema político e institucional, en la década del cuarenta y del cincuenta. Y aquí, la presencia de los sectores populares podría dar sentido a las opciones que se plantean. En algunos casos la dictadura pura y simple es la forma de detener la amenaza potencial que las masas significan; en otros casos, dictaduras de corte populista, rechazan los aspectos formales de la democracia y se justifican, señalando que los verdaderos intereses populares están en la satisfacción de sus demandas más inmediatas, con prescindencia de una institucionalidad democrática; por último, en otras situaciones se afirma que sólo la incorporación "democrática" de las masas hará posible conjugar una temida irrupción revolucionaria.

Son tres alternativas frente a la presencia de los sectores populares; pero las tres señalan, en el fondo, que no es sólo "la presencia de éstos" lo preocupante. En esa presencia misma se reconoce quiérase o no, una alternativa de sociedad.

El caso de la Revolución Cubana contribuye a esclarecer el problema. Saludada primero como recuperación democrática cuando el derrocamiento de la dictadura batistiana, se transforma, a poco andar, en peligrosa revolución socialista. No cabe aquí describir el conjunto de acontecimientos que llevaron a ello y la hicieron posible; pero sí, es indudable que volvió a plantear el problema del socialismo como alternativa de revolución. ¿A qué podía deberse este hecho? ¿A una insuficiencia de la modernización? ¿A un agotamiento de la misma? Quizás convendría buscar en el desarrollo de la modernización misma —y en las contradicciones que generó— la respuesta al problema.

Cierto es que, el simple hecho de la presencia de una Cuba socialista influyó poderosamente en generar una profunda des-

confianza en las ventajas de la sola modernización; fueron pocos los que tomaron en serio el hecho de que apresurar y aumentar la modernización, podía constituir una alternativa válida. De ahí la escasa confianza de los grupos dominantes a alternativas como la "Alianza para el Progreso". Las viejas fórmulas parecían, por ya probadas, como más seguras. Pero, también se intuía que la modernización misma, tal como se estaba llevando a cabo, replanteaba el tema de la inmediatez del socialismo. Y esto a contrapelo de las formulaciones teóricas de los mismos revolucionarios, quienes querían fundar el socialismo en el impulso revolucionario de los más desposeídos.

La misma modernización había hecho posible formas de organización más consistentes de los grupos obreros y de los grupos campesinos, ahí donde la reforma agraria había tenido lugar; y éstos no sólo eran parte satisfecha de una modernización que los beneficiaba, sino que representaban una fuerza real, a partir de la cual una alternativa de sociedad, ya no sólo era posible, sino que incluso tenía presencia.

Los sindicatos organizados, los partidos estructurados y el movimiento campesino, eran una amenaza más real —aunque no fuesen tan espectaculares— que la insurrección de marginales y postergados. Y todos estos fenómenos habían surgido con el proceso de modernización mismo.

Volviendo a nuestra inquietud más general, de búsqueda de un estilo alternativo que suponga democracia, tenemos que el problema de la democratización del poder se plantea en toda la estructura de la sociedad; en el aparato político; en la empresa; en las relaciones de propiedad. Por esta vía, el problema del socialismo se manifiesta como problema, en el seno mismo de la democracia. La lógica política se centra en un punto, y este es el poder social. Un estilo alternativo no escapará a este conflicto: para postularse como democrático tiene que incorporar el problema del socialismo.

5. HACIA UNA ALTERNATIVA NACIONAL PARA EL PROYECTO POPULAR. DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

Para finalizar el análisis, es significativo preguntarse acerca de la capacidad que tiene el movimiento popular, para plantear una alternativa que no sea tan sólo su propia alternativa, sino que se constituya como alternativa nacional.

En los años 20, en el caso chileno tuvo lugar un fuerte y robusto movimiento obrero que tendió, sin embargo, a encapsularse en un proyecto político que lo refería a sí mismo, que lo autoidentificaba, pero que difícilmente pudo traducirse en proyecto nacional. Aun cuando implicó un grado de identidad y conciencia muy alto, no logró, como decíamos, exteriorizarse al conjunto de la nación y su precio fue el aislamiento y la marginación.

Es por lo tanto, problema de máxima importancia, el modo como el movimiento popular puede plantear una alternativa que vaya más allá de la determinación de su propia identidad, y de que contemple la posibilidad de hacer a la vez, nacional, su propio proyecto.

Esto implica definir qué es lo popular. Y estamos usando a propósito el término popular y no clase obrera. ¿Qué es realmente lo popular en América Latina?, ¿es lo campesino?... ¿Es lo propiamente obrero?... ¿Qué es? Por otra parte, ¿alrededor de qué, el movimiento popular organiza su propio proyecto político? ¿Cómo conjuga el proyecto propio con el proyecto nacional? ¿En pugna con qué otros proyectos aparece? Porque, no tan sólo el movimiento popular genera un proyecto y lo propone al conjunto de la nación; sino que hay otros que también generan proyectos que proponen al conjunto de la nación. ¿Cómo se realiza esta capacidad de enfrentar la existencia de otros proyectos? ¿Cómo se niegan estos proyectos o cómo se entremezclan? Porque a veces, también es posible que de los distintos proyectos surjan opciones distintas.

Creemos que lo más importante a estudiar actualmente, es justamente los nuevos comportamientos populares que se han señalado, así como también sus proyecciones futuras en términos de un estilo alternativo. También creemos que la particularidad de la temática de este momento —y esto puede ser una apuesta—, está muy definida por el tema del socialismo y la democracia; y ya la cuestión viene a ser en qué medida, la demanda democrática popular es de algún modo, también, una demanda socialista.

Como hemos visto abundantemente, el problema de estilos alternativos surge con respecto a insatisfacciones del estilo de desarrollo vigente; y la mayor parte de estas insatisfacciones apuntan a ineficacias con respecto al carácter social del actual estilo. No puede dejarse entonces de concluir que en la actual demanda por democracia, se está apuntando a formas de socialización distintas.

No obstante —y eso no es un misterio para nadie— muchas veces la opción socialista pareció reñida con las formas democráticas; lo que obliga a plantearnos la relación existente entre estas dos dimensiones:

¿Cómo la demanda democrática se expresa como demanda socialista y cómo, a su vez, la demanda socialista surge como una demanda democrática?

Quizá la particularidad de la temática latinoamericana sea la búsqueda de la vinculación de estos dos temas, a partir, obviamente, de la perspectiva del movimiento popular y la capacidad de acción del mismo. Hay otras perspectivas posibles. Hay otros proyectos políticos posibles, pero, en gran medida, y desde una perspectiva del movimiento popular, su proyecto aparece en esa dimensión.

BIBLIOGRAFIA

- 1/ Ver especialmente artículos de J. Graciarena, M. Wolff, R. Prebisch, A. Pinto, publicados en diversos números de la Revista de CEPAL, N° 1 al N° 12.
- 2/ Alain Touraine, en entrevista periodística.
- 3/ José Medina Echavarría "Consideraciones Sociológicas sobre el desarrollo económico", Ed. Solar Hachette, Buenos Aires, 1964.
- 4/ Aníbal Pinto, "Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina" en Revista de la CEPAL.
- 5/ Joan Garcés, "La continuidad del sistema a través del cambio: el sistema bipartidista de Colombia", FLACSO, ELACP, Santiago, 1968.
- 6/ Francisco Weffort "Movimiento obrero y política en Brasil: Las huelgas de Contagem y Osasco", mimeo, CEDEC, Brazil, 1468
- 7/ Francisco J. Delich, "Crisis y protesta social: Córdoba, Marzo de 1969", Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- 8/ Aníbal Pinto, "Estilo de Desarrollo", Trimestre Económico, Julio—Septiembre 1978, México.

DEMOCRACIA Y
CENTRO POLITICO
EN AMERICA LATINA

Luis Verdesoto

INTRODUCCION

En este artículo queremos generalizar —en la medida de lo posible— varios temas que aparecen ligados de modo recurrentes a los procesos de redemocratización de varios países del área y a aquéllos que tienden a estabilizar sistemas democrático—representativos. La reflexión se centra en las características que asume la gestión política democrática cuando se opera a través de partidos y fuerzas de centro del espectro político.

Dos problemáticas configuran el artículo. De un lado, intentamos una definición de términos. Asumimos el riesgo de una definición incompleta y restrictiva. No obstante, es importante evitar peticiones de principio. De otro lado, la gestión política de los partidos y fuerzas de centro nos permite reflexionar críticamente sobre las alternativas que se le presentan. Pretendemos adentrarnos en un discurso próximo a la evaluación de la conducta política de los actores desde una perspectiva global, general y sin reconstruir los acontecimientos.

La democracia es entendida como participación de los actores y, particularmente, del movimiento popular en el hecho político. También planteamos la cuestión de la organicidad de la representación política, ya que el centro se autoimagina como una salida de modernización y reforma progresivas y, desde esta perspectiva, intenta orientar establemente los comportamientos de una amplia gama clasista.

Hemos limitado al mínimo las referencias concretas para evitar imprecisiones en la interpretación de las diversas coyunturas que, en todo caso, son más ricas que la generalización. También se han evitado las citas bibliográficas por el carácter ensayístico del artículo, al que no cabía revestirle de una sistematicidad que no la tiene.

Quito, febrero 1982

I. NOTAS PARA LA DEFINICION DE CENTRO POLITICO

1) La definición de centro que se presenta comúnmente en la literatura política latinoamericana es negativa. Se basa en cortes proporcionales a un espectro político cuya naturaleza es lineal. De este modo es fácil ubicar a los extremos. La gama de fuerzas políticas de orientación ideológica marxista constituye uno. En tanto el otro, lo forman los actores políticos que proponen una organización neoliberal de la economía y la política. En uno y otro extremo, el punto de contacto sería la prescindencia de formas democrático—representativas como medio final para conseguir la sociedad conservadora o la ruptura revolucionaria, en su caso.

Definidos los extremos, el campo intermedio estaría ocupado por las fuerzas políticas de centro. La proximidad o alejamiento de uno de los extremos califica a las opciones de centro. En este sentido la definición es negativa y no aporta contenidos con certeza científica y política. Tampoco lo hace la visión linealmente homogénea que, además, omite en su descripción la "calidad" de los períodos históricos por los que atraviesa una formación social.

2) Es evidente la variación histórica y coyuntural de la definición de centro político. No sólo cambian las opciones del espectro político en función de las tareas históricas que la sociedad se propone, sino varía la posición de las fuerzas frente a cada cuestión política. En el primer sentido, la fase de ascenso o descenso de una clase fundamental de una formación social y el grado de constitución política de los sujetos sociales definen la composición del espectro, que es necesariamente cualitativa.

En el segundo sentido, la opción que cada fuerza política adopte respecto a la contradicción principal en resolución definirá, en la situación concreta, su ubicación en el espectro para el período.

Tiempo y política, estructura y coyuntura, historia viva e historia muerta evidencian ante la mirada de la dirección política la composición del espectro, los campos amigos y enemigos y las fuerzas, condiciones y tareas que deben afrontar su táctica y su estrategia. Inversamente, la relación orgánica entre táctica y estrategia define al espectro político, en tanto la contradicción principal en resolución articula y levanta al primer lugar del escenario político a la contradicción fundamental.

3) Los discursos de los partidos de centro pueden ser clasificados, gruesamente, a partir del tipo de relación que se plantean con los extremos. Estas vinculaciones son y no pueden ser sino contingentes y se enmarcan necesariamente en la naturaleza "ternaria" de la lucha política estatal y social.

En este sentido, los entendemos como organizaciones políticas que pretenden descalificar a los extremos constituyéndose en tercera alternativa por medio de dos tácticas: a través de la mediación del enfrentamiento entre los extremos, a los cuales acuden como sustento ocasional e inorgánico; o, a través de la exclusión de los extremos en la gestión pública o social, imputándoles cotidianamente un supuesto carácter antiinstitucional.

Desde la óptica del comportamiento político de corto plazo, las formas y contenidos de lucha de los extremos definen la composición del centro político. En este sentido, el centro se define por la posición relativa de la sociedad frente a la crisis inorgánica o frente al equilibrio, estable o inestable.

En los períodos de equilibrio generan una imagen de sí mismos, en la que se constituyen en representantes de un conjunto pluriclasista, que como tal estaría ajeno a eventuales crisis. Ante la sociedad proyectan la necesidad de que el movimiento social y las corporaciones asuman la conducción estatal y manifiesten su aceptación de esa racionalidad.

En situaciones precríticas los partidos de centro se erigen como soluciones de compromiso, que pretenden arrebatar toda la representatividad a los extremos. En la crisis orgánica desa-

parece el espacio del centro y los extremos se agigantan. La tarea principal es ganar el centro y la salida de la crisis depende de la correlación de fuerzas.

En suma, sólo en los períodos de equilibrio es posible que los partidos de centro ejerzan dirección. Su imagen de autoridad basada en el compromiso es destruida por la lógica de la crisis y de los extremos en ella.

4) En períodos de crisis, el tiempo político tiende a condensar el tiempo social y a su estructura compleja de contradicciones. Los conflictos sociales y políticos se presentan en la superficie con toda su intensidad y la resolución de la crisis depende de la utilización de la forma de lucha adecuada. La crisis expresa fielmente las fuerzas y los parámetros del conflicto de clases fundamentales e inaugura un nuevo proceso de naturaleza cualitativamente distinta.

En la superficie política se polarizan los actores en función del conflicto. Los extremos personifican al proceso en deterioro y al nuevo proceso. El centro político no representa una opción, ya que recuperar el antiguo equilibrio no es posible más y proponer una nueva forma de equilibrio no es posible aún. Crear un nuevo equilibrio históricamente progresista o regresivo supone que un extremo y las fuerzas que se aglutinaron a su alrededor hayan sometido establemente al adversario. El nuevo equilibrio implica una cierta continuidad entre las fuerzas sociales que entraron al enfrentamiento, pero una relación de estructura distinta. El nuevo centro del proceso que se inaugura, tampoco puede ser igual. Los aspectos de identidad del viejo proceso no se renuevan y, consiguientemente, el centro del nuevo proceso no puede ser jamás el mismo.

En un período de equilibrio político el centro es significativo del tipo de relación entre los extremos y de la posición relativa de la sociedad frente a la crisis. El grado y la intensidad del conflicto condicionan el comportamiento político del centro e incluso modifican su naturaleza. Igualmente, el rol que juega el centro en los momentos precríticos y el modo como sus flancos son apropiados por los extremos, condicionan la naturaleza y la intensidad de la salida a la crisis.

La resolución política de la crisis excluye al centro. El triunfador de la correlación de fuerzas y dirigente del nuevo equilibrio político global (progresivo o regresivo) toma el poder. En la crisis los extremos agigantados aglutinan fuerzas y ejercen dirección sobre los aliados y se relacionan con sus ad-

versarios a través de una lógica compulsiva. En suma, el centro desaparece y la lógica política global es el ascenso de los extremos.

Frente a la crisis y a los actores políticos el centro pretende recobrar el antiguo equilibrio y conducir globalmente el proceso. Las masas desatan fuerzas creadoras en diversos sentidos y su espontaneidad puede ser mediada por la violencia. La reducción de los efectos disgregadores de la práctica de las masas corresponde a la dirección consciente orgánica, que empuja por una salida a la crisis.

Al desaparecer el centro (fraccionarse entre los extremos) no existe sino como fuerza de apoyo de los sectores fundamentales.

Sin embargo, de la crisis orgánica pueden producirse salidas "cesaristas", aun cuando en la cresta de la ola de la crisis se ensanchan las alternativas de lo posible. Entre ellas, el viejo centro, dependiendo de las características de la correlación de fuerzas, puede convertirse en un actor "independiente" en el corto plazo de los extremos, enfrentados proponiendo una salida progresiva o regresiva.

Este tipo de salidas a una coyuntura de crisis supone que el centro, por las características peculiares de la correlación de fuerzas, ha logrado descalificar a los extremos. Fundamentalmente a la dirección política e ideológica de las subalternas. Entonces se ha gestado en un nuevo equilibrio.

5) Es un problema complejo intentar definir la relación entre los actores de centro político que personifican posiciones de clase en la coyuntura y las clases determinadas estructuralmente y visibles empíricamente.

En primera instancia, las organizaciones políticas de centro se plantean como respuesta política a las demandas de una amplia gama clasista y portadores, consiguientemente, de la universalización del Estado y la política. Sobre estas bases empujan procesos de redemocratización o de estabilización de la democracia dirigidos tendencialmente hacia la institucionalización del dominio y del conflicto político.

En sus acciones estratégicas plantean la modernización y las reformas sociales, que serían posibles a partir de un crecimiento económico equilibrado y con mecanismos de concertación política perfectibles. Así, las crisis, cualquiera que fuese su matriz o su dimensión, deben ser evitadas por cualquier medio.

Las organizaciones políticas de centro tienen diversas composiciones clasistas en el campo popular y entre las fracciones burguesas, respecto a quienes pretenden constituirse en foco de unificación política de clase. El pluriclasismo suele soldarse a través de los sectores medios de la gestión estatal y de la producción, en quienes se asientan organizativamente.

Los sectores medios actúan como correas de comunicación ideológica entre los componentes sociales de las organizaciones de centro y, fundamentalmente, actúan frente a las diversas clases populares como agentes de indiferenciación. Las organizaciones de centro no se plantean como espacios de alianza de partes distintas(*), sino que se convierten en objeto de dirección a la fracción del movimiento popular orgánicamente vinculada.

Sin embargo, las organizaciones políticas de centro no son meras personificaciones en las “clases intermedias” de alianzas entre algunas fracciones burguesas. La relación orgánica del centro y la burguesía —cuando se produce— es la relación entre dirigentes y dirigidos. El dirigente orienta los comportamientos de la masa dirigida y le confiere unidad ideológica y rol político, más allá de lo empíricamente observable como los intereses producto de la homogeneidad económica de clases.

El asiento social privilegiado de las organizaciones de centro en los sectores medios les hace proyectar una imagen técnica y burocrática, que en tanto discurso programático político tiene cierta coherencia por sí misma. De este modo se configuran en actores políticos en la coyuntura, que incluso sobreviven a crisis orgánicas con su base social burguesa. Este carácter complejiza el problema de las alianzas desde la perspectiva del movimiento popular, ya que la base social es objetivamente pluriclasista, sus nexos orgánicos políticos hacia diversas clases pueden variar y la profundidad de la organización del movimiento popular puede imponerles ciertos comportamientos y cambios en el rol político en la coyuntura.

El problema de las relaciones entre el centro y el bloque en el poder es peculiar en los países de la región en los que se ha producido la unificación política burguesa de clase en el Estado. Varios componentes de la historia de formación de las clases y del Estado capitalista condicionan la conformación del centro político. De un lado, clases “gelatinosas” y sin presen-

* Los obreros y otros sectores populares pierden identidad o no la alcanzan políticamente. Se insertan en esas organizaciones como masas indiferenciadas de clase.

cia económica o ideológica nacional; y, de otro, Estados que toman la iniciativa frente a la sociedad que se rezaga y actúan como generadores de nuevas clases y fracciones.

Así, la constitución de un sistema hegemónico es un proceso con intermitentes crisis que nacen en el escaso grado de heterogeneidad exterior y homogeneidad interior de las clases y en su presencia política poco clara y distinta. Las organizaciones políticas expresan esta debilidad estructural en la relación dirigentes y dirigidos, que no alcanza a ser una voluntad colectiva orgánica estable. A la debilidad corresponde la "corporativización" de la política y la deslegitimación de los aparatos políticos en situaciones precríticas.

En el proceso de construcción de un sistema hegemónico desde la sociedad las organizaciones políticas de centro proyectan la necesidad de constituir un Estado eficiente y moderno y un sistema de partidos plenamente estructurado que permitan legitimar establemente al sistema político. Siendo este su objetivo estratégico acuden a diversos medios que se traducen en formas de democratización gradual.

La estrategia para lograr su imagen—objetivo se cumple a través de dos acciones simultáneas. De un lado, construyen su relación orgánica con el bloque en el poder armando una institucionalidad política para desestructurar las demandas disruptivas del movimiento popular. De otro lado, forman organizaciones populares con asiento en las masas más atrasadas que les permita asegurar bases de consenso pasivo y bloquear una alternativa propia del campo popular.

6) Los proyectos de las organizaciones de centro para estabilizar la dominación política a través de la orientación de los comportamientos de las clases fundamentales asentados en el consenso pasivo y en la "participación" no disruptiva de las clases subordinadas tienen relaciones puntuales con los proyectos populares por la estabilidad, extensión y profundidad de la democracia, las formas de redemocratización y la socialización del poder.

La relación entre socialización del poder y democracia en los proyectos del movimiento popular trasciende a las visiones crítico-clásicas, tanto a nivel de la práctica social, como en la elaboración conceptual que se tiene de ella. En ningún caso, se sostiene que la democracia se reduce a un método de clase, que encubre políticamente a la riqueza y a la violencia estatal. En los proyectos populares se trata de no excluir otros temas de

naturaleza estratégica. Así, el planteamiento de conversión de la democracia capitalista tiene líneas de continuidad con los temas y estrategia de profundización y extensión de la democracia. Nos referimos a cierta sustancialidad común dentro de diferencias específicas irreductibles.

Las diferencias parten de la concepción del Estado y la lucha política como formas de uso de la violencia para la organización de clase —estatal y social— y el ejercicio de la dominación. El Estado y la democracia serán el reflejo del resultado de una correlación de fuerzas y, consiguientemente, instrumentos operados por una clase.

Las estrategias de profundización de la democracia parten de la concepción de que el Estado y el sistema político son condensaciones institucionales de la correlación de fuerzas y del enfrentamiento entre voluntades y, consiguientemente, capacidades hegemónicas distintas. La condición de posibilidad para viabilizar un proyecto político popular alternativo es la construcción de un bloque social que constituya hegemonía en la sociedad civil. Para ello, las instituciones de la democracia son las mejores correas de transmisión de la movilidad de que se produce en la sociedad.

Pero la democracia no es sólo un procedimiento. Es también un contenido para la “resolución” del problema nacional desde la perspectiva popular, cuestión que sobrevive y ordena la construcción socialista. El movimiento popular debe desapropiar del problema al Estado y convertir la cuestión en “nacional—popular”. Entonces convierte en acto su vocación nacional hegemónica, liberando a la sociedad de las tendencias autoritarias estatales.

La democratización creciente de la sociedad implica grados mayores de socialización del poder y, consiguientemente, de mayores esferas de la actividad social y económica. En este sentido, no hay contradicción entre socialismo y democracia. Más aún, la participación directa de las masas no puede oponerse a la existencia perfeccionada de las instituciones de la democracia representativa. La vocación hegemónica del movimiento popular en la comprensión de la democracia es hacerle ganar amplitud, profundidad y consecuencia.

En esta acción el movimiento popular, al apropiarse de los problemas nacional y democrático, los convierte en críticos de la organización del poder y empuja, a través de desbordes institucionales, a la consecuencia democrática. El movimiento popular ante las tendencias de concentración del poder en deter-

minadas instancias del Estado, reivindica la democratización como condición de posibilidad del ejercicio de su proyecto político alternativo.

En suma, la relación entre los proyectos de las organizaciones de centro político y los del movimiento popular se produce alrededor de los temas democracia y reforma. La constitución de un bloque social alternativo se atraviesa por la apropiación por parte del movimiento popular de la oferta del discurso centrista de una democracia basada en la participación popular. Desplegar esta capacidad de dirección política a través de la apropiación de los elementos interpeladores del discurso centrista significa reducir los efectos disgregados del sentido común y espontaneidad populares, más aún cuando la acción política se asienta en amplios contingentes de masas diferenciadas de clase.

II. ALGUNAS CARACTERISTICAS DE LA GESTION POLITICA DE LAS ORGANIZACIONES DE CENTRO EN LA DEMOCRACIA

1) En varios países la estabilización de la democracia representativa generalmente fue antecedida de intermitentes períodos de crisis de representación política. Estas crisis fueron motivadas por conflictos entre proyectos de modernización—transformación de viejas estructuras para la acumulación, que había llegado a los límites de posibilidad para impulsar el crecimiento y para constituir nuevos sujetos sociales(*). También fueron motivadas por una poderosa presencia del movimiento social que demandaba una radical redistribución de poder o por la presión de nuevos sujetos sociales por un espacio para su representación política y, en variado grado, por modificaciones en el sistema político.

La estructura institucional de representación política de esos sujetos sociales en transformación se derrumba.

Varias causas concurren en la crisis de estas formas políticas tradicionales tales como el “agotamiento” de sus proyectos por la incapacidad de generar desde la sociedad opciones modernizantes, la pérdida de significación de las diferencias inter-

* Desde otra perspectiva el problema que se plantearon los proyectos de modernización fue el papel del Estado como agente para la constitución de nuevas clases y fracciones.

partidarias, la imposibilidad de articular la práctica de nuevos sujetos sociales como los empresarios modernizantes producto de la industrialización y los efectos disruptivos, en variado grado, de la movilización "populista" sobre la tramoya del escenario político tradicional.

A la crisis se responde desde el Estado, que desarrolla un conjunto de políticas que devuelven personalidad social a esos sujetos, pero reconstituyéndolos. En esta acción de reconstitución de los sujetos sociales en crisis, los sectores medios desempeñan un papel importante.

En el espectro político tradicional, los sectores medios, a través de variados métodos y con diversa intensidad, construyeron un espacio social y una imagen nacional a partir de una proyección de sí mismos. A través de ellos se consolida la temática del cambio y la iniciativa estatal para la modernización social y económica.

La reproducción y ampliación de los sectores medios estuvo ligada a la dimensión del aparato estatal, en tanto en la sociedad se convierten en los portadores ideológicos de temas diversos como reforma, socialización, modernización. En este sentido, desde el Estado y desde la sociedad definen y cohesionan ideológicamente la reestructuración del espectro político, que en varios casos, derivará en una forma de redemocratización a través de partidos ubicados en el centro. La reconstitución ideológica y política de los sujetos sociales tradicionales metafóricamente puede ser calificada como una "junkerización" de la política y del Estado. En este proceso de cambio en varios países de la región se principaliza la contradicción entre una estructura institucional política arcaica y la presencia de nuevos sujetos sociales y tradicionales remozados. En tanto, en el contexto madura la demanda del movimiento popular por la socialización del poder, que se manifiesta en una presión ascendente por la democratización de todos los niveles de la sociedad.

En lo inmediatamente visible del conflicto político, este radica en la alternativa entre dictadura y democracia.

Estabilizar una forma democrática representativa significa crear una estructura institucional adecuada a las nuevas condiciones de la economía y a la vez expresiva de la nueva configuración del piso social. Esta estructura institucional precisa ser establemente legítima para lo cual debe crear espacios de concertación y normas de procesamiento de las contradicciones en el bloque en el poder y de éste con la sociedad. Esto, en tanto proyecto que permita superar el conflicto político visible.

La redemocratización aparece conjugando dos voluntades políticas. La modernización y democratización se constituyen en un discurso coherente bajo la dirección de los sectores medios para formar la base social de los partidos de centro. En sentido inverso, los partidos de centro acuden a los sectores medios, a quienes configuran como reproductores —correas de transmisión— de los mecanismos de la democracia ante los sectores subordinados de la sociedad.

Los sectores subordinados, en varios casos, responden a partir de un doble movimiento. De un lado, se constituyen en interlocutores de los proyectos de los partidos de centro bajo el rostro de los sectores medios. De otro, se convierten en interpe-ladores de la gestión pública y del poder social y estatal desde la perspectiva de la profundización de la democracia. En suma, en esta respuesta entienden a la democracia como una ampliación de la participación y la creación de canales institucionales de participación política.

En tanto este doble movimiento se mantenga en los límites de la racionalidad estatal y de la reproducción capitalista al margen de una crisis, es posible para los partidos políticos de centro entablar una relación directa con diversas fracciones del capital u orgánica con las instituciones que los personifiquen. Sobre esta base son posibles formas democráticas estables en las que se planteen temas tales como modernización y reforma, cambio y desarrollo.

2) En determinados períodos la democracia se ha convertido en un movimiento social general que desata fuerzas creadoras en distintos sentidos. Básicamente, la democratización levanta la temática de su profundidad, lo que principaliza los problemas sobre el “grado de participación tolerable” para “viabilizar la democracia” y sobre los métodos de lucha para rebasarlo.

La demanda popular que se constituye en la democracia puede tener un carácter disruptivo. El desarrollo de las formas y contenidos de la democracia pueden actualizar su virtualidad crítica. Ante la posibilidad, el centro limita su proyecto de modernización de la institucionalidad política. Refuerza los aparatos estatales de cooptación y trata de detener la politización real del movimiento popular. Argumenta para ello que en cada coyuntura específica se debe buscar la “democracia posible”.

La base última de la noción de “democracia posible” es la conversión del movimiento social por la democracia en racional-

lidad estatal. Es el Estado quien debe ejercer la conducción general del proceso "constituyendo" los contenidos y alcances de la demanda popular. Es —en la lógica del centro político frente al movimiento popular— el Estado quien debe agregar y racionalizar las diferencias y especificidades de la demanda popular y constituir la "políticamente" de un modo específico. Es decir, constituir un "consenso posible" alrededor de la política estatal y no de la demanda popular que se universalice.

De este modo, la estrategia del centro es estatal con asiento en la sociedad. Tratan de formar organizaciones populares en las masas atrasadas que se opongan a las de las masas adelantadas, hasta que se sujete su demanda a la racionalidad estatal y, en este sentido, no alcancen una politización real.

Correlativamente, los partidos de centro se autoconstituyen en actores políticos generando una imagen de eficientes administradores del aparato estatal que corresponde a la necesidad de construir un Estado moderno. La modernidad de la estructura política es simbolizada por la capacidad estatal para crear aparatos hegemónicos sólidos que sujeten la práctica social a los límites del equilibrio político y, en tanto ideologías, construyan una lógica para que la demanda popular se adecue a la viabilidad estatal. Mirada desde el Estado, el proyecto de eficiente administración, más allá del manejo coyuntural de los instrumentos de la política económica de fomento productivo, debe crear economías externas de largo plazo para el capital.

3) En la gestión política de los partidos de centro —social y estatal— son visibles deficiencias a nivel de su estructura. En la conformación orgánica de estos partidos (programas y aparatos) cristaliza la composición social heterogénea de su base. Los intereses sociales distintos que intentan expresar se reflejan en proyectos políticos compuestos por significantes contradictorios o indefinidos frente a las cuestiones políticas básicas y frente a aquéllas que suscitan conflicto.

La base social y los programas de los partidos de centro les hacen perder representatividad e interlocutores para su acción política. Por las mismas características, en el corto plazo, las alianzas o convergencias que conciertan tienden a ser inestables o poco representativas.

En tanto aparatos, los partidos de centro, presentan una fractura entre su estado mayor, cuadros medios y base. En muchos casos su existencia partidaria es la de su estado mayor, que tiende a conformarse como representación del consu-

mo de la sociedad y a quien se reduce la acción política. Las partes del aparato no se comunican por la interiorización del proyecto político en los representados, que se manifieste en una "disciplina orgánica". De este modo, la política reducida a las cúpulas reproduce formas de los partidos tradicionales basados en "notables".

Los partidos de centro provocaron rupturas electorales con los partidos de la derecha tradicional. Sin embargo, en su existencia política cotidiana manifiestan una misma estructura de liderazgo basada en "figuras políticas", que generan consenso electoral, antes que autosostenidos en sus propuestas y en su vinculación social orgánica. En este sentido, su militancia es débil y no son educadores de sus representados.

La base política de estos partidos se mantiene en los límites, mínimo de la estabilidad electoral y máximo de su manifestación como corriente de opción. No desarrollan la conciencia política de sus bases a través de la asunción del contenido político de sus propuestas. De este modo, son una traba objetiva a la politización real de las masas sujetas a su dirección.

En la constitución regional o sectorial de estos partidos reproducen generalmente las tendencias que deforman el desarrollo nacional. Nacen y se desarrollan "anclados regionalmente" y reducen su presencia nacional a proyectos de ocupación electoral del territorio. Para ello acuden a alianzas con formas de poder local o regional.

Al comprender la organización nacional como la ocupación electoral del territorio y reducir la heterogeneidad social a la ciudadanía electoral marginan cualitativa y cuantitativamente a importantes sectores poblacionales.

En tanto partido —programa las organizaciones políticas de centro expresan ideológicamente la agregación pluriclasista de su base. Sus programas no son consecuencia de una alianza orgánica de sectores sociales distintos expresada ideológicamente como tal, sino son difusos e inconsistentes frente a las cuestiones políticas más relevantes y conflictivas. La función del programa pareciera reducirse a la conquista de su electorado estable, aunque se rebaje la "calidad" de los objetivos a conseguir y, finalmente, se convierta en inexpressivo de su posición en el espectro político, compartiendo fronteras grises con la derecha tradicional e incluso con el discurso gremial.

Antes se había sostenido que en el origen de los partidos de centro están los temas de modernización y reforma, cambio y desarrollo y que su existencia estable en el espectro político de-

pende de la posibilidad de compatibilizarlos. Los programas no asumen la tensión entre los temas y, contrariamente, doblan sus objetivos que se transforman en conflictos en la lógica de sus discursos. Por ejemplo, el tema del cambio necesita de una definición explícita de los alcances de la redistribución política y económica y de la participación popular. En unos casos se opta por convertirlos en un enunciado, en otros, se los diferencia cualitativamente de la modernización y el desarrollo, tendiendo a enfrentarlos y, por último, se diluye la posibilidad crítica del discurso político reformista en los alcances deseables para el crecimiento económico.

Estas dificultades de constitución del nivel programático-político de los partidos de centro se reproducen a nivel técnico-político. Se presenta una recurrencia en estos partidos. Es el reconocimiento del monopolio estatal para el manejo técnico. En otros términos, la planificación concreta es tema del Estado. La agitación programática es tarea de los partidos, pese a que la imagen que proyectan es la necesidad de una eficiente administración estatal.

4) La presencia de los sectores medios en los partidos de centro y el tema de la eficiente administración del Estado configuran una mediación con la sociedad. La técnica y su personificación social —la tecnoburocracia— son los soportes del poder y la autoridad. La naturaleza del poder es técnica. Esta noción unifica la visión de los partidos del centro. Se diferencian en estrategias para asumir el problema de ¿qué fracción de la burocracia estatal o de la producción puede ser la portadora de la modernización y eficiencia estatal y social?

La imagen tecnoburocrática de poder, partido y Estado es acompañada del interés por provocar una ruptura con las formas políticas que acompañaron al “populismo”. Los partidos de centro le imputan al populismo irracionalidad en las demandas que levantan en su base popular, incoherencia en la conducción política por la presencia heterogénea de cuadros e ineficiencia ya que no alcanzan a distanciarse de las demandas y expectativas que generan y, se asienta en ellas.

La oferta de los partidos de centro de coherencia y eficiencia articula coyunturalmente a la demanda popular. Más aún, “racionaliza” el discurso interpelador de la masa. La estructura del discurso centrista hace perder los atributos críticos a la demanda popular.

Esta práctica ideológica del discurso centrista se enfrenta al proceso de formación y estado de la conciencia política popular y deslegitima al sistema político. En tanto, elementos antagónicos antiinstitucionales se reproducen, conservan e intensifican en la memoria política de las masas.

Esta característica de la gestión política del centro es especialmente significativa en dos niveles: el Parlamento y la planificación.

La actitud con que los partidos de centro afrontan la conformación parlamentaria refuerza sus debilidades tradicionales tales como no logran una estructura institucional adecuada para reflejar la movilidad de la sociedad civil, ni permitir líneas de continuidad estables con la base social representada convocando a las masas a su práctica cotidiana. De este modo, Parlamento y partidos de centro deslegitiman su actividad política.

La planificación en democracia es inmediatamente transparente respecto a las cuestiones políticas que anudaron el proceso de redemocratización. En este sentido, debe expresar a las partes de la correlación de fuerzas y la debe reorientar, dependiendo de la eficacia de la intervención estatal.

Cambio social y crecimiento económico se presenta en un solo discurso que debe generar consenso sobre las políticas y cohesionar la ideología estatales. Ahora bien, los procesos de democratización fueron acompañados por una aglomeración de demandas populares. Frente a ellas la planificación se debe convertir —en la lógica del centro— en un texto coherente revestido de racionalidad técnica. Al hacerlo, generalmente se evitó la participación de las masas y su voluntad política, lo que derivó en una ruptura entre la demanda política y la racionalidad técnica. De este modo, el centro aspira a que el discurso planificador sea el instrumento que dirima el problema de las vías para estabilizar la democracia manifestadas en el conflicto entre cambio social y equilibrio económico.

III. CONCLUSIONES

1) Las formas de redemocratización a través de partidos y fuerzas de centro político expresan, en general, tipos de equilibrio social o formas de estabilidad basadas en un momento social general por la democracia cuyo resultado parcial es la derrota política de los extremos (electoral o en otras formas de

competencia política). Al efecto, el centro político se convierte en interlocutor de las demandas democráticas apropiadas por las masas a través de la oferta de proyectos modernizadores de la institucionalidad política y de reforma económica y social.

2) Para viabilizar un espacio estable para la modernización y reforma económica y social el centro se constituye en proyecto estatal basado económicamente en un margen de excedente y políticamente, en el largo plazo, en construir una relación orgánica con el bloque en el poder, asentada en un consenso pluriclasista amplio.

3) El proyecto estatal del centro es el logro del equilibrio político. Frente a los sectores subordinados plantea una "democracia posible", basada en la limitación de la participación popular, en la aceptación del tutelaje político de los denominados "factores reales de poder" y en la represión a los extremos imputándoles un supuesto carácter antiinstitucional.

No obstante, existen convergencias posibles con proyectos del movimiento popular. Básicamente el desarrollo de la potencialidad crítica de los mecanismos y contenidos de la democracia a partir de un sistema político que la establezca.

BIBLIOGRAFIA

- CUEVA, Agustín: "El desarrollo del capitalismo en América Latina". 1977.
- FALETTO, Enzo: "Estilos alternativos de desarrollo y opciones políticas. Papel del movimiento popular". 1981.
- y otros: "Movimientos populares y democracia en América Latina". 1979.
- MONCAYO, Patricio: "La confabulación de los contrarios". 1980.
- MOULIAN, Tomás: "Democracia y tipos de Estado: disquisiciones en dos movimientos". 1981.
- PORTANTIERRO, Juan Carlos: "Lo nacional-popular y la alternativa democrática en América Latina". 1980.
- : "América Latina: la mirada desde la sociedad". 1981.
- : "Sociedad Civil, Estado, Sistema Político". 1981.
- VARIOS: "Movimientos populares y democracia en América Latina".
- ZAVALETA, René: "Notas sobre la cuestión nacional en América Latina". 1981.

LOS MOVIMIENTOS
POPULARES EN
AMERICA CENTRAL
Y EL FUTURO DE
AMERICA LATINA

Daniel Camacho

1) El hecho político-social de la historia reciente de América Central más relevante en la determinación del futuro próximo de esa área es la presencia potente e ineludible del movimiento popular.

2) Característica importante de ese fenómeno es su amplitud con respecto a la variedad de sectores que reúne: campesinado, proletariado, diversos sectores medios, grupos étnicos definidos, peonaje, intelectuales y entre éstos, estudiantes, profesionales, maestros, religiosos.

3) El liderazgo de clase en algunos casos se muestra menos claro que en otros. Si en El Salvador, Guatemala y Costa Rica la influencia predominante de los sectores obreros, de su ideología y de sus pautas organizativas aparecen claras; no lo son tanto en Nicaragua y Honduras donde la clase obrera es menos desarrollada, ni en Panamá donde la reivindicación popular ha sido más nacionalista —la soberanía sobre la Zona del Canal— que clasista. En Nicaragua, a pesar de la debilidad objetiva de la clase obrera, el liderazgo del movimiento popular, ahora en el poder, es indudablemente revolucionario.

4) Se han incorporado al movimiento popular fuerzas tradicionalmente conservadoras como algunos sectores de las iglesias, entre ellas de la Católica, la más importante por el número de seguidores.

5) El movimiento popular ha desarrollado una fuerte tendencia a la unidad. Mucho más pronunciada en Nicaragua y El Salvador, muy avanzada en Guatemala y en Panamá, aunque en este último con características diferentes y más retrasada en Honduras y Costa Rica.

6) El hecho más relevante es la capacidad real del movimiento popular para la toma del poder. Lo logró ya en Nicaragua, está a punto de lograrlo en El Salvador donde cualquier

observador objetivo puede constatar que sólo la ayuda exterior lo ha impedido. Avanza penosa pero firmemente en Guatemala y participa con opciones moderadas en el ejercicio del poder en Panamá.

7) En Costa Rica y Honduras todavía no está próxima su participación en el poder, pero las circunstancias económicas producirán sin duda cambios rápidos en la correlación de fuerzas políticas en un futuro próximo en ambos países.

8) Tienen en común los movimientos populares de todos estos países, su opción por un proyecto no capitalista, o por lo menos no estrictamente capitalista de desarrollo económico y de organización social. Su diagnóstico acerca de las causas de la pobreza, y del subdesarrollo pasa por una visión crítica acerca de las relaciones históricas, tanto en lo económico como en lo político, con los países capitalistas centrales, fundamentalmente los Estados Unidos. Por ello su proyecto es también agudamente antinorteamericano.

9) Igualmente, ha desarrollado una visión fuertemente crítica frente a las oligarquías y burguesías locales, a muchos de cuyos sectores les atribuye alianza con la dominación externa y, en todo caso, responsabilidad en la situación de pobreza y subdesarrollo. En consecuencia, su proyecto político es fuertemente antioligárquico y ostenta diversos grados de contenido anti-burgués.

10) La claridad de esas direcciones del proyecto político de los movimientos populares centroamericanos ha suscitado consecuentemente una nítida respuesta de quienes se definen como sus enemigos: las fuerzas más imperialistas de los países capitalistas centrales en alianza con los sectores más conservadores de las oligarquías y burguesías locales.

11) Con casi igual nitidez se definen sus aliados: los movimientos reformistas, progresistas y revolucionarios latinoamericanos y mundiales; parte importante de los países del campo socialista; las fuerzas sindicalistas de Latinoamérica y el mundo y los diversos movimientos de carácter liberal y humanitario.

12) Dentro de la preocupación acerca de las perspectivas de América Latina hay que retener una consecuencia de este cuadro: la historia futura de América Central estará determinada por el enfrentamiento entre esas fuerzas. Pero no se trata de un enfrentamiento como se da en otros ámbitos entre ellas, sino que aquí el movimiento popular está en condiciones de tomar el poder lo que implica por un lado un compromiso en la

lucha de más y más fuerzas externas, y por otro, del paso a formas de lucha cada vez más violentas. En Nicaragua ese enfrentamiento se resolvió por medio de una guerra de crueldad inédita. En El Salvador la guerra se intensifica cada vez y horroriza por el giro que está tomando. En Guatemala la violencia es hecho cotidiano. Honduras y Costa Rica no han estado totalmente fuera de actos de violencia.

13) Este enfrentamiento es tan representativo de las luchas que existen, con mayor o menor grado de desarrollo, en muchos países, a lo largo del subcontinente latinoamericano, que sus repercusiones para América Latina serán profundas.

Por lo cual, dentro de la consideración de las perspectivas para América Latina este proceso debe ser considerado como fundamental e ineludible.

14) A pesar de que se trata de una región bastante homogénea, en cada formación social centroamericana el movimiento popular presenta sus particularidades. Esto nos lleva a hacer al menos dos observaciones. En primer lugar, como es esperable, el movimiento popular es producto de la evolución específica de la formación social que lo produce, lo que quiere decir que es producto de la manera como cada formación social articula la influencia externa y la realidad interna. En segundo lugar, el proyecto político, económico y social de cada uno de esos movimientos populares y, más que eso, la realidad de su práctica política, una vez alcanzado el poder, va a depender justamente de sus especificidades.

En otras palabras, las formas diferentes de interiorización de la dependencia según cada formación social, marcan el carácter que adquiere cada movimiento pero esto último a la vez condiciona y esto es quizá lo más importante, el carácter del proyecto político que ese movimiento popular es capaz de ejecutar si accede al poder. Por ejemplo, la lucha insurreccional nicaragüense, que exigió de la gran mayoría del pueblo una organización profunda de las bases, una participación de los núcleos básicos de organización en las decisiones de la lucha cotidiana y una práctica democrática cotidiana en el ejercicio de la guerra insurreccional, produce como resultado, cuando llega la toma del poder, una estructura profundamente democrática de las organizaciones de masa en las cuales el Estado se apoya para llevar adelante su proyecto político y, a la vez, un control de esas mismas organizaciones de masas sobre la acción del Estado.

15) En relación con la primera de las observaciones dichas hay que agregar que los movimientos populares centroamericanos no son de reciente constitución; por el contrario, presentan una historia muy larga de luchas por su existencia.

16) En Guatemala, es la revolución nacional, anti-imperialista y agraria en 1944 a 1954 la que marca la impronta original al Movimiento Popular Guatemalteco. Durante esos diez años fuerzas partidarias del progreso social participan con altibajos en el ejercicio del poder y dentro de ellas, las organizaciones revolucionarias obreras con proyecto revolucionario, tienen una presencia determinante. Las transformaciones que propugnan los gobiernos de Arévalo y, sobre todo, de Arbenz son avanzadas. Sin embargo, no llegan a plantear, ni era posible en ese momento histórico, una opción socialista. Se limitaban a la ejecución de una reforma agraria, antioligárquica y anti-imperialista pero, estrictamente, no antiburguesa. También ejecutaron una política de recuperación del control de los recursos naturales del país, de ejercicio de una política exterior independiente y trataron de perfeccionar los mecanismos de participación popular en los asuntos públicos. Como es sabido, la combinación de una vigorosa acción diplomática de los Estados Unidos en el seno de la OEA y una definitiva acción militar apoyada por ese mismo país, dio al traste en el gobierno nacionalista e instaló en el poder al ejército que lo ejerce napoleónicamente hasta la fecha. El movimiento popular de resistencia surge más temprano que tarde, primero con formas de lucha legales y convencionales y más tarde con utilización de la lucha armada. Varios esquemas de este último tipo de lucha se desarrollan con mayor o menor éxito. La respuesta del ejército, apoyado por el imperialismo, es creciente en brutalidad hasta llegar al llamado "overkilling" para tratar de destruir la resistencia guerrillera y a la eliminación física selectiva para tratar de descabezar la resistencia civil. El pueblo guatemalteco, golpeado de esa manera durante casi treinta años, muestra una capacidad sorprendente de renovar sus líderes, de reorganizar sus destacamentos civiles y militares y de incorporar sectores cada vez más amplios a la resistencia y a la guerra popular. Cabe destacar entre esos sectores a dos fuerzas. Por un lado, los socialdemócratas que, viendo cada vez más alejada la posibilidad de establecimiento por la vía legal de instituciones democráticas, se comprometen cada vez más en la lucha frontal y utilizando todas las vías contra el régimen autoritario. Por otro

lado las etnias indígenas que hasta hace un tiempo permanecían relativamente alejadas de la lucha popular, pero que ahora se adhieren a ella cada vez en mayor número.

Esto significa que cada vez más en Guatemala se presenta la lucha de todo el pueblo frente a la oligarquía y el imperialismo.

17) En El Salvador el origen del movimiento popular está más ligado a luchas de carácter clasista desde el inicio. El origen se encuentra en la rebelión obrera, campesina e indígena de 1932 en contra de las miserables condiciones de vida a las que se sometía a los trabajadores del campo. Una rebelión generalizada que tiene desde su génesis misma el sello de la lucha de clases en época tan temprana, es aplastada sin misericordia por el ejército, el que produce más de 30.000 muertes innecesarias, porque la rebelión, al momento de la masacre, estaba militarmente derrotada. Es esta otra ocasión en la que el ejército es quien toma el poder y lo ejerce, con cortos intervalos de manera represiva hasta el presente.

La reconstrucción del movimiento popular que en los primeros años posteriores a 1932 fue lenta y penosa, alcanza un desarrollo vertiginoso en los últimos diez años, primero con la presencia de varias organizaciones que representan a su vez diversas líneas tácticas de lucha, más recientemente bajo el signo de la unidad. Contrariamente a Guatemala, en El Salvador las etnias indígenas no se encuentran tajantemente diferenciadas socialmente. En las capas más amplias del pueblo el mestizo está presente en la clase obrera, en el proletariado, y el semiproletariado rurales, en el campesinado, en las capas pobres urbanas. Por eso las reivindicaciones del movimiento popular son, sin dificultad, claramente clasistas y, a la vez, étnicas y culturales.

18) En Nicaragua el origen del movimiento popular tiene un sello fuertemente anti-imperialista. La lucha de Sandino fue en lo fundamental un esfuerzo popular por reivindicar la soberanía nacional. Pero pronto la lucha nacional deriva hacia lo popular. Por un lado porque el imperialismo encuentra sus aliados internos más firmes y solícitos dentro de la oligarquía y, por otro, por la constitución misma del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional jefado por Sandino. No se ha estudiado suficientemente la participación de los obreros mineros de Nicaragua en ese ejército ni la influencia sobre él de las organizaciones populares salvadoreñas que, como se dijo, ya en 1932 llevaban a cabo una lucha francamente clasista. Se ha insistido

más en la separación entre Sandino y Farabundo Martí que en los muchos años de fructífera alianza e influencia recíproca entre los dos héroes.

Desde la muerte de Sandino hasta la caída de Somoza, no es fácil encontrar un año en el cual la resistencia popular no haya pagado su tributo de mártires. Por eso cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional se constituye al principio de la década de los años 60, recoge una tradición de lucha y se alimenta tanto de sectores incorporados por él mismo a la lucha popular, como de contingentes provenientes de organizaciones pre-existentes de clara tendencia clasista.

En Honduras y en Costa Rica el origen del movimiento popular se encuentra en ambos casos en movimientos huelguísticos de proletariado rural. En Honduras, en 1954, como culminación de un largo proceso organizativo, los trabajadores de la transnacional bananera organizan una huelga de grandes proporciones que marca el inicio de una etapa de desarrollo del movimiento sindical. A la par de este proceso, el movimiento campesino en Honduras alcanza a partir de la década de los 50 proporciones considerables. Sin embargo, el grado de desarrollo del movimiento popular no alcanza los niveles de los países vecinos.

En Costa Rica es el año de 1934 el que presencia la irrupción en la vida política del proletariado bananero fuertemente cohesionado y organizado como producto también de largos años de preparación. El movimiento popular es, a partir de ese momento, actor principal en la vida pública del país, participa en el gobierno, impulsa una reforma social, hasta que es derrotado en el campo de batalla, en la más temprana guerra civil de clases del sub-continente latinoamericano, en 1948. Una política redistributiva del excedente ejercida por la burguesía triunfante, y un modelo de desarrollo rural basado en el pequeño y mediano propietario y la ilegalización hasta 1975 de las organizaciones populares, permite una institucionalidad electoral que asegura la alternancia en el poder de los partidos permitidos por la ley y el desarrollo de una práctica democrático-burguesa, en los asuntos políticos.

19) Sin que sea por el momento una conclusión, sí se deduce, como lo anotábamos antes, una especificidad propia del movimiento social de cada una de las formaciones sociales centro-americanas y esto lleva a proponer que el proyecto popular de organización social tiene también sus especificidades. El proyecto socialista se presenta con más nitidez en El Salvador y

Guatemala mientras que en Nicaragua la alianza con sectores nacionalistas de la burguesía se presenta como necesaria.

En Costa Rica el proyecto popular no puede dejar de tomar en cuenta la existencia de un amplio campesinado.

20) Pero, por otro lado, los rasgos comunes también se deben destacar. Uno de ellos es la persistencia. El movimiento popular centroamericano ha soportado y ha sobrevivido a todas las tácticas de contrainsurgencia conocidas. Desde la derrota en guerra civil convencional hasta las más finas y a la vez más brutales medidas represivas.

21) Otro rasgo común es la capacidad del movimiento popular centroamericano para convertirse en portador de lo nacional-popular. La persistencia sólo es posible a base de un arraigo profundo en las masas y, por otro lado, en el momento presente, tal como se trató de mostrar en los párrafos anteriores, principalmente en El Salvador, Guatemala y Nicaragua, es el producto de la confluencia de todos los sectores populares.

22) Todo esto permite pensar que no es esperable una derrota definitiva que haga desaparecer del escenario político a las fuerzas populares centroamericanas. Por lo cual en la perspectiva de la América Latina del futuro próximo este proceso seguirá pesando fuertemente.

CONTENIDO

<i>PREÁMBULO</i>	7
<i>PRESENTACIÓN</i>	9
La Democracia en la Perspectiva del Desarrollo Latinoamericano en las últimas décadas del Siglo XX: Una visión desde la FLACSO GONZALO RAMÍREZ	13
Contra Hegemonía Nacional Popular y Especificidad Histórica Reflexiones. SUSANA BRUNA	23
En Torno a la "Dimensión Internacional" y la Cuestión Democracia en América Latina CÉSAR VERDUGA	39
Problemas de la Determinación Dependiente y la Forma Primordial RENÉ ZAVALA MERCADO	55
Algunos Problemas para la Construcción de un Orden Político Democrático JUAN CARLOS PORTANTIERO	85
Estilos Alternativos de Desarrollo y Opciones Políticas. Papel del Movimiento Popular ENZO FALETTI	101

Democracia y Centro Político en América Latina
LUIS VERDESOTO 147

Los Movimientos Populares en América Central y el Futuro de
América Latina
DANIEL CAMACHO 167

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EN EL MES DE DICIEMBRE DE 1982, EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA EDITORIAL EUNED. SU EDICION CONSTA DE 3.000 EJEMPLARES, IMPRESOS EN PAPEL PERIODICO CON FORRO DE CARTULINA LINO. ESTUVO AL CUIDADO DE LA DIRECCION EDITORIAL DE LA UNED Y DEL SR. FRANCISCO ROJAS.

SELECCIONES DE COLOR:

SERVICIOS FOTOMECAVICOS CANTILLANO

DISEÑO LA PORTADA:

CARLOS FCO. ZAMORA CON BASE EN DIBUJO DE BERNAL PONCE.